FLORILEGIO DE POESÍAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

V162f

FLORILEGIO

DE

POESIAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

Con introducción y notas biográficas y críticas

POR

JUAN VALERA

De la Real Academia Española.

TOMO II

98834
14/10/0

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1902

MADRID, 1902.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

DON FÉLIX JOSÉ REINOSO

LAS ARTES DE LA IMAGINACIÓN

DIVINA exhalación, sagrada llama,
Del Hacedor Eterno desprendida,
Brilla del hombre en la inspirada mente.
Si ya el saber la inflama,
Sublime inteligencia sigue ardida
Del cometa el incógnito sendero,
Ó al Olimpo arrebata el rayo ardiente;
Si en rumbo más austero
Luz del bien la dirige,
Modera al hombre y á los pueblos rige.
Y no la alta razón, no de justicia
Hubo el mortal la inspiración tan solo,
Del soberano origen noble muestra;
Que la deidad propicia
Mandó su aliento desde el claro polo,
Y al espíritu humano fiel destello
Comunicó de su creadora diestra.
Entonces numen bello

Brilló la fantasía,
Y al genio enciende y sus portentos cría.
A su mágica acción, cual niebla leve
Se levanta del mar, tropa encantada
De simulacros silenciosa nace.
Formas, color, relieve
Y movimiento y vida les traslada.
Sus modelos robándole á natura,
Aun la intenta vencer; y audaz rehace
Y más bellos figura
Cuantos el áureo claustro
Seres abarca de Aquilón al Austro,
O traza nuevos mundos: y á su imperio
Plega la noche el estrellado manto;
Y bella joven desparciendo rosas,
Por el confín aéreo
Entre velos de gualda y amaranto
Sube la aurora, sobre ruedas de oro.
Coronado de ráfagas lumbrosas
Febo asoma á su lloro;
Y amor vibra encendida
Ante él su antorcha, derramando vida.
¡Oh cuanto el hombre en su fogosa mente
Osó crear! De númenes, de ninfas,
De genios puebla su hechizado mundo.
El desligado ambiente,
El sonido veloz, las claras linfas,
El bosque, la pradera, embebecido
Mira animarse á su poder fecundo:
¡Dulce error, que el gemido
De sus males tempera,
Y ablanda el ceño á la verdad severa!

Mas no la mente del mortal activa
Sólo en prestigios el poder ostenta;
En densa mole retener procura
La ilusión fugitiva,
La vacia de su seno, y ya sustenta
Sólido cuerpo á la interior fantasma,
Y ya se afirma y á los ojos dura.
La ve el hombre y se pasma
Del poder sobrehumano
Que asocia á la creación su débil mano.
Él á la tierra del abismo obscuro
La tosca piedra arranca y la transforma,
Y faz y miembros y pasión le imprime.
Ya alienta el mármol duro,
Ya es un viviente, un dios... ¡Ay! ¿dó la forma,
Sabio escultor, de la deidad hallaste?
¿Dó la belleza y majestad sublime?
El culto eternizaste
Que pudo el arte solo,
No un falso rito, conservar á Apolo.
¡Cincel divino que á la roca helada
Y al bronce da blandura y movimiento!
Ya del Pitio los músculos oculta,
Cual si fuera animada
La augusta imagen de celeste aliento;
Ya, si finge la humana fortaleza,
En Hércules los mueve y los abulta;
Ya la muelle terneza
Y dulce continente
El hierro dócil en Antínoo miente.
Por él renace Sócrates; triunfante
Por él aún vive y á su pueblo ampara,

Dando la paz el bienhechor de Roma.
De la edad inconstante
La ofensa el arte próvida repara.
La noble vida que abrevió natura
Vuelve á los héroes y los siglos doma;
Y la fama asegura
Que dió de *Praxiteles*,
De *Fidias* y *Lísipo* á los cinceles.
Ni á tí, espíritu audaz, *Miguel* terrible,
Ni á tí, elegante *Duquesnoy*, mi canto
Dejar pudiera en injurioso olvido.
El lauro inmarcesible,
Sabio *Gaspar*, en tu expresivo encanto,
Correcto *Alonso*, en tu grandeza pura,
En tu belleza, oh *Cano* esclarecido,
La española escultura
Ceñir también se precia,
Y niega vasallaje á Italia y Grecia.
Ceded, empero, que valor más alto
Ya se levanta en el nativo suelo.
¡*Alvarez* inmortal! tu grupo miro,
Y en tierno sobresalto
Mi pecho late al peligroso duelo.
¡Cuál por el hijo en el encuentro rudo
Tiembla el herido anciano! y el suspiro,
El ademán sañudo,
El susto, la impotente
Venganza muestra en su alterada frente!
Osado en tanto al agresor espera
El bello joven, la cuchilla alzada
Y en torva indignación su faz ardiendo.
La vista altiva y fiera,

Las altas cejas, la nariz inflada,
Y de los nervios la tensión pujante
Su arrojo anuncian y el estrago horrendo.
Al padre palpitante
Ciñendo con ternura
Su izquierda, le defiende y asegura.
  Ni solo formas al grosero bulto
Y vida el arte da; fondo, saliente,
Distancias muestra en superficie lisa.
Como en el seno oculto,
A desigual hondura, tersa fuente
Zagalas, flores y árboles bosqueja,
Así copia de objetos improvisa
Se adelanta, se aleja,
Se espacía en igual plano,
Do nada encuentra la engañada mano.
  ¡Oh pincel! ¡Oh prodigio! De natura
Audaz abriendo el penetral sagrado,
La magia hurtaste de la etérea lumbre
Que portentos figura;
O tienda el Iris su cendal gayado,
O finja el día boreal aurora,
Y soles nuevos la falaz vislumbre,
O en la selva á deshora
Mil sombras en sosiego
Se levanten de Cintia al blando fuego.
  Tú de obscuros y claros el hechizo
Supiste descubrir, *Apolodoro*;
Vió *Zéuxis* la beldad, la gracia *Apeles*.
Y á quién pródiga hizo,
Divino *Rafael*, de su tesoro
Cabal ostentación Naturaleza?

Tus cuadros, de su tipo copias fieles
De expresión, de belleza...
Copias no, que con celos
Ella los vé, y quisiera por modelos.
  Por modelos, oh *Vargas*, los tuviste
De pureza bellísima y ternura,
De grandioso carácter. Y qué norma
Tú conocer pudiste
En ambiente, en espíritu y soltura,
Pintor de la verdad, *Velázquez* sabio?
Del lienzo un aire vagaroso forma,
Que aspirar quiere el labio;
Todo en acción se mira,
Se mueve el hombre y el caballo gira.
  Mas si al uno beldad, si al otro audacia
Natura entre sus dotes dió propicia,
A tí reserva, seductor *Murillo*,
La dulzura y la gracia.
Otros el pasmo son, tú la delicia;
Mi corazón es tuyo. ¡Cuál encanto
Derrama tu pincel! ¡Qué tierno brillo!
Tú del Empíreo santo
La luz viste sin velo,
Y la mostraste pura al bajo suelo.
  Nada sacia al mortal. Del colorido
La variedad renuncia, y cual la esfera
De su turquí brillante se corona,
Al papel traducido,
Luz adquiere el diseño más austera
Con una sola tinta. *Mórghen* vive
En ella y *Edelinck*, *Selma* y *Carmona;*
De ella *Gésner* recibe

Las flores que profusa
Teje á la hiedra su campestre musa.
¿Y qué mansión á maravilla tanta
La tierra yerma so el desnudo cielo
Ofrecer pudo al arte crëadora?
El arte la levanta;
El arte osado y libre, sin modelo
Mueve las rocas y la mole inerte
En los aires ordena; la decora,
Y en palacios convierte;
Así al acento puro
Surgen las piedras del tebano muro.
¡Qué elegancia y concierto! ¡Cómo sube
Por las columnas libre, y se recrea
La vista en sus coronas! Lenta gira
Como la vaga nube;
El cornisón magnífico pasea,
Por el ancho fastigio se dilata;
Ya la cúpula audaz pasmada admira,
Y con sorpresa grata
Vuela á la aérea cumbre
Do quiebra el sol su postrimera lumbre.
¡Panteón! ¡Portentoso monumento
Del pueblo rey, dominador del mundo!
¡Del tiempo, de los bárbaros triunfante!
Bajo tu inmoble asiento
Hundidos yacen en el cáos profundo
Veinte siglos... Tú vives, y la inmensa
Bóveda elevas como á Olimpo Atlante,
Y aún la mente suspensa
La mira al aire vano
Lanzada sobre el alto *Vaticano.*

Más bello y grande, cuanto más severo
Que *Buonarotti*, el español artista
La soberbia basílica levanta,
Del gran monarca ibero
Palacio y tumba. La creó *Bautista*,
La amplió, la decoró el insigne *Herrera*;
Herrera, cuya fama se adelanta,
Cual águila altanera
Que surca el ancho cielo
Y el reino de la luz mide en su vuelo.
La unidad, la sencilla galanura,
La noble majestad, del hondo olvido
Do las sumió el delirio y la ignorancia,
Tú, sublime *Ventura*,
Revocaste á la luz. Su renacido
Imperio afirma *Villanueva*, alzando
El museo inmortal, grandiosa estancia
Que el augusto Fernando
A las artes ofrece,
Y en prodigios sin número enriquece.
Dadme lauros, oh Musas, dadme flores,
Y de guirnaldas orlaré la frente
A los genios que honoran vuestro templo.
¡Gloria, eternos loores,
Sabios artistas! La mansión fulgente
Do vuestras obras el monarca ostenta,
Al orbe admiración, al arte ejemplo,
Gozad sin fin, exenta
Del fuego y hierro impío,
Y allí dure grabado el verso mío.

DON ALBERTO LISTA

NARCISA

La bella Narcisa ilustra
Del Ebro la fértil playa,
Y mil corazones vuelan
Adonde pone las plantas.
De aquellos felices campos
La juventud más gallarda,
A su hermosura rendida,
La corteja y acompaña;
Y en otra parte se llora
Su ausencia, aunque corta, amarga;
Que ninguna ausencia es corta
Para quien de veras ama;
Mas la ribera del Ebro
Arde en júbilos y danzas,
Y de pesares ajenos
Su propia ventura labran.
Narcisa, afable y risueña,
Los tiernos obsequios paga;
Pero su hermosura altiva
Domina, no se avasalla.

Los maliciosos cavilan,
Y diz que amante y amada
Algún bien premiado afecto
Dejó en su querida patria.
Quejosos y tristes gimen,
Y los corazones claman:
«¿Qué importa que aquí esté ella,
Si dejó en su tierra el alma?
Mas no por eso desisten,
Aunque celosos, de amarla;
Que nunca el amor fallece
Mientras vive la esperanza.
El desterrado del Betis
Lo diga, que una mañana
Le dejó muerto de amores
En el baile de las Pascuas,
Y cuando loco por ella
Se retiró á su posada,
Así al compañero Elisio
Turbado le preguntaba:
«La recién venida,
Que ostenta gallarda
El sol en sus ojos
Y el Mayo en su cara,
Dime quién es, amigo;
Porque al mirarla,
Exhalada en suspiros
Me robó el alma.
»Corrió por el clave
La mano rosada,
Y vista y oído
Aun tiempo halagaba.

Yo no sé cuál sentido
Mis males causa;
Sólo sé que en sus manos
Me prendió el alma.
»Cantó, y amorosa
Venció su voz blanda
La voz de las aves,
Que anuncian el alba.
Yo en sus dulces acentos
Absorto estaba,
Y aquel placer de oirla
Me costó el alma.
»Su talle y sus brazos
Desplega en la danza,
Y el pie le mecían
Amor y las Gracias.
Yo enajenado y ciego
Le rendí el alma;
Mas ¡ay! que á tanto hechizo
Una no basta.
»Mas de sus lindos ojos
Si logro una mirada,
Gloria serán mis penas,
Dulce placer mis ansias;
Que una mirada suya
Vale mil almas.»

DEL AMOR

Filósofo despiadado,
Rompe, destroza, arruina

De Egipto, de Grecia y Roma
Las ingeniosas mentiras.
  Yo abandono á tus furores
De Marte la lanza esquiva,
Al padre del siglo de oro
Y al Dios que nos vuelve el día.
  Separa á Clicie de Febo,
Á Plutón de Proserpina,
Y al que domó los titanes
El ardiente rayo quita.
  Y destiérralos por siempre
De los cuadros y las liras,
So color de que son viejos,
Y en vez de halagar fastidian.
  Mas ¡oh! no toques severo
Al hijo de Venus Cipria,
Que nunca envejece, y vive
Más que imperios y ruinas.
  Armado de dulces flechas
Sale de la selva egnidia,
Siguiendo travieso el coro
De los juegos y las risas.
  Á Marte postra; á las Gracias,
El ala batiendo, incita
Á cogerle, y en el seno
Les clava la oculta vira.
  Huye á su madre riendo;
Álzase la venda, y mira
Sus incendios, y con mano
Los amenaza festiva.
  Filósofos, vuestras sean
Ciencias, leyes y provincias;

Decretad de los imperios
El nacimiento y caída;
Que amor no muda; su suerte
Es reinar entre delicias;
Y no podréis, como otras,
Derribar su monarquía.

LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres Tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impio bando,
Que eleva contra Tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena;
Amor, más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y el león fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!

Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.
  ¡Ay! ¡Quién podrá mirarte!
Oh paz, ¡oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
  ¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cual brazo impío
A tu frente divina,
Ciñó corona de punzante espina?
  Cesad, cesad, crüeles:
Al santo perdonad, muera el malvado;
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado;
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.
  Mas ¡ay! que eres Tú solo
la víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.
  Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendía,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,

De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
  Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora;
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.
  Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
  ¿Oyes, oyes, cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el Justo nazca la esperanza.
  ¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
  Ven, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, oh tierra:
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid, humanos;
Todos en Él pusísteis vuestras manos.

AL SUEÑO

—

EL HIMNO DEL DESGRACIADO

El grande y el pequeño
Iguales son lo que les dura el sueño.

Desciende á mí, consolador Morfeo,
Único dios que imploro,
Antes que muera el esplendor febeo
Sobre las playas del adusto moro.
Y en tu regazo el importuno día
Me encuentre aletargado,
Cuando triunfante de la niebla umbría
Asciende al trono del cenit dorado.
Pierda en la noche y pierda en la mañana
Tu calma silenciosa
Aquel feliz, que en lecho de oro y grana
Estrecha al seno la adorada esposa.
Y el que halagado con los dulces dones
De Pluto y de Citeres,
Las que á la tarde fueron ilusiones,
A la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamás la matutina estrella
En tus brazos rendido
Al que bebió en los labios de su bella
El suspiro de amor correspondido.
¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
No turbe su contento;
Que es perpetua delicia su existencia,
Y un siglo de placer cada momento.
Para ellos nace el orbe colorando
La sonrosada aurora,
Y el ave sus amores va cantando,
Y la copa de Abril derrama Flora.
Para ellos tiende su brillante velo
La noche sosegada,
Y de trémula luz esmalta el cielo,
Y da al amor la sombra deseada.
Si el tiempo del placer para el dichoso
Huye en veloz carrera,
Une con breve y rápido reposo
Las dichas que ha gozado á las que espera.
Mas ¡ay! á un alma de dolor guarida,
Desciende ya propicio;
Cuanto me quites de la odiosa vida,
Me quitarás de mi inmortal suplicio.
¿De qué me sirve el súbito alborozo
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo,
Sólo despierto yo para la pena?
¿De qué el ave canora, ó la verdura
Del prado que florece,
Si mis ojos no miran su hermosura,
Y el universo para mí enmudece?

El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza,
¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,
Último bien del hombre, la esperanza?
Girará en vano, cuando el sol se ausente,
La esfera luminosa;
En vano de almas tiernas confidente,
Los campos bañará la luna hermosa.
Esa blanda tristeza que derrama
A un pecho enamorado,
Si su tranquila amortiguada llama
Resbala por las faldas del collado,
No es para un corazón de quien ha huido
La ilusión lisonjera,
Cuando pidió, del desengaño herido,
Su triste antorcha á la razón severa.
Corta el hilo á mi acerba desventura,
Oh, tú, sueño piadoso,
Que aquellas horas que tu imperio dura,
Se iguala el infeliz con el dichoso.
Ignorada de sí yazca mi mente,
Y muerto mi sentido;
Empapa el ramo, para herir mi frente,
En las tranquillas aguas del olvido.
De la tumba me iguale tu beleño
A la ceniza yerta,
Sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,
Más felice que yo nunca despierta.
Ni avivep mi existencia interrumpida
Fantasmas voladores,
Ni los sucesos de mi amarga vida
Con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes crüel de mi tormento
La triste imagen fiera;
Bástale su malicia al pensamiento,
Sin darle tú el puñal para que hiera.
Ni me halagues con pérfidos placeres,
Que volarán contigo;
Y el dolor de perderlos cuando huyeres,
De atreverme á gozar será el castigo.
Deslízate callado, y encadena
Mi ardiente fantasía,
Que asaz libre será para la pena,
Cuando me entregues á la luz del día.
Ven, termina la mísera querella
De un pecho acongojado.
¡Imagen de la muerte! después de ella,
Eres el bien mayor del desgraciado.

EL EMIGRADO DE 1823

Huye, Ernesto infeliz, huye este suelo,
Que devora sus raros habitantes,
Y no conoce la virtud; do cubre
Alma de tigre máscara alevosa
De religión mentida: do el perverso
En el nombre de Dios mata y sonríe
Y á su víctima insulta; do envenena
El vil error de la moral la fuente.
Ni el trono está seguro ni la choza
De su furia infernal.... ¡Ay del monarca

Que en reprimirla piense! Mil legiones,
Agavilladas de furiosa plebe,
Bajo la enseña de la paz, los hurtos
Defienden que á la estúpida ignorancia
Un tiempo hicieran la ambición y el dolo;
Y el yugo asolador que los oprime,
La noble inteligencia embruteciendo,
Proclaman ley del cielo sacrosanta.
¿Quién contrasta la infanda tiranía
Que á las almas se atreve, do no llega
El dominio del cetro ó de la espada?
¿Qué no osará el poder á quien se postra
La mente soberana? No hay afecto
Libre de su opresión; el amor gime;
Yacen rotos los lazos conque une
El padre al hijo, á entrambos la consorte,
Benéfica natura; ya vacilan
De la moral las leyes eternales.
Obligación es delatar; dar muerte,
Un acto de heroismo; las ideas,
Impiedad y ruina; sólo ensalzan
La estupidez, que sanguinaria y dócil
Reina de las virtudes se apellida.
¡Desgraciado de aquel que mostrar ose
Tu antorcha, ¡oh razón pura! los puñales,
Que el rencor y calumnia ya preparan,
Al fiero rayo del poder unidos,
Le herirán indefenso. ¡Muy más triste
Quien al público bien se consagrase,
Ardida el alma en noble patriotismo!
No hay más artes aquí que echar la garra
Al fruto opimo del sudor ajeno,

Gritando ó *libertad* ó *altar y trono.*
¿Qué importa á estos impíos que su patria,
Árbitra en otro tiempo de ambos mundos,
Exhausta, pobre é ignorante, sea
Ludibrio de las gentes? Si ellos gozan
Del artista y colono los despojos,
Que mil abusos á sus manos llevan,
Reinen estos abusos; y el que intente
Reformarlos, perezca; que es contrario
De las antiguas leyes venerandas,
Protectoras del ocio y de la fraude.
Ni el asilo doméstico respetan,
Ni dignidad, ni mérito. El esbirro,
En el silencio de la noche obscura,
Manto del crimen, su poder desplega,
Y rompe el blando sueño, que á los hombres,
Bálsamo de los males y cuidados,
El cielo concedió. Gime el esposo,
De su esposa y su prole dividido,
Y en indignas prisiones aherrojado.
Nadie goza el descanso; al inocente
En sueños tristes atormentan; todos
Se admiran, cuando ven la luz del alba
Rayar en el Oriente, no haber sido
Despertados al grito de una fiera.
  Tal vez á pocos la opresión alcanza;
Mas ¿qué vale, si á todos estremece?
El opulento teme sus riquezas,
Cebo de los insectos; el que goza
Alguna parte del poder, la teme;
Que mil y mil á suplantarle aspiran.
Teme el sabio si el bien que ha meditado

Sospecha el delator; teme el esposo,
Si la belleza que feliz le hace,
De algún potente irritará el deseo.
Sólo vive tranquilo y descuidado
El que no es poseedor... ni aun de una idea.
Y ¿hay quien quiera morar en este bosque
De bandidos y monstruos? ¿quien desee,
Donde el poder al mérito persigue,
Tener parte en el mando?... Ajenos climas
Busquemos, do tranquila la inocencia
En venturosa paz logra sus días;
Do protege la ley sin echar lazos,
Y do la autoridad sólo se siente
En el bien que dispensa ó mal que evita.
Mas ¡ay! que, aunque infeliz, eres mi patria,
¡Oh suelo dulce donde habitan fieras!
Al dejarte, en pedazos dividido
Siento mi corazón... ¡Cuántos recuerdos
Mi mente asaltan! Este duro roble,
Hijo del elevado Pirineo,
Reciba en su corteza mis suspiros.
Un hijo tuyo, oh patria idolatrada,
Huye de tí, mas sin dejar de amarte:
Si le destierra la fortuna airada,
Todo su amor te queda cuando parte
Y tú, Occitania bella, acoge blanda
A tu huésped antiguo, que otro tiempo
Moró alegre tu plácida espesura,
Y hoy te pide sosiego, no ventura.

DON JAVIER DE BURGOS

Á LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA

Rindió en incultas bárbaras naciones
El mortal prosternado
Con razón cultos á Minerva y Céres,
Que una inventó el telar y otra el arado.
Roto por él, sus dones
Y de dulce abundancia los placeres
Prodigó el antes yermo y triste suelo
Al humanal anhelo.
El silvestre madroño
Huyó y la jara del ribazo umbrío,
Que cubrió de racimos el otoño
Ó coronó de mieses el estío.
Minerva, en tanto, por divino juicio,
Las pieles de leones
Por la lana trocó, que tejió grata.
En telas trocó el arte los vellones
Que el múrice fenicio
Vino á teñir de espléndida escarlata.
Cundieron luego por el mundo bajo
Los bienes del trabajo.

Más cómoda guarida
Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra;
Encantos nuevos encontró la vida,
Y sus furores mitigó la guerra.
  No, pues, hoy temas que á civil pelea,
A sacrílegas lides,
De nuevo incite la discordia brava.
La activa industria, sí, mejor Alcides
Que el que la hidra Lernea
Postró al blandir de la potente clava,
Mejor Belerofonte que el que hiriera
Á la crüel Quimera,
El aliento en las fauces
Sofocará del presumir liviano,
Y raudales de bien por anchos cauces
Hará que corran por el suelo hispano.
  Sí, correrán; que la común ventura
Al iluso, al malvado
Desarma, que á la patria herir amaga,
Mientras se finge su leal soldado.
De la anarquía impura
Jamás se alista en la cohorte aciaga
El que en trabajos útiles se engríe.
Mientras de la paz ríe
La aurora refulgente,
Entre los campos que la esteva anima,
El viejo Pan la venerable frente
Orlada encumbra de la mies opima.
  En mil canales por su ardiente tierra
Ruede sus ondas puras
El ancho Bétis. Riegue el turbio Duero
De Castilla las áridas llanuras.

De la empinada sierra
Del Segre bullidor corra el venero
Del Urgel á las fértiles regiones.
De recios aquilones
Libre y rudos ataques,
Vuele entre velas la segura proa
Del Cantábrico mar á los Alfaques,
De la imperial Toledo hasta Lisboa.
  Dar cima á tan magníficos portentos
Las ciencias pueden sólo.
Las ciencias, pues, como fanales brillen,
Sin que calumnia, error, envidia ó dolo
Los altos pensamientos
Del sabio turben ni su honor mancillen.
De la felicidad guía á la cumbre
De las ciencias la lumbre.
Bajo el humilde techo
Ellas groseros hábitos suavizan,
Aliento dan al generoso pecho,
De los pueblos la gloria inmortalizan.
  Á par las artes, de su luz guiadas,
Decoren á porfía
De la sagrada Témis los palacios,
Las mansiones augustas de Sofía.
Las alas desplegadas,
Cual águila caudal que á los espacios
Se alza rauda del éter radïante,
El genio se levante.
Los pinceles hispanos
Al lado brillen del pincel de Apéles;
Emulen sus cinceles soberanos
Al divino cincel de Praxitéles.

En el felice porvenir gozáos,
Que á nuestra industria mira
Correr tras la del Támesis y el Sena,
Del chino activo y hábil Cachemira.
Las españolas naos,
Ondeando el gallardete en la alta entena,
Veo ya hendiendo la cerúlea onda.
De la rica Golconda,
Del rival con enojo,
Los diamantes cargar, y cuantas cría
Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,
Y Ceilán perfumada especería.
Mas cuánto Industria y Paz brinden ahora
De vida y de riqueza,
Tanto amenazan de orfandad y males
Discordia atroz ó mísera Pereza.
De Calpe á do la aurora,
De la noche eclipsando los fanales,
En nácar y arrebol inunda el cielo;
Del alcázar de hielo,
Do su manida tiene
El rudo Bóreas, al opuesto polo,
De Paz é Industria la alabanza suene;
El cántico entonad, hijos de Apolo.

DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

LAMENTOS DE UN POETA

Reniego del astro pésimo
Cuya influencia recóndita
Me aficionó á la poética,
Que ya maldice mi cólera.
Harto más valido hubiérame
Estudiar forences fórmulas,
Y henchir mi mente del fárrago
De jurisprudencia lóbrega.
Con esto, y charlar *ex cáthedra*,
Y con un poco de mónita,
Rico viviera y espléndido
A expensas de gente estólida;
Que en este valle de lágrimas
Campa la avaricia sórdida,
La verdad no tiene apóstoles,
La moral es una andrómina;
Y en el agitado piélago
De las pasiones indómitas
Pesca sin temer al Ábrego
De un abogado la góndola.

O el valor de ruines géneros
Centuplicar en la alhóndiga,
Ahogando en el frío cálculo
Tus gritos, con ciencia incómoda.
O miembro hacerme pacífico
De nuestra iglesia católica,
Y ya sería canónigo
De Cartagena ó de Córdoba.
O alistarme en el ejército;
Que si en las batallas hórridas
A muchos abren el Báratro
La bayoneta y la pólvora,
Otros sin valor ni táctica
Labrando fortunas sólidas
Lucen entorchados aúricos,
Si no en el campo, en la ópera.
Basta adular á los próceres
Y saber cobrar la nómina
Ya del pueblo, ya del príncipe,
Ya de facción aristócrata,
Y antes imitar á un sátrapa
De la gente babilónica
Que el denuedo de Temístocles,
De Cimón y de Pelópidas.
Es verdad que eternas páginas
Prestó á las antiguas crónicas
Aquel espartano célebre
Que feneció en las Termópilas;
Mas ¿quién es hoy el estúpido
Que aspirando á fama póstuma
De su vida anhela el término
Que ya es demasiado prófuga?

O á ser asentista diérame,
Y con marañas diabólicas
Saqueando al rey y al público
Llenara de oro mi cómoda;
O estudiara terapéutica
Y nociones fisiológicas,
Y empuñara desde párvulo
La cimitarra anatómica.
Hoy asesinando al prójimo
Mi suerte sería próspera,
Ducho en la ciencia de Hipócrates
A los profanos incógnita.
Broussais, con tu goma arábiga
Y sanguijuelas hidrópicas
Todo lo curara; cólicos
Ulceras, fiebres, parótidas.
O con *Le Roi* sin escrúpulo,
Dejando antiguas teóricas,
Del vomi-purgante bárbaro
Sería mi mano pródiga.
O bien sectario impertérrito
De las medicinas tónicas,
Daría á Plutón más súbditos
Que Bonaparte el de Córcega.
Brown, *Le Roi* Broussais, idénticos
Son todos, sino en su lógica,
En atestar de cadáveres
Del campo santo las bóvedas.
O fuera yo farmacéutico,
Y por medicinas óptimas
A peso de plata un tósigo
Vendería en cada pócima.

O, aunque antes mano quirúrgica,
Mejor dijera antropófaga,
Me dejase como Orígenes,
Que no es desventura módica,
¡A Dios plugiera que en Nápoles
Nacido, en Turín ó en Módena,
Dado me hubiera á la música,
Que en Madrid manda despótica!
Mas ¿qué digo? Sastre, acólito,
Maestro de baile, hipócrita,
Histrión, cocinero, dómine,
Rufián, alguacil, apóstata...
Todo es mejor, oh, Teótimo,
Cualquiera industria es más cómoda
Que hacer versos para el pábulo
En esta edad macarrónica.
¿Qué vale de las Pïérides
Sentir la influencia próvida?
La inopia y el arte métrica
Ya son palabras sinónimas.
¡Ay! mientras nada en la crápula
O yace en inmunda cópula,
Un creso niega á tu mérito
La suspirada bucólica.
Aunque cual Homero célebre
Cantes el luto de Andrómaca,
Ó excedas al alto Píndaro
Y al autor de las Geórgicas;
Ni de la imprenta los tórculos
Te han de adquirir una almóndiga,
Ni tener capa te es lícito
Que te guarde de la atmósfera.

Ni te darán dulce tálamo
Tropos y flores retóricas;
Que huyendo de tí las vírgenes
Se irán á la zona tórrida.
Ni aun si canto epitalámico
Produce, ó farsa alegórica
Do vean su panegírico
Padres, consortes, y prónuba,
Logra un coplero parásito
De su hambre acabar la prórroga,
Aunque hinchado y metafísico
Veinte veces más que Góngora.
¿Qué son ya las glorias épicas?
¿Qué las dulzuras eróticas?
¿Qué son los ejemplos trágicos,
Y qué en fin las sales cómicas?
Ya clama ignorante clérigo
Que con impiedad insólita
Atentas en cada párrafo
A la doctrina canónica;
Ó ya gacetero díscolo
En sus columnas periódicas
Á tus obras llama inútiles,
Descomunales ó apócrifas.
Pides protección leyéndolas
Á un señor de sangre gótica,
Y oye tus endecasílabos
Como si fuera un autómata.
Te sometes á la férula
De algún erudito cócora:
Y mide los raptos líricos
Con el compás de un geómetra,

Si con inocente júbilo
En sencilla anacreóntica
Cantas el vino y los céfiros
Y el arrullo de la tórtola,
Adormecen tus versículos
Como bebida narcótica,
Ó desaparecen rápidos
Cual las ilusiones ópticas;
Que ya solo gusta á Flérida
La de la cintura mórbida,
Alguna charada insípida
Ó alguna novela exótica.
Mordaz se llama á la Sátira,
A la Epopeya monótona,
Al Idilio sandio y rústico
Y á la Elegía platónica.
¿Y qué hace el triste dramático
Entre cabezas tan cóncavas
Cuando huella el orbe escénico
La manía filarmónica?
¿Quién no arrolla al vate indígena,
Ya con calumnias anónimas,
Ya con silbidos horrísonos,
Ó ya con risa sardónica?
Y en tanto al gorjeo lánguido
De una cantarina nómada,
Plebe rutinaria y frívola,
¡Cuál victoreas atónita!
¡Qué de riquezas á un músico!
¡Qué de honores, santa Mónica!
¡Y en tanto á mi triste estómago
Aqueja gazuza crónica!

Y en tanto al terrible tránsito
Mi vida veo muy próxima
Si no renueva algún síndico
La antigua sopa económica.

LA NIÑA ENFERMA

Es tanto mi desconsuelo,
Que no hay cosa que me cuadre.
Todo me fastidia, madre...,
Menos mi primo Antoñuelo.
Yo lloro, yo clamo al cielo,
Yo me impaciento, yo rabio,
Y... ya lo veis, de mi labio
Desaparece el color.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.
¡Ay madre! que venga, que venga el doctor.
Ya no toco la pandera
Con inocente alegría;
Ya no soy como solía
La gala de la pradera.
Me tiene de tal manera
El mal que en vano reprimo,
Que, á no bailar con mi primo,
Aun el baile me da horror.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.
¡Ay madre! que venga, que venga el doctor.
No precio ya la dulzura
Del arbérchigo amarillo,

Ni el canto del jilguerillo,
Ni del prado la verdura.
De mi tenaz calentura
Me seca el rudo martirio
Como al azulado lirio
Seca el cierzo asolador.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.
¡Ay madre! que venga, que venga el doctor.
Tal vez se alivia este mal
Que me acongoja y me oprime
Cuando una pastora gime
Quejosa de su zagal;
Y, aunque es pecado mortal
Envidiar lo que otro goza,
Cuando se casa una moza
Se acrecienta mi dolor.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.
¡Ay madre! que venga, que venga el doctor.
Desnudo el llagado pecho
Hasta que la aurora brilla
Doy vueltas como una ardilla
Sobre el solitario lecho.
Si un instante mi despecho
El blando sueño aligera,
Sueño... yo bien lo dijera,
Pero me causa rubor.
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.
¡Ay madre! que venga, que venga el doctor.
No me veáis de esta suerte
Bajar á la sepultura.
Mirad que la calentura
Es cada día más fuerte.

No mi dolorosa muerte
Os cubra de amargo duelo;
Y aunque tal vez Antoñuelo
Me curaría mejor...
Mi seno palpita; yo estoy muy malita.
¡Ay madre! que venga, que venga el doctor.

EL BRASERO

Dirán que soy friolero;
Que soy un cierzo, un Enero;
Pero
Júrole á usted por mi honor
Que no hay un mueble mejor
Que el *brasero.*
Si el termómetro requiero,
Apunta dos bajo cero;
Pero
Del termómetro me río;
Que me preserva del frio
Mi *brasero.*
Si está el carbón muy entero,
Me da un tufo que me muero;
Pero
Se echa un cuarto de alhucema
Y no hay quien el tufo tema
Del *brasero.*
Fama cual otros no espero
Revolviendo el mundo entero;

Pero
Me bebo alegre una azumbre
Mientras revuelvo la lumbre
Del *brasero.*
Asando estoy con reposo
En las ascuas un hermoso
Pero,
Mientras se quema una pata
Y huye bufando la gata
Del *brasero.*
No tengo gran cocinero
Ni mesa del alto clero;
Pero
Como á gusto en la tarima
Que suelo poner encima
Del *brasero.*
Es mueble antiguo, somero,
De mal tono, chapucero;
Pero
A toda la vecindad
Me reune en sociedad
El *brasero.*
La chimenea ya infiero
Que da mayor reverbero;
Pero
Inspira más confianza,
Más intimidad, la usanza
Del *brasero.*
Es el pudor muy severo
De la muchacha que quiero;
Pero
Qué delicia! Alza la ropa

Por no quemarla en la copa
Del *brasero.*
Y aguarda, que en el tintero
Me dejo el más lisonjero
Pero:
Los hurtillos que consiente
La camilla confidente
Del *brasero.*

LO QUE QUIEREN TODAS

Dulce y amable Felisa,
Con su plácida sonrisa,
Con su rostro enardecido,
Con su gracia en el cantar,
Con su lánguido mirar;
¿Qué es lo que quiere?—*Marido.*
Marta, esquiva y desdeñosa
Por parecer virtuosa,
Que todo en ella es fingido;
Cuando dice á cada instante:
«No quiero tener amante»
¿Qué quiere tener?—*Marido.*
Manda siempre Nicolasa
En sus padres y en su casa,
Siempre es su gusto cumplido;
Gasta á montones el oro;
¡Y aun se anega en triste lloro!
Pues ¿qué le falta?—*Marido.*

¿Se trata de matrimonio?
Dijo Inés; pues Diego, Antonio,
Pedro, Juan, alto, encogido,
Lindo, feo, turco, godo,...
Con cualquiera me acomodo.
El caso es tener *marido*.
Tanto acicalarse Juana,
Gastar toda la mañana
En componerse el prendido
Y en apretarse el corsé...
Vamos, bien claro se ve
Que Juana busca *marido*.
¿Qué pretenderá Marcela
Abonada en la cazuela
Y luciendo el pie pulido
En tienda, calle, paseo,
Circo, baile y jubileo?
Yo te lo diré:—*Marido*.
En vano ha tomado Paca
Los baños de Carratraca.
Cien doctores han venido·
Ninguno á curarla atina.
Ni ha menester medicina.
¿Pues qué ha menester?—*Marido*.
¿Qué querrá doña Matea,
Que espanta de puro fea
Y aun no renuncia á Cupido,
Y da bailes y conciertos,
Y mesas de cien cubiertos?
Claro está: quiere *marido*.
Con tanto rezar Martina,
Con su ayuno y disciplina,

Con su rostro compungido,
Su Biblia, su Año cristiano,
Y su hábito franciscano,
¿Qué pide al cielo?—*Marido.*
La constante y la coqueta,
La que ha nacido discreta,
Y la que simple ha nacido,
La duquesa, la fregona,
La joven, la sesentona,
Todas rabian por *marido.*

DON SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN

LA AFLICCIÓN

Si tú me encontraras,
Oh Zaida inclemente,
Llorando en el valle
Tus crudos desdenes;
Si oyeras mi labio
Suspirar vehemente,
Ó en silencio amargo
Devorarme á veces;
Si incierto me hallaras
Vagando demente,
El seno hecho pira
Los ojos dos fuentes,
Acaso trocaras,
Condolida al verme,
En cera tu pecho,
En fuego tu nieve:
Con miel redimieras
Las pasadas hieles,
Y cada tormento
Con dulces deleites.

LA GALERA MORA

Á cautivar hermosas
Y buscando venganzas,
Una galera mora
Rondando está la playa.
El bizarro Albenzaide
Cual adalid la manda,
Árabe descendiente
De reyes de la Alhambra.
Audaz en la ribera
Con pie esforzado salta,
Y en pos de él veloces
Mil bravos desembarcan.
Llevan verdes turbantes,
Con marlotas moradas,
Y azules alquiceles
Por más vistosa gala.
Cada cual en sus manos
Muestra pica y adarga,
Y del tahalí suspenden
Tajantes cimitarras.
Oculta por las sombras
La infiel legión avanza,
Y el brillo de la luna
La senda le señala.
El cautiverio y muerte
Siembra en su airada marcha,
Y todo en el camino
Lo destruye y lo arrasa.

La acometida en tanto
Con lumbres y humaradas
Publican por la costa
Las torres y atalayas.
Á lo lejos se escucha
La ronca voz de alarma,
Y el peón y el jinete
Al choque se preparan.
Tras el pendón de Cristo
Las huestes esforzadas,
Tan graves como hermosas,
Airosamente marchan.
Los guerreros cubiertos
Se ven de dura malla,
Guarnidos fuertemente
Del casco y la coraza.
El vencedor Ramiro
Preside las escuadras,
Y la roja Cruz lleva
En su pecho estampada.
Vibra en su noble mano
La fulminante lanza,
Y el flexible penacho
Se mece en la celada.
En las primeras filas
Brioso se adelanta,
Y al moro más osado
De un recio golpe mata.
Los añafiles suenan,
Truenan las roncas cajas,
Y las furiosas huestes
Con denuedo se cargan.

La media luna cede,
Y en sus ligeras lanchas
Los feroces alarbes
Á nado se reembarcan.
La roja sangre corre,
El duro suelo mancha,
Y en tinto color tiñe
Las trasparentes aguas.
Ramiro tras los moros
Sus bajeles asalta,
Y allí con Albenzaide
Renueva la batalla.
Mas pronto sin amparo,
Roto el arnés, sin armas,
Y acosado de muchos
Rindió la fuerte espada.
Lo cargan de cadenas,
Cruelmente lo atan,
Y á Túnez da la vuelta
La mora galeaza;
Y mientras, en la orilla
Con triste disonancia,
Lloran una victoria
Á tal precio comprada.

LA MIGA Y LA ESCUELA

Muchachos del aula,
En horas de asueto,
Burlando á Nebrija,
Se enredan en juego.

Peón y rayuela
De estrena tuvieron;
San Miguel y el diablo,
La billarda luego:
Mas por arrullarle
Al dómine el sueño,
Recetan el toro,
Abreviado infierno.
Olvidan sus bandas
César y Pompeyo;
Ni el asno y coroza
Sirven ya de freno.
Echaron chinita
Con pausa y sosiego,
Y en cesta ballesta
Corrió todo el cerco.
En Andrés Berruga
Recayó el sorteo,
Un rollo de chico
De quintal y medio,
De condición mala,
En tino certero;
Pedrada que tire
Cachivache al suelo.
Le envidia la turba
Ser toro tan presto,
(Afición temprana
Que todos tenemos).
Al zaguán lo nombran
De toril chiquero,
Por valla y palenque
Al tapial mampuesto.

Ya la ceremonia
Iba á dar comienzo,
Cuando de la miga
Atalaya hicieron.
Señora maestra
Quedóse durmiendo.
Al dar de los gritos
Las chicas salieron.
Canuto y Pilatos
Les van al encuentro
Como embajadores,
Y ofrecen asiento.
Con muchos remilgos
Y mil embelecos,
Responde la Nena
Al acatamiento.
Su devantal trae
Pespuntado el medio;
Y en dos sendas cocas
Remangado el pelo.
Damas le acompañan
De alcurnia y respeto,
La Toña y Menguilla
La nieta del tuerto.
También Maricota,
Pepona Talego,
Y Tusa Villodres,
Hija del tendero.
Cada cual escoge
Su lindo don Diego,
Y llenan la plaza
Con su contoneo.

Por dar á las damas
Mayor lucimiento,
Alzan los galanes
Tablado cubierto.
La sala de estudio
Rebañan al vuelo,
El escabel cojo
De pino mugriento.
La Nena preside
Con gesto muy serio,
Pues fué hecha condesa
Por el nacimiento.
Para dar la venia
Previene el moquero
(Á un geme no alcanza
De tela de anjeo).
La música rompe
El noble concierto,
Mayando seis gatos
Gruñendo diez perros:
Suenan por timbales
Dos huecos morteros,
Tañen por platillos
Rodajas de hierro:
Y Tolo repica
Á compás dos tejos,
Pues en contrapunto
Es grande maestro.
Da el Zopo la seña
Como trompetero,
Con su pipitaña,
Que chirria los sesos.

Se dispara el toro,
Lleva el diablo dentro,
Da vuelta en el coso,
Bufando y corriendo.
Si no con la frente,
Con la mano al menos,
Esgrime dos astas
Testuz de carnero.
Picador de vara,
Le sale á los tercios
Colás el Bellaco,
Jinete estupendo:
Sobre Blas cabalga,
Rucio verdadero,
Del puente del asno
Huésped sempiterno.
Á espuela y á brida
Lo rige el piquero,
Montado á horcajadas
Por cima del cuello.
Se ufana, torcido
Muy airoso el cuerpo;
La pica, una caña
Que arrancó del huerto.
Berruguilla (el toro)
Fin dió á su escarceo,
Y ante el espantajo
Se para frontero.
Al prójimo darle
Quisiera de lleno,
Cual picaña fiera,
Con entendimiento.

Acomete al postre
Furibundo y ciego,
En la cornamenta
Se lanza prendiendo.
Forceja Berruga,
Aprieta el lancero,
En vilo se quedan
Los dos sin resuello.
Mas Berruga acuerda
Los veinte tan recios
Que le dió el Bellaco
De orden del maestro.
Arremete y cierra
Con rencor frailesco,
Y á entrambos derriba
Rocín, caballero.
Malparados caen
En tierra revueltos;
Por salva la parte
Les envasa el cuerno.
Acuden peones
Y los cuadrilleros
Con sus capotillos
De tabí muy viejo.
Dan citas al toro,
Mas él se hace el sueco:
¡Qué lluvia de coces!
¡Qué gran moqueteo!
Al fin se retrae,
Los deja por muertos,
Se encara á las capas
Y parte tras ellos.

Á cuál lo voltea,
Á tal le da un vuelco,
O por el trascoro
Le abre los gregüescos.
Beato el que puede
Por pies más ligeros
En la talanquera
Tomar valla y puesto.
Ya la escaramuza
Más se iba encendiendo,
Cuando Jusepillo
Saltó en plaza suelto.
Al mirador pide
Venia y rendimiento,
Volviendo los ojos
Hacia su embeleso.
Sacó caperuza
De papel buldesco,
Que sobró en Cuaresma
Cuando el partimiento:
De cartón picado
Espaldar y peto,
Con su taparrabo
De bocací negro.
Lleva rehiletes
Con arpón y fluecos,
Y al toro provoca,
Los brazos abriendo.
Parten uno al otro
Con torvos intentos;
Mas corta Jusepe
Tierra al jarameño;

Y en suerte vistosa,
Cogiéndole al sesgo,
Le clava en la tabla
Los dos instrumentos.
Lo aclama el concurso;
Responde él modesto,
Saluda á su dama,
Le arroja ella en premio
El bollo de azúcar
Y hornazo con huevos,
Que de merendilla
Le dió el padre abuelo.
Iba ya Calbete,
Estoque blandiendo,
Á matar de un golpe
Al toro primero,
Cuando de improviso,
Llegó un aguacero,
Que diablos son bolos,
Nada dejan quieto.
Á la gresca y bulla,
Aunque era gallego,
Despertó el durmiente
Rascando y gruñendo.
La Dómina salta
También de su lecho,
Y á la encamisada
Dan en el torneo.
Los unos se escapan,
Otros quedan yertos;
Nunca asustó tanto
Garduño á conejos.

Con la disciplina
Principia el solfeo,
Y el salvo honor paga
Los pasados yerros.
Á cortina alzada
Sufren ellas ciento,
Y á baja pretina
Diez docenas éstos.
Quedaron los lomos
Cual rojo pimiento,
Con comezoncilla
Picando y bullendo.
Así acabó en llanto
El toro y bureo,
Que llanto es el cabo
De todo festejo.

LA NIÑA EN FERIA

. . . . . .
Era, pues, la niña
De tal gentileza,
Que en parangón suyo
Callara Lucrecia.
Ojos robadores,
En arco las cejas,
Morena y graciosa,
Graciosa y morena.
. . . . . .

(Romancero General)

La linda serrana,
El sol de la aldea,
Por ver y lucirse
Va y viene en la feria.

Vistióse advertida
Con galas de fiesta,
Que aliño y realce
El gusto despiertan.
Feriándose viene,
Venderse no piensa,
Que hay prendas que en trueque
Se dan, y no en venta.
Gentil desenfado
Con mil gracias muestra,
Casando al donaire
La noble modestia.
El sayal palmilla
Pomposo en la rueda,
Jaquelada en rojo
La fina arandela.
Turquí zapatilla,
Colorada media
Con primor engarzan
La planta pequeña.
Asoma con puntas
Bordada cenefa
Del cendal que inquiere
La vista indiscreta.
La toca labrada
Prendida en la oreja;
Alfiler de oro
Recoge la trenza.
Relicario al pecho
Con doradas cuentas,
Por Pascua de flores
Bendito en la iglesia.

El pie con aseo
Primoroso asienta.
¡Cuán linces los ojos
Que alcancen sus huellas!
Finísimas randas
El cuello le cercan;
¡Aranjuez de olores!
¡Verjel de azucenas!
Curiosa ve y mira
La niña morena,
Y el leve ventalle
Lo abate y despliega.
Feriantes la siguen,
Mil flores la echan:
El más delantero
Hablándola llega.
«¿Dónde va (la dice)
La hermosa extranjera,
Que un ángel del cielo
No nació en la tierra?
Si valor la alcanza,
Por oro que quiera,
Delante no pase
Y entre por mis puertas.
Recámara tengo,
Ducados sin cuenta;
Mercader tan rico
No lo vió Bruselas.
Servirán salvilla
Mil esclavas negras,
Y pajes muy lindos
Cristal de Venecia.

Si conmigo casa,
Arrastrando sedas
Sentará en estrados
Con grave eminencia:
Y oliendo en la noche
Pebetes y esencias,
Partirá mi lecho
De alfombras de Persia.»
Responde riendo
La niña morena:
«Encierre en sus cofres,
Burgués, sus riquezas;
Que si bien cual joya
Trocarme quisiera,
No á trueque tan alto
Que á compra me suena.»
Apenas da un paso,
Cuando se le acerca
Famoso soldado
Que venció en la guerra.
Sombrero con plumas,
Valona y cadena,
Y al brazo bizarro
La capa revuelta.
Las calzas y veste
Grana de Florencia,
Y del talabarte
Durindaina cuelga.
Saluda y exclama:
«¡Cual puede tal fuerza
Estar sin presidio
Que evite sorpresas!

Por su castellano
Yo ruego me tenga,
Y vengan y tracen
Contrarios trincheras;
Que en mí vuestros ojos
Hicieron más brecha
Que en Dorlan ú Ostende
Jugando diez piezas.»
Responde riendo
La niña morena:
«Señor, tengo en mucho
Tan brava fineza;
Mas pica que el Rey
Á Flandes la lleva,
No puede continuo
Servirme, aunque quiera,
Y yo (pues trocóme
Voacé en ciudadela)
No puedo ni un hora
Estar sin conserva.
Empero prometo,
Por pagar tal deuda,
Que si mi velado
Me da su licencia,
Al primer nacido
Que embrace rodela
Le asentaré plaza
En vuestras banderas.»
Le sale al encuentro,
Vestido en bayetas,
El dómine roto
Opas de Sigüenza.

«Permitidme (dice)
Que toda mi ciencia
Se derrame en gozo
Á las plantas vuestras.
De Bártulo y Baldo
Sé graves sentencias,
Que os diré en requiebros
Las noches enteras.
Lazarillo sabio
Permitidme os sea,
Que hermosa sin guía
En llano tropieza.
Relato de coro
Todas las Pandectas;
Borlas y garnachas
Me envidan apuesta:
Que asaz necio soy
Para que no pueda
Trepar como tantos
Á más alta esfera.»
Burlando responde
La niña morena:
«Hermano, excusadme
Visión tan horrenda,
Que ropilla y faldas
De presto me acuerdan
El monjil frasado
Con que al muerto entierran.
Vigilias de amantes
No bien os asientan,
Que no es para ayunos
Tan fieras tareas.»

Pensativa sigue
La niña su senda,
Por no hallar empleo
Que en bien le convenga.
Ya incierta no fía
De aquella promesa,
Que al luto entre sueños,
La Virgen le diera.
Sin padre ya y sola
Por siempre se cuenta;
Pero al abrir calle,
Cumplióse su estrella.
De dos y de veinte
Un mancebo era,
Florero que vende
Flores de su huerta.
Gabán por el hombro,
Galana presencia,
Bien tallado el talle,
Razones discretas.
La niña, al mirarle,
Se conturba y tiembla,
Y mueve los ojos
Creyendo que ensueña.
«Este es, ¡ay! (se dice),
El que en sueños viera,
Cuando en romería
Visité la Peña.
Pedíle á la Virgen,
Guarda de mi herencia,
Y allá lo que en sombras,
Verdad hoy me muestra.»

Se va al de las flores
La niña morena,
Malicioso el gesto,
Hablándole artera.
«Dígame, mancebo
(Así Dios mantenga,
Con sombra sus flores,
Sin sol su floresta):
¿En búcaro airoso
Qué flor me vendiera,
Que eterna adornara
Mi pecho y mi reja,
Que su aroma diese
Consuelo á mi pena,
Y á mis ojos niños
Que hermosa entretenga?»
—«No alcanzo (responde)
Señora, tal ciencia:
Mas tomad de tantas
La flor que os convenga.»
Y así relatando,
Rodilla por tierra,
Le da en ramillete
Las flores más bellas.
—«No quiero por ramos
Tanta gentileza,
Que al gusto, lo mucho
Lo entibia y enferma.
Mi afición es una,
No elijo supérflua.»
Y así hermosa hablando,
Vivaz como honesta,

El lirio tomóle
De pasión emblema,
Que al pecho el mancebo
Con banda sujeta.
Al Paular, en tanto,
Con grave cadencia
Campanas tañían
La misa de media.
Y dice riendo
La niña morena:
«¿Es misa ó rebato
Allá lo que suena?
Que desde que os hablo,
Se va mi cabeza,
Y á fuego en mi pecho
Baten con violencia.
Por tanto, ¿queréis
(Aquí habló bermeja)
Por corto camino
Llevarme á la iglesia?»
—«No tal, por mi vida
(Aquél respondiera);
Que rústicas flores
No valen princesas.
Son dos recentales
Toda mi riqueza,
Y un huerto tan breve,
Que guardo sin cerca.
Tal beldad, señora,
Mayor logro espera;
Al amor humilde
Mujeres desprecian.»

«No así, garzón bello,
En llanto me deja,
(Prorrumpe llorando
La niña morena).
Si tú bien me quieres,
Aparta sospechas;
Que á hija del Maestre
El rey nada niega;
Y soy (no contando
La noble encomienda),
Si alta por linaje,
Rica por hacienda.»
Gózase el mancebo,
Bendice su lengua,
Y con labio humilde
Besóle la diestra.
Cambiaron sortijas
Por mayor terneza;
Saludan la pila,
Y en la ermita entran.
Se postran al Preste
Que el salmo les reza,
Y en latín los casa
Con gran reverencia.
Del altar salieron
Con suertes diversas:
El, ufano, alegre;
Mas tímida ella.
Hubo tornaboda,
Festín, larga mesa,
Y danzas, en donde
Más bodas se empeñan.

Bailaron los novios
Canario y Francesa,
Y al tálamo fueron
Sonando la queda;
Y es fama que al año,
El sol de la aldea
Sacaba un infante
A lucir en feria.
Infante á quien hizo
Menino la Reina,
Y en años creciendo,
También calzó espuela.

DON AGUSTÍN DURÁN

PROEMIO DE LAS TRES TORONJAS

DEL VERJEL DE AMOR

Dexando á los sabidores
El arte de Poetría,
Voy narrar una conseja
Como más me plaszería.
Plászeme de lo fazer
Qual en antes lo solían
Los viejos á los mochachos
Qu'en el fogar s'adormían.
Poco aquí fallarse há
De mi propia fantasía,
Fueras ende que cantares
En el Romance ponía.
Todo es lembranza del tiempo
Do el vulgo coplas fazía,
Mientra el culto trovador
Solo en las cortes s'oia.
Plászeme imitar la fabla
Del pueblo, ruda et altiva;
Del pueblo conqueridor,
Que del arte non sabía.

Del que cantára á Bernardo
Qu'en Roncesvalles vencía
A Carlomano et Roldán
E á sus Doze en compañía:
Del qu'en el Cid se nos muestra,
Cuando firme proponía,
Et respetoso, ant'el Rey
Los tuertos qu'el Rey fazía:
Del pueblo que á Lanzarote
E á Tristán mucho quería,
Prendado de sus amores
Et alta cavallería:
Del que á Isea é á Ginebra
Perdonó sus fechorías
En gracia que á sus amantes
Nunca trataron falsía:
Maguer que á los sus maridos
La misma burla ponían,
Que Diana al Cazador
Quando desnuda la via:
Del que á Merlín como á Santo
Adorava et bendescía,
Seyendo fijo del Diablo
E Alcahoete en demasía:
Del que creyendo miraglos,
En brujas también creía:
Del que adorando los Prestes,
Sus torpezas maldeszía:
Del que rezando sus coplas
La su hestoria nos fazía,
Et sin haber un poeta
De todos fué su poesía.

En esta fabla veredes
Cosas que hoy pocos creerían,
Et qu'en la pasada edad
Dubdarlas fuera heregía.
Páxaros verdes que fablan,
Homes que los entendían,
Et pláticas que d'Oriente
A Occidente nos venían.
Veredes del Septemptrión
Las negras fechizerías;
Cavalleros que á Dragones
En guerra campal vencían.
Veredes feos enanos,
Gigantes por otra vía,
Vestiglos que d'el Infierno
En la tierra aparescían.
Veredes que enamorados
Sencillos é sin falsía,
Non coidando de los Prestes
Sus desposorios fazían:
Veredes cómo las Damas
A la merced se confían
De los nobles cavalleros
Que siempre su fe complían.
Usanzas eran d'antaño
Que mostrar me proponía,
Et de que las tradiziones
Se remembran todavía.
De boca en boca pasaran
Aquestas fazañerías,
E ansi llegáran á mi
Como á vos yo las diría.

Nin la sciencia, nin los años,
Nin menos philosophia
Las borran de mi memoria,
Nin yo las borrar querría.
Ca maguer tan viejo sea,
Qu'he la muerte por vezina,
Curo de regar la flor
Que á la par de mí crescía.
Si alguno me lo tachare
Cedo le replicaría,
Que los Romances del pueblo
Non tienen corta valía.
Trovadores los desdeñan,
Mas yo seguiendo otra vía,
A coplas de cortesanos
Las vulgares prefería.
E digan lo que dixieren
Voy á seguir mi porfía,
Narrando aquesta conseja
Como mejor me vernía.

La Fuente de los amores.
De la citada leyenda.

Tal virtud havíe
Aquel agua clara,
Que quien la beviere
D'amores s'abrasa.
Dizen ser el filtro
Que diera Brangiana,
Por yerro, á Tristán
E á Isea, su dama,

Quando para esposa
Tristán la llevava
De su tío Marco,
Rey de Cornualla.
En el vaso mismo
Ambos la provaran,
Et d'amor el fuego
La su sangre inflama.
Pasión tal sentien,
Sentieron tal ansia,
Que vencer non poeden
Fechizos del agua.
Era niña Isea,
Bella, blonda et blanca,
Et donzel Tristán
Ornado de gracias.
El seso perdido
Leyes d'honor falsan,
Et yaciendo en uno
Rompen su palabra.
Ansí non queriendo,
A tal se propasan,
Que sin ser culpables,
Culpados se fallan.
Mas luego, d'un día
Breves gustos pagan
Con luengos pesares
Con luengas desgracias.
Amargos dolores
Muy amargos pasan,
Por haber bevido
Del agua encantada.

Tristán es ferido
De mala lanzada,
Que Marco, su tío,
A traición le dava.
Tarde por guarillo
Isea llegara,
Et moriendo en uno
Se besan e abrazan.

CANTAR DEL TROVADOR

Para amor vivieron,
D'amor muerto han:
Por amor renascen
Isea et Tristán.
Sobre la su tumba
Nascido ha un rosal
Qu'exhala perfumes
En el praderal.
En vano los Prestes
Le facen quemar:
Quanto más le queman
Más florido está.
Los amantes fieles
Lo van vesitar,
Como los romeros
A Santiago van.
Que Dios los perdone
Le van demandar,
Plorando más agua
Qu'encierra la mar.

DON VENTURA DE LA VEGA

EL CANTO DE LA ESPOSA

Ven á tu huerto, Amado;
Que el árbol con su fruto te convida,
Y el céfiro callado
Espera tu venida:
Tú al céfiro y al huerto das la vida.
La aurora nacarada
Desdeña esquiva la purpúrea rosa,
A la tierra inclinada:
La abeja silenciosa
Ni en torno gira, ni en la flor se posa.
Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin tí, cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores,
Desplegando sus alas de colores.
Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazonadas pomas,
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas,
Sin tí mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado
El sol ardiente tus mejillas tuesta;
Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasarás la siesta.
Yo duermo en mi morada;
Mas del Esposo, el corazón velando,
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando;
El esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mío;
Abreme por tu vida;
Que yerto estoy de frío,
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA

¡Ay! que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho!
¡Ay! que el pie delicado
Temo llegar al pavimento helado!
Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta;
Á su tacto amoroso
Mi corazón despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.
Alcéme presurosa

Para abrir al esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.
Mas el Esposo amado
No me esperaba, ¡ay triste! y era ido
Celoso y despechado!
Mi acento dolorido
Llámalo, y no responde á mi gemido!
Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron;
Como sola me vieron,
Y ramerilla pobre me creyeron.
Doncellas de Judea,
Si por dicha encontráis mi fugitivo,
Decidle que no sea
Con su adorada esquivo,
Que ya morada y lecho le apercibo.
¿Conocéis por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.
Conoceréis quien sea,
Si al verle os encendéis en fuego vivo.
Doncellas de Judea,
Traedme al fugitivo;
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

ORILLAS DEL PUSA

¡Qué calor!... sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
A este valle que en sosiego
Tu corriente ¡Oh, Pusa! baña
Susurrando.
Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.
Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.
No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.
Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida;
Y allí del mundo lejano

Tu breve carrera imite
Y escondida.
Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.
Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.
Su destino es envidiar,
O de tu curso süave
La paz suma,
O el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.
¡Pobre Pusa!... si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras,
En tu cristal inocente
¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!
De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
A Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió!
Pusa humilde, manso río,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estío
Al peregrino sediento
Agua pura;
Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte desciende,
Y al rebaño,
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende
Fresco baño;
Y hoy á mi cuerpo cansado,
Contra el sol que ardiente pica
Blando solaz.
¡Pusa! ¡Adiós!... corre ignorado,
Y los quintos de Malpica
Fecunda en paz.

A MIS AMIGOS

No muera, amigos, en el pecho helado
Tímido el fuego creador del genio:
Llega el momento en que la lira el libre
Cántico suene.

Ese que os hizo de abundante vena
Rico presente la deidad del Pindo,
No es vuestro solo; de la patria es feudo:
Ella lo pide.
Ay! de la patria!... preguntar os oigo:
«Do está la patria?... al corazón no llega
»Del que contento en la cadena vive
»Himno sonoro.
»Francia que el trono de ignominia, alzado
»De Waterlóo sobre los muertos héroes,
»Fiero padrón de servidumbre indigna
»Rompe y sepulta;
»Francia en buen hora renacer la dulce
»Lira contemple en que cantaba Horacio
»Rotos al bote de romana lanza
»Partos y Medos.
»Goce al cantor de las *Mesenias*, goce,
»Oh noble *Alfonso*, tu gigante númen;
»Píndaros tenga la que tiene tantos
»Héroes cual hijos.
»¡Ay! de nosotros!—Sobre todos cruje
»Látigo alzado déspota altanero,
»Y hunde en el polvo y con la planta huella
»Liras y leyes!»
Sí; mas la Musa que inspiró el robusto
Són que la trompa eternizó de Herrera,
Cuando Lepanto enrojeció con turca
Sangre sus olas;
Y la que tierna suspiró en Rioja,
La que del *Tormes* encantó las aguas,
Todas llorosas os demandan nuevas
Aras y culto.

Jóvenes, dicen, á la dulce sombra
De ese laurel que vuestra frente anhela,
Santa amistad y poesía junten
Vates hermanos.
Harto las iras de belleza ingrata
Supo ablandar enamorado canto,
Y vuestra lira enguirnaldó de rosas
Alma ciprina.
Otros acentos las Pimpléas aman,
Cuando despunta suspirada aurora;
Pruebe á lanzar el inflamado plectro
Ronca tirtéida.
Véis? ya Pirene de sus cumbres lanza
Hijos de Iberia que á salvarla vienen.
Véis? ya el tirano en su caduco trono
Pálido tiembla!
Caros alumnos! á la nueva patria,
Ya desligada de servil coyunda,
Himnos de gloria y libertad la corva
Cítara ensaye.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

MARQUÉS DE MOLINS

En la muerte de su esposa.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa,
Porque enjugarlas intentara en vano.
Al que las llora en la reciente losa
De un sepulcro do en flor arrebatada
La dulce prenda de su amor reposa,

No con usados pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.
Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte
Antes que yo consuelos te ofreciera?—
Si heridas que feroz abre la muerte
Mano mortal cicatrizar pudiera,
Cuál para tí, cuál otra que la mía
Más diligente y cariñosa fuera?—
Contigo me crié: contigo un día
En las aulas bebí de *San Mateo*
El fuego de la hermosa poesía.
Aún me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad, cuando sonaban
Las suspiradas horas de *recreo*,
Mientras otros, astutos se burlaban
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos
Por el talado *jardinillo* andaban.
Allí vimos brotar los generosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.
Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda*, ¡oh dolor! el genio ardiente
Que el soplo de la muerte heló á deshora.
Allí *León* el ánimo valiente
Apercibía á la inmortal jornada
Que vió de Huesca la asombrada gente.
Allí *Pezuela* en lira delicada
Probó la diestra que empuñar debía
La épica trompa y la fulmínea espada.
Allí *Ochoa* de ciencia y poesía
Apurando el raudal con noble empeño,

Labraba su futura nombradía.
  Allí en tono, ora grave, ora risueño,
Rico de inspiración sonaba el canto
De *Felipe*, el satírico limeño.
  Allí otros mil!...—Oh! fugitivo encanto!
Oh, sonrisa primera de la vida!
¡Recuerdo de placer, que arranca llanto!
  —Y qué, Mariano, la ilusión perdida
De la edad infantil, en noche obscura
Nos dejó acaso el alma sumergida?
  No hay ya un rayo de luz serena y pura?
Es este mundo una región de duelo,
De desesperación y de amargura?
  No, no es verdad!—Del nebuloso cielo,
Del negro septentrión esa herejía
Vino *en traje francés* á nuestro suelo.
  Todos pecamos!—Yo también un día,
Gimiendo á drede, por seguir la usanza,
Vime arrastrado en la común manía,
  A esa *espelunca* do á leer se alcanza
Sobre la puerta con azufre escrito:
«*Ay! ¡dejad, los que entráis, toda esperanza!*»
  Allí en verso trotón, y á voz en grito
Lloraba su *vejez anticipada*
Un melenudo imberbe mancebito.
  Otro de la *romántica* pleyada,
Que tres lustros de edad mostraba apenas
Al blando arrullo de niñez mimada,
  Lloraba desengaños á docenas
De esta *imperfecta* sociedad que al hombre
Ata al nacer con grillos y cadenas.
  Y porque más su desventura asombre,
Quejábase también de estar *minado*

De una secreta enfermedad *sin nombre!*
  Era un vivir aquél desesperado!
Solo se oía en recia tarabilla:
¡¡Maldición!! por un lado y otro lado.
  Por fin de aquella fiera pesadilla
Conseguí despertar con trasudores
Á las voces de *Lista* y *Hermosilla.*
  Y al contemplar de nuevo los albores
Del sol, que en torno á mí la densa bruma
Disipaba con vivos resplandores,
  Dije: ¡Gracias á Dios!—Pues ni me abruma
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma;
  Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallase alguna vez; yo no soy bueno
  Para tanto gemir.—Extravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno bárbaro del *Dante*,
  Y no vagar, con alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas,
Por los jardines mágicos de *Armida!*
  Mis ojos otra vez á las hermosas
Regiones se alzan del sereno polo
A buscar sus deidades fabulosas;
  Que yo la lira del crinado Apolo,
Que invoqué tantas veces, al rüido
De las doradas ondas del Pactolo,
  No he de trocar por el feroz graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraído;
  Y prefiero las aguas de *Hipocrene*
Á esas lagunas cenagosas, donde

Blanca fantasma su morada tiene,
  Y al que pide favor sólo responde
Con un ósculo hediondo y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.
  Álcese *Byron* de su númen fiero
En las alas flamígeras, y escoja
Á su espíritu audaz nuevo sendero.
  Tímido el mío á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Rioja.*
  ¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscan* de Erato bella,
  ¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio?*
  Y tú, Mariano, que en la amarga pena
Á que el humano esfuerzo no resiste,
Derramas de tus ojos larga vena;
  Si algún consuelo á tu dolor existe,
Sólo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que también para el que llora triste
  Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en *el lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso.*
  Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al són de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.
  Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía,
En la antigua amistad, y en el encanto
De la consoladora poesía.

DON MANUEL DE CABANYES

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA

Eu nunca consentí que á minha lyra
Fosse lyra de còrtes:
A verdade, á so unica verdade
Soube inspirarme ó canto.

FRANC. MANOEL

Como una casta ruborosa virgen
Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su harpa solitaria,
Suelta la voz del canto.
Lejos ¡profanas gentes! No su acento
Del placer muelle corruptor del alma
En ritmo cadencioso hará suave
La funesta ponzoña.
Lejos ¡esclavos! lejos: no sus gracias
Cual vuestro honor traficanse y se venden:
No sangri-salpicados techos de oro
Resonarán sus versos.
En pobre independencia, ni las iras
De los verdugos del pensar la espantan
De sierva á fuer; ni, meretriz impura,
Vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan:
Las cumbres vaga en desnudez honesta;
    Mas ¡guay de quien la ultraje!
Sobre sus cantos la expresión del alma
Vuela sin arte: números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos
    Cual su espíritu libres.
Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
Cual la espada del bueno: y nunca, nunca
Tu noble faz con el rubor de oprobio
    Cubrirán, madre España,
Cual del cisne de Ofanto los cantares
A la Reina del mundo avergonzaron,
De su opresor con el infame elogio
    Sus cuitas acreciendo.
¡Hijo cruel! ¡Cantor ingrato! El cielo
Le dió una lira mágica y el arte
De arrebatar á su placer las almas
    Y arder los corazones;
Le dió á los héroes celebrar mortales
Y á las deidades del Olimpo... El eco
Del Capitolio altivo aun los nombres,
    Que él dispertó, tornaba
Del rompedor de pactos inhonestos
Régulo, de Camilo, del gran Paulo
De su alma heroica pródigo, y la muerte
    De Catón generosa.
Mas cuando en el silencio de la noche
Sobre lesbianas cuerdas ensayaba,
En nuevo són, del triúnviro inhumano
    La envilecida loa;

Se oyó, se oyó (me lo revela el Genio)
Tremenda voz de sombra invindicada
Que «Maldito, gritó, maldito seas,
»¡Desertor de Filipos!
»Tan blando acento y á la par tan torpe
»Tuyo había de ser, que el noble hierro
»De la patria en sus últimos instantes
»Lanzando feamente,
»¡Deshonor! á tus pies, hijo de esclavo,
»Confiaste la salud: ¡maldito seas!»
Y la terrible maldición las ondas
Del Tíber murmuraban.

Á CINTIO

Non enim sciunt quid faciunt.
S. Luc. *cap. 23, v. 34*

Ay! De mi triste juventud, ó Cintio,
Cual se arrastran inútiles los días
Y sin placer! Un tiempo, de la gloria
La brillante fantasma su amargura
Con esperanzas halagó mentidas:
Tal centella fugaz, artificiosa,
Lanzada entre las sombras de la noche,
Al inocente rapazuelo alegra
Y sus lágrimas calma mientras brilla:
Muere, y el lloro torna. Con su magia
Poderosa, invencible, la Hermosura
Colmó también mi corazón un tiempo
De aquel sumo gozar por quien los Dioses
El bienhadado Olimpo abandonaban

Y humanos seres á adorar venían.
Mas ¡ay de mí! la apetecida gloria
Burla mi afán, y el cáliz del deleite,
Creyéraslo? comienza á serme amargo.
¿De qué, Cintio, sirvió que esa existencia
Del hondo caos la quietud dejase?
¿Y á qué mi puro espirtu sucias carnes
Vestir, y por veredas retorcidas
De bandidos sembradas y de monstruos
Buscar la patria y primitivo origen?
Amapola de vida momentánea
La frente saca de la tierra un punto;
Viene el arado del gañán, la troncha,
Y deja de existir. Gota lanzada
Del matinal rocío en la corriente
Del Orinoco, á las inmensas ondas
De qué sirve? Arrastrada á la par dellas,
Irá á morir sin pro y desconocida.
Breves y obscuros de la tierra al seno
Así mis días correrán llevados:
Sobre mi huesa la espinosa zarza
Como antes crecerá, y el viajero
Proseguirá sin percibir mis huellas:
No más profunda estampa del nocturno
Favonio, que pasó en callado vuelo,
Repara en su verjel la zagaleja.
Pero, ¿qué importa? ¿Y piensas tú que envidio
La suerte yo de aquellos que ufanoso
Para divinizar el propio fango
El mortal á los cielos encarama?
¡Oh Cintio! en su memoria embebecida,
No hace nada, la mente, sus ruidosas

Acciones recordaba, y yo el hinojo
Iba casi á doblar para adorarlos;
Cuando «¡Detente!» en cariñoso acento
Mi Genio me gritó: «detén y escucha.
»Irremediable enfermo, trabajado
»De antiguos males es el mundo, y busca
»Medicamento en vano á sus dolencias.
»De su dolor en el angosto lecho,
»Manando podre y la razón furiosa,
»Se agita, se carcome, se consume
»Revolcándose: ya en blasfemia impía
»Con labio inmundo al Eternal insulta;
»Ya humilde, arrepentido, prosternado
»Demanda su piedad: ora á la fuerza
»Se abandona del mal sin esperanzas,
»Ora la ciencia de mentidos sabios
»Invoca... ¡Oh sin ventura! á luengo agudo
»Padecer condenado, del momento
»Que inobediente de su Dios el hombre
»Fué al mandato primero, hasta el instante
»En que á la nada la creación tornando,
»Dirá la voz del Infalible: *Basta.*
»Ve aquí la eterna ley, y contra della,
»De esa estúpida chusma envilecida
»(Que por un pan de oprobio el honor suyo
»Vende y su vida miserable), el vicio,
»La ignorancia y maldad es tan inútil
»Como del Macedonio las victorias,
»Los sueños de Platón, y el celebrado
»Pensamiento de aquél, que á los planetas
»Hizo danzar á guisa de la poma
»Que sus narices aplastó cayendo.»

Dijo, y finió sus últimas razones
Con risa estrepitosa: yo aturdido,
Bien fuese de dolor ó de despecho,
Bien de placer, humedecido el rostro
Con el llanto sentí que derramaba.

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

MI INSPIRACIÓN

Cuando hice resonar mi voz primera
Fué en una noche tormentosa y fría:
Un peñón de la cántabra ribera
De asiento me servía:
El aquilón silbaba,
La playa y la campiña estaban solas,
Y el Oceáno rugidor sus olas
A mis pies estrellaba.
No brillaban los astros en el cielo,
Ni en la tierra se oía humano acento:
Estaba obscuro, silencioso el suelo,
Y negro el firmamento.
Sólo en el horizonte
Alguna vez relámpagos lucían,
Y al mugir de los mares respondian
Los pinares del monte.
Fuera ya entonces cuando el pecho mío,
Lanzado allá de la terrestre esfera,
Vió que el mundo era un árido vacío,
El bien una quimera.

Nunca un placer pasaba
Blando ante mí, ni su ilusión mentida,
Y el peso enorme de una inútil vida
Mi espíritu agobiaba.
Quise admirar del mundo la hermosura,
Y hallé doquiera el mal. De amor ardía,
Y nunca á mi benévola ternura
Otro pecho se unía.
Solo y desconsolado,
Cantar quise á la tierra mi abandono,
Mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono
Para un desventurado?...
Al destino acusé, y acusé al cielo
Porque este corazón dado me habían;
Y de mi queja, y de mi triste anhelo
Los cielos se reían.
¿Do acudir?... ¡Ay!... Demente
Visitaba las rocas y las olas
Por gozarme en su horror, llorar á solas
Y gemir libremente.
Un momento á mi lánguido gemido
Otro gemido respondió lejano,
Que sonó por las rocas cual graznido
De acuático milano.
De repente se tiende
Mi vista por la playa procelosa,
Y de repente una visión pasmosa
Mis sentidos sorprende.
Alzarse miro entre la niebla obscura
Blanco un fantasma, una deidad radiante,
Que mueve á mí su colosal figura
Con pasos de gigante.

Reluce su cabeza
Como la luna en nebuloso cielo:
Es blanco su ropaje, y negro velo
Oculta su belleza.
Que es bella, sí; de cuando en cuando el viento
Alza fugaz los móviles crespones,
Y aparecen un rápido momento
Celestiales facciones.
Pero nube de espanto
Tiñó de palidez sus formas bellas,
Y sus ojos, luciendo como estrellas,
Muestran reciente el llanto.
Cual manga de agua que aquilón levanta
En los mares del sur, así camina,
Y sin hollar el suelo con su planta
A mi escollo se inclina.
Llega, calladamente
En sus brazos me ciñe, y yo temblando
Recibí con horror ósculo blando
Con que selló mi frente.
El calor de su seno palpitante
Tornóme en breve de mi pasmo helado:
Creí estar en los brazos de una amante,
Y... «¿quién, clamé arrobado,
Quién eres que mi vida
Intentas reanimar, fúnebre objeto?
¿Calmarás tú mi corazón inquieto?
¿Eres tú mi querida?»
«¿Ó bien desciendes del elíseo coro
Sola, y envuelta en el nocturno manto,
Á ser la compañera de mi lloro,
La musa de mi canto?

Habla, visión obscura;
Dame otro beso ó muéstrame tu lira:
De amor ó de estro el corazón inspira
Á un mortal sin ventura.»
«No, me responde con acento escaso,
Cual si exhalara su postrer gemido;
Nunca, nunca los ecos del parnaso
Mi voz han repetido.
No tengo nombre alguno,
Y habito entre las rocas cenicientas,
Presidiendo al horror y á las tormentas
Que en los mares reuno.»
«Mi voz solo acompaña los acentos
Con que el alcion en su viudez suspira,
Ó los gritos y lánguidos lamentos
Del náufrago que espira.
Y si una noche hermosa
Las playas dejo y su pavor sombrío,
Solo la orilla del cercano río
Paseo silenciosa.»
«Entro al verjel, so cuya sombra espesa
Va un amante á gemir por la que adora:
Voy á la tumba que una madre besa,
Ó do un amigo llora.
Pero es vano mi anhelo;
Sé trocar en ternezas mis terrores,
Sé acompañar el llanto y los dolores,
Mas nunca los consuelo.»
«Ni á tí, infeliz: el dedo del destino
Trazó tu obscura y áspera carrera.
Yo he leído en su libro diamantino
La suerte que te espera.

Á vano, eterno llanto
Te condenó, y á fúnebres pasiones,
Dejándoos solo los funestos dones
De mi amor y mi canto.»
«De ébano y concha ese laud te entrego
Que en las playas de Albión hallé caído;
No empero de él recobrará su fuego
Tu espíritu abatido.
El rigor de la suerte
Cantarás solo, inútiles ternuras,
La soledad, la noche, y las dulzuras
De apetecida muerte.»
«Tu ardor no será nunca satisfecho,
Y solo alguna noche en mi regazo
Estrechará tu desmayado pecho
Iluso, aéreo abrazo.
¡Infeliz si quisieras
Realizar mis fantásticos favores!
Pero ¡más infeliz si otros amores
En ese mundo esperas!»
Diciendo así, su inanimado beso
Tornó á imprimir sobre mi labio ardiente.
Quise gustar su fúnebre embeleso,
Pero huyó de repente.
Voló: de mi presencia
Despareció cual ráfaga de viento,
Dejándome su lúgubre instrumento
Y mi fatal sentencia.
¡Ay! se cumplió: que desde aquel instante,
Mi cáliz amargar plugo á los cielos,
Y en vano á veces mi nocturna amante
Volvió á darme consuelos.

Mis votos más queridos
Fueron siempre tiranas privaciones,
Mis afectos desgracias ó ilusiones,
Y mis cantos gemidos.
En vano algunos días la fortuna
Ondeó sobre mi faz gayos colores:
En vano bella se meció mi cuna
En un Edén de flores;
En vano la belleza
Y la amistad sus dichas me brindaron:
Rápidas sombras, ¡ay! que recargaron
¡Mi sepulcral tristeza!...
Escrito está que este interior veneno
Roa el placer que devoré sediento.
Canta, pues, los combates de mi seno,
Infernal instrumento.
Destierra la alegría
Que nunca pudo á su región moverte,
Y exhala ya tus cánticos de muerte
Sin tono ni armonía.
Y tú, amor, si tal vez te me presentas,
No pintaré tu imagen adorada;
Describiré el horror de las tormentas
Y mi visión amada.
En mi negro despecho
Rocas serán mis campos de delicias,
Lánguidas agonías mis caricias,
Y una tumba mi lecho.

Á LA LUNA

Desde el primer latido de mi pecho,
Condenado al amor y á la tristeza,
Ni un eco en mi gemir, ni á la belleza
Un suspiro alcancé.
Halló por fin mi fúnebre despecho
Inmenso objeto á mi ilusión amante,
Y de la luna el célico semblante
Y el triste mar amé.
El mar quedóse allá por su ribera,
Sus olas no treparon las montañas;
Nunca llega á estas márgenes extrañas
Su solemne mugir.
Tú empero que mi amor sigues doquiera,
Cándida luna, en tu amoroso vuelo,
Tú eres la misma que miré en el cielo
De mi patria lucir.
Tú sola mi beldad, sola mi amante,
Unica antorcha que mis pasos guía,
Tú sola enciendes en un alma fría
Una sombra de amor.
Solo el blando lucir de tu semblante
Mis ya cansados párpados resisten;
Solo tus formas inconstantes visten
Bello, grato color,
Ora cubra cargada, rubicunda
Nube de fuego tu ardorosa frente,
Ora cándida, pura, refulgente
Deslumbre tu brillar.

Ora sumida en palidez profunda
Te mire el cielo desmayada y yerta,
Como el semblante de una virgen muerta
¡Ah!... que yo ví espirar.
La he visto ¡ay Dios!... Al sueño en que [reposa
Yo le cerré los anublados ojos;
Yo tendí sus angélicos despojos
Sobre el negro ataúd.
Yo solo oré sobre la yerta losa
Donde no corre ya lágrima alguna...
Báñala al menos tú, pálida luna,
Báñala con tu luz.
Tú lo harás, que á los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas;
Con la inocencia ó con la muerte habitas:
El mundo huye de tí.
Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las ruinas,
El salón del magnate no iluminas,
Pero su tumba sí...
Cargado á veces de aplomadas nubes
Amaga el cielo con tormenta obscura,
Mas ríe al horizonte tu hermosura,
Y huyó la tempestad.
Y allá del trono do esplendente subes
Riges el curso al férvido Oceáno,
Cual pecho amante que al mirar lejano
Hierve, de su beldad.
Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas:
Ese hechizo falaz no es de alegría,
Y huyen tu luz y triste compañía
Los astros con temor.

Sola por el vacío te adelantas,
Y en vano en derredor tus rayos tiendes,
Que solo al mundo en tu dolor desciendes
Cual sube á tí mi amor.
Y en esta tierra de aflicción guarida,
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
Del nocturno reposo de los seres
No turbas la quietud.
No cantarán las aves tu venida,
Ni abren su cáliz las dormidas flores:
Solo un ser de desvelos y dolores
Ama tu yerta luz...
Sí, tu mi amor, mi admiración, mi encanto;
La noche anhelo por vivir contigo,
Y hacia el ocaso lentamente sigo
Tu curso al fin veloz.
Páraste á veces á escuchar mi llanto,
Y desciende en tus rayos amoroso
Un espíritu vago, misterioso,
Que responde á mi voz...
¡Ay! Calló ya... Mi celestial querida
Sufrió también mi inexorable suerte...
Era un sueño de amor... Desvanecerte
Pudo una realidad.
Es cieno ya la esqueletada vida;
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;
La muerte reina ya sobre natura,
Y la llaman... *verdad.*
¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante
El hombre de otros tiempos viviría,
Cuando en el mundo, de los dioses vía
Doquiera la mansión!

Cada eco fuera un suspirar amante,
Una inmortal belleza cada fuente;
Cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente
Ser pudo un Endimión.
Ora trocada en un *planeta obscuro*,
Girando en los abismos del vacío,
Do fuerza oculta y ciega en su extravío
Cual piedra te arrojó.
Es luz de ajena luz tu brillo puro,
Es ilusión tu mágica influencia,
Y mi celeste amor ciega demencia,
¡Ay!... que se disipó.
Astro de paz, belleza de consuelo,
Antorcha celestial de los amores,
Lámpara sepulcral de los dolores,
Tierna y casta deidad,
¿Qué eres de hoy más sobre ese helado cielo?
Un peñasco que rueda en el olvido,
O el cadáver de un sol que endurecido,
Yace en la eternidad...

DON BERNARDINO FERNÁNDEZ DE VELASCO

DUQUE DE FRIAS

Á LA MUERTE DE FELIPE II

Númen de la verdad, mi canto inspira!
Si en mis alegres años
Con ardor juvenil pulsé la lira,
Y el brillo seductor de la hermosura
Mi estro y mi corazón inflamar pudo;
Si al eco noble del clarín guerrero,
Con ademán sañudo,
De San Quintín en la sangrienta arena
Blandí animoso el toledano acero;
Si, con la sangre de mis venas tinto,
En mi fiel arcabuz tronó la muerte
Sobre el antiguo golfo de Corinto;
Lejos del mundo, y de sus pompas lejos,
Habitador del claustro solitario,
De Felipe el Prudente alto renombre,
Ofrenda de piedad, regio santuario,
Hoy de las musas el favor imploro;
Cual mi santo Doctor, que yo venero,

En su retiro austero,
Aunque anegado en penitente lloro,
Del genio admirador, también solía
De Augusto recordar el siglo de oro.
Suene mi voz, difúndase mi acento
Por cuanto baña el sol y el mar abarca,
Y ante el áureo ataúd donde la Parca
Ya las cenizas de mi Rey encierra,
De la envidia á despecho y la mentira,
Númen de la verdad mi canto inspira!
  Aun alumbrando el sol el agria sierra,
Y el Héspero rayando en occidente,
Al santo monasterio se encamina,
Con innúmero pueblo y marcha lenta,
Regia carroza, que entre palmas de oro,
En su imperial las águilas sustenta.
«¡El Rey! ¡el Rey!» la muchedumbre clama,
Con fieles vivas fatigando el viento;
Los címbalos repican en las torres,
Y ensordece el cimborio agigantado,
La inmensa lonja, el colosal convento.
El Rey, un tiempo admiración del mundo,
Cercano á dar el postrimer aliento,
En brazos de sus monjes apoyado,
Desciende y cruza con penosa planta
El monástico pórtico sagrado.
Negro chapeo con rizada pluma,
Vuelta hacia un lado, su cabeza cubre;
Un morado gabán lleva vestido,
De armiños blancos aforrado el cuello,
Y de un rico cordón de roja seda
El vellón de Borgoña suspendido,

Á par de una medalla, que sellada
Del Pescador bajo el anillo santo,
El Romano Pontífice le diera
Por parabién del triunfo de Lepanto.
Póstrase ante el altar que alzara un día,
Cuando de San Quintín el lauro honroso
Enlazaba glorioso
A la rendida espada de Pavía;
Y un ay lanzando triste y lastimero,
Entre el llanto que brota de sus ojos,
Con acento süave
Fervorosa plegaria al cielo eleva,
Que repite en su bóveda sonora
Del vasto templo la crucera nave.

FELIPE SEGUNDO

Eterno Dios! Señor Omnipotente!
Hoy más que nunca en tu bondad confío,
Pues mi vida acabar el alma siente.
Todo brillar de humano poderío,
Por más que su esplendor al mundo asombre,
Es leve polvo en el sepulcro umbrío.
¡Dios de bondad! al invocar tu nombre
Cuando yo el fin de mi existencia vea,
La cruz que fué martirio del Dios-Hombre,
Que cruz de redención para mí sea!
¡Dios eterno!... ¡Señor!...
Un sudor frío
El eco de la voz heló en sus labios,
Un súbito temblor sus miembros mueve,
Y cuajadas las lágrimas se agolpan

A sus mejillas pálidas de nieve.
Cuatro escuderos con afán ansioso
Y celo fiel al lecho le conducen,
Y allí el reposo su penar mitiga,
Y allí el saber humano
La bienhechora ciencia le prodiga.
¡Mas ay! ¡que siempre es vano
A la muerte atajar en su carrera!...
Y el augusto doliente
Su aliento postrimer lanzar espera,
Y clavados los ojos en el cielo,
Su alma cristiana, de esperanza llena,
Recibe humilde el divinal consuelo
Del santo pan de la Sagrada Cena.
Cual ola que, espumante,
En su diurnal oscilación extiende
Por la vecina playa
El anchuroso mar, zona del orbe,
Y en cristal dilatado convertida,
No bien al sol refleja,
Cuando la blanda arena se la absorbe;
Así también la vida
Desde el solio eminente,
Desde la humilde choza desvalida,
Arrastrada del tiempo en la corriente
Por una fuerza oculta,
En la insondable tumba se sepulta.
Extraña agitación, tristes clamores
En el palacio de Felipe cunden,
Que por el claustro y población á un tiempo
Con angustiados ayes se difunden.
«¡Dios inmortal! á nuestro Rey conserva!

Lo ruega España, y nuestra Iglesia Santa
Te lo ruega también. Aun orgullosa
Se obstina en el error la gente impía,
Que, á la impostura y crimen avezada,
Junta la rebelión con la herejía.»
Inútil suplicar! El labio yerto
De la confusa gente,
Entre suspiros y afligido lloro,
Sólo acierta á decir: «El Rey ha muerto.»
  En magnífico féretro, adornado
De seda carmesí y argentería,
Con auríferas puntas tachonado,
Y el cetro y la corona,
De regia potestad emblema y fuero,
Esculpidos de bronce en el testero,
Los restos de mi Rey guardados yacen.
La pompa funeral suntuosa llega,
Con tardo paso y numerosa gente,
A la alta puerta cuyo duro gonce
Al Monarca, señor del pueblo ibero,
Dos veces, y no más, entrar consiente;
Y un escudero real con fuerte mano
Hiere tres veces su robusto bronce.
De lo interior del pórtico se escucha
Responder una voz grave: «¿Quién llama?
—Para el Prior, contesta el escudero,
Traigo un pliego del Rey.—Entrad,» le dice
Con voz humilde un cenobita austero.
Pronto la fiel comunidad desciende
Al patio de los Reyes anchuroso,
Y pronto son abiertas
Del recinto monástico las puertas.

Con armas pavonadas
Y una bandera, en cuyo centro brilla
El blasón de Castilla,
Un heraldo, presente
El mensaje del Rey, así lo anuncia:
«Don Felipe Tercero,
Nuestro Rey y Señor, á vos encarga,
Reverendo Prior, que al Rey, su padre,
Que en santa gloria está, deis sepultura...
—El Rey lo manda? entrad», sólo repite
El monje venerable.
Marchas suenan los roncos atambores,
Marchas suenan los bélicos clarines,
Y al peso y retemblar de la armadura
El fogoso alazán el freno tasca,
Y enciende el pedernal con la herradura.
La regia pompa lentamente avanza,
Y el santo templo llena congojosa,
En tanto que en un túmulo elevado
El sarcófago fúnebre aparece,
De los nobles Monteros de Espinosa
Por el debido esfuerzo colocado.
Las armas de Aragón y de Castilla,
Las árabes cadenas de Navarra,
Las columnas de Alcides,
Del sañudo león la altiva garra,
Las quinas y las águilas se ostentan
En negro paño recamado de oro,
Que al eminente túmulo ennoblece;
Y con el regio manto coronado,
El cetro de dos mundos resplandece.
Un pabellón, formado

De pendones rendidos,
Por la cruz de Lepanto dominado,
La gloria anuncia del marcial trofeo,
Y en el suelo arrojado
El Alcoran de Alí... La numerosa
Corte vestida de doliente luto,
Los Grandes y Prelados reunidos,
El reinante Monarca...
Todo es grande y solemne
En tan dignos y justos funerales;
Y para aumento de la pompa augusta,
En dos opuestas filas divididos,
Sirven de armados guardas
Cuarenta mosqueteros españoles
Y cuarenta flamencas alabardas.
Himnos y preces sobre el alto coro
Las elevadas bóvedas resuenan
De la iglesia ostentosa,
Y un docto monje con pausada planta
Á la cátedra santa
De la verdad se eleva,
Y al resplandor de fúnebres blandones,
Que dan al templo pálido celaje,
Entre el silencio de las gentes mudo,
Con grave acento y con ternura, pudo
Tributar á su Rey este homenaje:
«Ved esa pompa, oh grandes de la tierra!
Mirad el fin de nuestra vida breve!
Esa urna cineraria sólo encierra
De Felipe Segundo el polvo leve.
Prudente en paz y respetable en guerra,
Honrar España su memoria debe,

Y por su salvación la Iglesia Santa
Himnos y preces fervorosa canta.
»Si el cielo el alta inspiración me diera
Que hizo inmortal al orador de Aquino,
Ó si en este lugar me concediera
Su docta ciencia y su decir divino,
Quizás entonces reanimado fuera
En ese augusto túmulo vecino,
Para ventura de la hispana gente,
El despojo mortal del Rey Prudente.
»Si en honra y bien de la nación judía
En las Sagradas Escrituras leo
Que al pueblo de Israel defendió un día
El religioso Judas Macabeo;
De la reciente pérfida herejía
También á España defendida veo,
Haciendo frente al luterano bando
Del Católico Rey el justo mando.
»Mas ¡ay! que, débil el acento mío,
No puede sublimarse á tanta altura,
Para hablar del cristiano poderío
Con que Felipe gobernar procura,
Ni cuál resiste al heresiarca impío
Con fe constante, vigorosa y pura,
Sin que un rayo de luz baje del cielo
Á herir mi frente y alumbrar mi celo.
»La virgen celestial que á la serpiente
Holló en Belén con poderosa planta,
Que es de bondad inagotable fuente
Y hermosa y pura y mediadora y santa,
Madre inmortal de la cristiana gente
Y madre del Dios mártir sacrosanta,

Porque su amparo y protección logremos,
Con el ángel Gabriel invocaremos.

> Et repulsi sunt inimici ejus præ timore ejus, et omnes operarii iniquitatis conturbati sunt: et directa est salus in manu ejus.
>
> MACHAB., lib. I, cap. 3.º, v. 6.

»Cansado de reinar Carlos Primero,
Desciñe de su frente la corona,
Y por el claustro solitario, austero,
Las mundanas grandezas abandona:
Con renombre de célebre guerrero
La fama militar le galardona,
Pues con las armas imponiendo leyes,
Fué honor de España, admiración de reyes.

»Al trono de la vasta monarquía
Que siempre en su carrera el sol alumbra,
El Rey que vemos en la tumba fría,
Por la renuncia paternal, se encumbra;
Mas á quien lleva la virtud por guía
Nunca del mando el esplendor deslumbra;
Que la gloria del mundo es sombra vana,
Y frágil barro la existencia humana.

»Santa doctrina! ¡Máxima sublime,
No olvidada jamás del Rey Prudente,
Que nunca al pueblo con su cetro oprime,
Ni desoye el clamor del inocente;
Que el desenfreno criminal reprime
Con el castigo que la ley consiente,
Y vela porque el oro ó la malicia
No perviertan la voz de la justicia!

»Nunca juntos tan célebres varones
El honor español miró afamado,

De ciencia y de virtud y de blasones,
Como en su justo paternal reinado:
Magistrados, prelados, campeones,
Todos gozan renombre respetado...
Mas del trono á los fúlgidos destellos,
Se ve más grande el Rey que todos ellos.
»No hay que olvidar que á la guerrera gloria
Esta suntuosa fundación debemos,
Y que de San Quintín por la victoria,
Aquí prodigios de las artes vemos;
Ni que hoy su nombre en la futura historia
Con esta excelsa pompa aumentaremos,
Como que su esplendor se ostenta y brilla
En la del mundo octava maravilla.
»Del final porvenir alzando el velo
En la techumbre del grandioso coro,
El pincel de Cambiazzo anima el cielo
Con etéreo fulgor y nubes de oro:
El canto que entonó piadoso celo
Vuelve, y retumba el artesón sonoro,
Presagio fiel del eco tremebundo
Que el término fatal anuncie al mundo.
»Aun te miro, ¡oh mi Rey! en la escabrosa
Cima sentado del vecino monte,
Cortando esta basílica famosa
A tu vista la luz del horizonte;
Y en medio de su fábrica ostentosa,
Porque tu docta fama te remonte,
Sobre su forma y construcción severa
Dar gloria al arte, inspiración á Herrera.
»Sagrada Religión! Tú en algún día,
Con el signo del Gólgota en la mano,

Que sólo un Dios santificar podía
Muriendo en él por el linaje humano,
Humillando la falsa idolatría
Y dominando al alto Vaticano,
Tú hiciste con tu luz en todas partes
Al Cristianismo genio de las artes.
»Mas ¿cómo, ante la tumba que presente
Tengo á mis ojos, olvidar pudiera
El triunfo que en el piélago inclemente
Nuesta bizarra flota consiguiera!
¿Quién hay que. al recordar al Rey Prudente,
No recuerde también la rabia fiera
Del feroz musulmán, que con espanto
Hundido su poder lloró en Lepanto!
»Con suelta vela y favorable viento,
Ostentando la cruz en la alta popa,
Y vivas elevando al firmamento
Sobre cubierta la marina tropa,
Surca atrevida el húmedo elemento
La armada fiel de la cristiana Europa,
Y deja de Corcira las riberas,
Llevando al golfo naves y galeras.
»En los palos las velas recogidas,
Y el ancla férrea fatigando el cable,
Las musulmanas proras reunidas
Aguardan con valor imperturbable;
Pero pronto á los vientos extendidas,
Y el áncora levada formidable,
En ordenada línea se colocan,
Y al combate mortífero provocan.
»Toda la gente en la cristiana armada
De popa á proa la cubierta encubre,

Y, por el Joven de Austria levantada,
La redentora enseña se descubre
Con la divina imagen enclavada
Que el Santo Leño con su sangre cubre;
Y al ver la Cruz, ruidosa gritería
Se alza al cielo con voces de alegría.
»Eran de ver aquellos campeones,
En santa compunción puestos de hinojos,
Repitiendo piadosas oraciones,
Mezcladas con el llanto de sus ojos;
Empero sus guerreros corazones
Brotando sangre, respirando enojos,
Ansían volar á la naval pelea,
Porque triunfar la Cruz el mundo vea.
»Viento contrario á la creyente flota
Viene á impulsar las naves otomanas
Que, cambiado, las deja en su derrota,
Para la vela hinchar de las cristianas.
El mar ondisonante se alborota,
Y salpica banderas y mesanas,
Y de pólvora, en fin, un humo denso
Cubre con su vapor el golfo inmenso.
»Súbito aquella niebla pavorosa
Milagroso huracán arroja al lado
En que de Alí la escuadra poderosa
El combate sostiene encarnizado:
Don Alvaro Bazán, que la animosa
Reserva manda, acude acelerado,
Porque un error el otomano aprecia
Para rendir seis naves de Venecia.
»Enarbolando negras banderolas,
Y enhiesta en el bauprés una cuchilla,

Rompiendo de la mar las crespas olas,
Siroco, el albanés, mueve su quilla.
Fuego por las abiertas portañolas
Lanza sobre las velas de Castilla;
Truena el cañón, el piélago retumba,
Y en la playa vecina el viento zumba.
»Mas Bazán á la nave emprendedora
La suya atraca, le barrena el casco,
Y pegándole fuego por la eslora,
Revienta cual durísimo peñasco...
Así fenece la guerrera prora
Celebrada en Esmirna y en Damasco
Por su estrella feliz en los combates
Cuando guardó las bocas del Eufrátes.
»El de Austria, con diez buques españoles,
De los contrarios el costado gana,
Y venablos y balas arrojóles
Desde su hermosa prora castellana;
Y enredando á los suyos los penoles
De la enemiga nave capitana,
Animado de bélico coraje,
Grita con fiero ardor: *¡Al abordaje!*
»Entonces salta al bordo contrapuesto
Con los suyos, armados de machetes,
Sin que contengan su arrojado arresto
El fuego de arcabuces y mosquetes:
Con firme obstinación defiende el puesto
El turco con soldados y grumetes;
Corre la sangre y se desborda pronto,
En pos bajando á enrojecer el Ponto.
»Viendo Don Juan en la tenaz refriega
Que la palma triunfal incierta vaga,

Corre á la popa, y con audacia ciega
De Alí en el corazón hunde la daga;
Sobre el alcázar que la sangre riega,
Con el turco Sanjac el viento halaga.
Y exclama, lleno de arrogancia y gloria:
Viva la Religión! viva! Victoria!

»A su voz en las naves y galeras,
Del otomano fiero vencedoras,
Se ostentan en los palos las banderas
Con palmas y coronas triunfadoras;
Y las vencidas gentes altaneras
Cruzan la mar con sus flotantes proras,
Llenas de asombro y de mortal cansancio,
A llevar su terror hasta Bizancio.

»Fué del Prudente Rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brío,
Temido en Flandes, respetado en Trento;
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

»Vosotros, los que, al túmulo cercanos,
El féretro guardáis, abridlo luego;
Y ante esos restos míseros humanos
La verdad me dará lengua de fuego:
Y no con los acentos cortesanos
La voz al viento vagaroso entrego,
Pues lá cátedra santa se profana
Con falso aserto y con lisonja humana.

»Horrendo crimen, que la envidia pudo
Sólo inventar con fiera alevosía,

Más vil é infame que puñal agudo
Clavado en bienhechor á sangre fría,
De apoyo cierto y de razón desnudo,
Se atribuyó á Felipe con impía
Calumnia, que brotó suelo extranjero...
¡Crimen horrible, que expresar no quiero!
»El joven Carlos, en la edad fogosa,
Las fieras fatigaba en la carrera;
El cierzo frío ó siesta calurosa
Nunca esquivaba su índole altanera...
Quizá lisonja astuta y codiciosa
Su loca sed de mando enardeciera;
Que de ambición los pérfidos engaños
Culpan de lento el curso de los años.
»Postra al Príncipe augusto fiebre ardiente
En el rigor del abrasado estío,
Y el término fatal llegar presiente,
Que abre los senos del sepulcro frío;
Y á un religioso anciano y penitente,
Esforzando su voz, aliento y brío,
Pidió que santa absolución le diera
Antes que su alma al Hacedor rindiera.
»El padre Rey, con alma enternecida,
Y su semblante en lágrimas bañado,
Por entrada á las gentes escondida,
Y de solo un ujier acompañado,
Con mano temblorosa y extendida,
Bendice al moribundo acongojado,
Y en voz quebrada y compasivo tono
Exclama: *Hijo infeliz! Yo te perdono.*
«Esta es, ¡oh mundo! la verdad entera:
No hay que escuchar á la impostura impía.

La voz de la verdad es duradera
Más que el eco de pérfida falsía.
Cuando del Duque de Alba la guerrera
Espada á los rebeldes combatía,
Hizo cundir por su marcial falange
Esa calumnia el Príncipe de Orange.

»¡Eterno Dios, que, en majestad vestido,
Das á los orbes rumbo y movimiento,
Que pones coto al mar embravecido,
Y refrenas el ímpetu del viento!
Tú, que del hombre á la maldad vendido
Sabes frustrar el atrevido intento;
Tú, que á las huestes por honor y gloria
Concedes el laurel de la victoria;

Tú, que al pecho cristiano fortaleces
En las tribulaciones de la vida,
Y, bondadoso padre, te enterneces
Al invocarte el alma arrepentida;
Tú, que á tu santa religión ofreces
Que, por tu fuerte brazo defendida,
No han de poder contra su dogma eterno
Prevalecer las puertas del infierno;

»Los ojos vuelve á la afligida España,
Que por su amado Rey lágrimas vierte,
Hoy, que vano saber al mundo engaña,
Y con villana astucia lo pervierte;
¡Inaudita maldad! ¡Infame hazaña,
Sembrar do quiera destrucción y muerte,
Porque tremole la altivez impía
La bandera procaz de la herejía!

»Nunca, ¡oh mi Dios! en nuestro patrio suelo
Germine la semilla venenosa;

Que tanto estrago y amargura y duelo
Del Reno esparce en la ribera umbrosa.
Como de Recaredo el santo celo
De Arrio venció la secta poderosa,
De España aleja la falaz doctrina,
Que ya cercanos reinos contamina.
»Que no miren mis ojos afligidos
Por tierra los católicos altares,
Ni sus santos ministros perseguidos,
Ni enmudecer sus preces tutelares,
Ni por el luterano destruídos
Estos santos monásticos hogares,
Ni del cisma espantoso los horrores
Aparten de su grey á los pastores.
»Ay! que el error su predominio extiende!
¿No veis que ya en su cuna no se encierra,
Y en sus tramas sofísticas comprende
Á la antigua cristiana Ingalaterra?...
Tu brazo, ¡oh Dios! á nuestra España tiende,
Para hacer al infierno cruda guerra:
Tú, sin dar á Satán tregua ni pausa,
Levántate, Señor, juzga tu causa.
»¡Oh Felipe, Tercero de este nombre,
Que hoy á tu padre en el sepulcro lloras!
Aumenta tu clarísimo renombre
Defendiendo la fe del Dios que adoras;
Que tu firmeza al universo asombre
Contra audaces doctrinas novadoras,
Y justifiques en tu augusto mando
Ser digno sucesor de San Fernando.
»¡Alma del Rey que inanimado miro!
¡Rey malogrado entre el comun lamento!

¡Rey que rendiste el último suspiro
Elevando tu vista al firmamento!
Ese estrellado globo de zafiro,
Del solio del Señor eterno asiento,
La gloria celestial gozar te vea.
¡Rogad, fieles, á Dios porque así sea!»

Terminó el orador: con marcha grave
El fúnebre concurso se difunde
Del regio templo, por la inmensa nave.
Las gradas del altar cuatro maceros
Y guardas y monteros
Suben, llevando el féretro ostentoso...
«Descanse en paz,» el cántico decía;
«Descanse en paz,» el eco repetía.
Y Felipe Segundo, ya en la tumba,
En silencio eternal, mudo testigo
De las pompas mundanas,
Y sordo á la verdad y á la lisonja,
Ni oye el triste clamor de las campanas
Ni el tronar del cañón en la ancha lonja.

EL P. AROLAS

LOS AMORES DE SEMÍRAMIS

I

Ara tiene los miembros giganteos
De aquel Haig de hermosa cabellera,
Jefe de tribu errante en la ribera
De Araxes cristalino,
Que codicioso de halagar las flores,
Como fría y sonora catarata,
De una cóncava gruta se desata
Con cauce serpentino.
Ara desciende de la altiva raza
Que al ver lucir la matinal estrella
Quiso alzar torre, y escalar con ella
El claro firmamento;
Pero de sus recónditas prisiones
Libres los euros de Jehová volaron,
Y como leve arista derribaron
El frágil monumento.
Larga es la cabellera del mancebo
Sobre la hermosa espalda desprendida,

Y más larga la cuerda retorcida
Del arco fuerte y duro;
Silban sus flechas con airado vuelo,
Y taladran, si cumple su amenaza,
Con punta triangular una coraza
Del temple más seguro.
¿Qué diré de su rostro? A sus deidades
Las madres de Arakad incienso dieron
Cuando para sus hijas les pidieron
Ojos como los de Ara;
Niñas de seis Abriles entonaron
Con argentino coro el sacro ruego
Junto al altar del misterioso fuego,
Que dió una luz más clara.
Al río, en Erivan, entre las ovas,
Tributarias le son cuarenta fuentes,
Y cuarenta doncellas inocentes
Lloran en desconsuelo
Prendadas del caudillo más hermoso;
Sus lágrimas imitan al rocío
Si sobre flor azul, trémulo y frío,
Tomó el color del cielo.
¿Al tártaro corcel, de qué le sirve
La indomable inquietud, que se parece
Al delirio de amor, si nace y crece
Con duras privaciones?
¿Ser de raza escogida? ¿Ser de fuego?
¿Igualar en su curso al leve viento?
¿Dejar atrás del mismo pensamiento
Las vagas emociones?
Aunque jamás sintiera el acicate,
Tras largo curso de su espuma lleno,

Dirigido por Ara, cede al freno
Sin montaraz locura;
Mejor jinete no cruzó el desierto,
Ni fué detrás del ciervo fugitivo
Por las quebradas de Ararat altivo,
Do eterna nieve dura.
Su lanza, por su peso ponderoso,
Con un surco tenaz se hunde en la arena,
Su punta es lengua de cerasta, llena
De funeral veneno.
Ninguno de otra tribu de guerreros,
Con arma igual en belicoso campo
Pudo mirar su fulminante lampo
Con ademán sereno.
¿Dó al Príncipe de Armenia encontraremos?
Heredó de su padre la osadía;
Subió al trono de hermosa pedrería
Con cetro soberano,
Cuando al sueño profundo de la muerte,
Que jamás hermosean las visiones
Del dulce amor, en ricos almohadones
Cedió el feliz anciano.
Llevó el padre á la tumba los recuerdos
De bélicos laureles y victorias;
Buscaremos al hijo entre las glorias
De súbita pelea,
Do se tiñe entre miembros palpitantes,
Que dividió una vez cortante acero
Lívido casco de corcel ligero
Con sangre que aún humea.

II

De Nínive en los mágicos pensiles
No suenan ya las arpas cual solían,
Cuando en pos del crepúsculo venían
Las horas del encanto;
Languidecen en largos arriates,
Faltas de humor vivífico las flores,
Y enferma está Semíramis de amores
Con dolorido llanto.

¿Penada y sin solaz por qué suspira
Al sacar sus doncellas arcas de oro
Que contienen balsámico tesoro
De aromas abundantes?
Todas temen hablarla; la más pura
Virgen de Asiria se estremece y llora
Cuando ciñe á su pálida señora
De perlas y diamantes.

A la esposa de Nino encantadora,
Contestaron los régios mensajeros:
«Ara sigue á los gamos más ligeros
Con nítidos arpones;
Su corazón es duro como el pico
Que afila el voraz cuervo en una peña;
Vuestro trono, beldad, amor desdeña,
Y lágrimas y dones.»

El desprecio es ponzoña viperina,
Aspid que vuelve, con calor del seno,
De su frío sopor, y da un veneno
De muerte y cruda pena.

Prontos están los rechinantes carros,
Los corceles de guerra y duras lanzas;
Llegó el día fatal de las venganzas;
Semíramis lo ordena.
  El descendiente de Thorgom, altivo,
Que no cedió al amor, ni al blando ruego,
Oye el bélico grito y toma luego
Su casco y su coraza:
Las dos huestes ocupan la llanura;
Si el león de la Libia ruge fiero,
Es suelto el pardo de mirar severo,
Y ruge y despedaza.
  ¿Son dos torrentes que acreció la nieve,
Que chocan entre sí, hierven, se agitan,
Y entre peñascos duros precipitan
Raudal más turbulento?
Confúndense las armas y adalides;
Ara rompe, atropella, hiere, avanza,
Y describe la punta de su lanza
Un círculo sangriento.
  ¡Infeliz! ¡El espíritu del llanto
Alas prestó á la flecha envenenada
Que del robusto nervio desatada,
Surtió del arco asirio!
En su pecho con ímpetu se esconde,
Y hace salir con sangre de las venas
El último sollozo de las penas
Tras rápido martirio.
  ¿Dónde descansará el jefe esforzado?
¿Coronarán el túmulo del muerto
Tres piedras amarillas del desierto,
Sin pompa duradera?

Semíramis le amó, sufrió desdenes,
Quiso estrechar con él los dulces lazos,
Triste le abrió los amorosos brazos
Por tumba lastimera.
  Ella gime sin fin; sus magos llama,
Roba negados besos, y suspira,
Recurre á los encantos, y delira
Con súbitos furores.
Dice en su frenesí: «Ya las deidades
Propicias á mis votos se han mostrado;
Ara vive, su herida se ha cerrado;
Gocemos los amores.»

CANCIÓN DE ALÍ

¡Quién fuera, sultana linda,
Aquel árbol tan sombrío
Que cubre tu baño frío
Con sus ramas!
¡Dí si quieres que lo sea,
Que aunque es imposible cosa,
Me basta saber, hermosa,
Cuánto me amas!
  ¡Quién como glorioso Emir,
Perla rica de Estambul,
Navegase el mar azul
A tu lado;
Señor de una nave llena
De sedas y pedrería,
En tu seno al fin del día
Reclinado!

¡Al són de su leve canto
Con un paso firme y cierto
Quien guiase en el desierto
Tu camella!
Dejáse la caravana
De sus amigos mejores,
Por hablar sólo de amores
Con tal bella!
¡Quién tuviera para tí
Minas de diamante duro,
Zafiros de color puro
Celestial,
Pieles de manchado tigre,
Mil ciudades, mil honores
Y mil negros pescadores
De coral!
¡De Delhí las maravillas,
De los reyes el tesoro,
Trípodes de nácar y oro
Rutilantes,
Con las frutas que se crían
De Damasco en los confines,
Y purpúreos palanquines,
Y elefantes!
¡Quién marchara á los combates,
Gloria de la primavera,
Con un beso que le diera
Tu beldad!
De las cortas azagayas
A los tiros agarenos,
Murieran los nazarenos
Sin piedad.

Fugitivo por las sirtes,
Buscando de airados mares
Entre bruma de pesares
Largo giro.
¡Quién tuviera en favor suyo,
En medio del onda inquieta,
Como suplica al Profeta,
Tu suspiro!
¡Quién en lóbrega mazmorra,
Reina de las azucenas,
Al són de duras cadenas
Del dolor,
Pudiera cantar tu nombre,
Sin tener más luz ni gloria
Que la plácida memoria
De tu amor!
¡Quién fuera, sultana linda,
Aquel árbol tan sombrío
Que cubre tu baño frío
Con sus ramas...!
Dí si quieres que lo sea,
Que aunque es imposible cosa
Me basta saber, hermosa,
Cuánto me amas!

LA ODALISCA

¿De qué sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro

Gimo y lloro
Por la dulce libertad?
Luenga barba y torpe ceño
Tiene el dueño,
Que con oro me compró;
Y al ver la fatal gumía
Que ceñía,
De sus besos temblé yo.
¡Oh, bien hayan los cristianos
Más humanos,
Que veneran una cruz,
Y dan á sus nazarenas
Por cadenas,
Auras libres, clara luz!
Ellas al festín de amores
Llevan flores,
Sin velo se dejan ver,
Y en cálices cristalinos
Beben vinos,
Que aconsejan el placer.
Tienen zambras con orquestas,
Y á sus fiestas
Ricas en adornos van,
Con el seno delicado
Mal guardado
De los ojos del galán.
Más valiera ser cristiana
Que sultana
Con pena en el corazón,
Con un eunuco atezado
Siempre al lado,
Como negra maldición.

Díme, mar, que me aseguras
Brisas puras,
Perlas y coral también,
Si hay linfa en tu extensión larga
Más amarga
Que mi lloro en el harén.
Díme, selva, si una esposa
Cariñosa
Tiene el dulce ruiseñor,
¿Por qué para sus placeres
Cien mujeres
Tiene y guarda mi señor?
Decid, libres mariposas,
Que entre rosas
Vagáis al amanecer,
¿Por qué bajo llave dura,
Sin ventura,
Gime esclava la mujer?
Díme, flor, siempre besada,
Y halagada
Del céfiro encantador,
¿Por qué he de pasar un día
De agonía,
Sin un beso del amor?
Yo era niña, y á mis solas
En las olas
Mis delicias encontré;
De la espuma que avanzaba
Retiraba
Con temor nevado pie.
Del mar el sordo murmullo
Fué mi arrullo,

Y el áura me adormeció:
¡Triste la que duerme y sueña
Sobre peña
¡Qué la espuma salpicó!
De la playa que cercaron,
Me robaron
Los piratas de la mar:
¡Ay de la que en dura peña
Duerme y sueña
Si es cautiva al dispertar!
Crudos son con las mujeres
Esos seres
Que adoran el interés,
Y, tendidos sobre un leño,
Toman sueño
Con abismos á sus pies.
Conducida en su galera
Prisionera,
Fuí cruzando el mar azul;
Mucho lloré; sordos fueron,
Me vendieron
Al sultan en Estambul.
El me llamó hurí de aroma
Que Mahoma
Destinaba á su verjel;
De Alá gloria y alegría,
Luz del día,
Paloma constante y fiel.
Ví en un murallado suelo,
Como un cielo
De hermosuras de jazmín:
Cubiertas de ricas sedas,

Auras ledas
Disfrutaban del jardín.
Unas padecían celos,
y desvelos;
Lograban otras favor;
Quien por un desdén gemía,
Quien vivía
Sin un goce del amor.
Mil esclavas me sirvieron,
Y pusieron
Rico alfareme en mi sién;
Pero yo siempre lloraba
Y exclamaba
Con voz triste en el harén:
¿De qué sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro,
Gimo y lloro
Mi perdida libertad?

SE MÁS FELIZ QUE YO

Sobre pupila azul, con sueño leve,
Tu párpado cayendo amortecido,
Se parece á la pura y blanca nieve
Que sobre las violetas reposó:
Yo el sueño del placer nunca he dormido:
Sé más feliz que yo.
Se asemeja tu voz en la plegaria
Al canto del zorzal de indiano suelo

Que sobre la pagoda solitaria
Los himnos de la tarde suspiró:
Yo sólo esta oración dirijo al cielo:
Sé más feliz que yo.

Es tu aliento la esencia más fragante
De los lirios del Arno caudaloso
Que brotan sobre un junco vacilante
Cuando el céfiro blando los meció:
Yo no gozo su aroma delicioso:
Sé más feliz que yo.

El amor, que es espíritu de fuego,
Que de callada noche se aconseja,
Y se nutre con lágrimas y ruego,
En tus purpúreos labios se escondió:
Él te guarde el placer y á mí la queja:
Sé más feliz que yo.

Bella es tu juventud en sus albores
Como un campo de rosas del Oriente;
Al ángel del recuerdo pedí flores
Para adornar tu sien, y me las dió;
Yo decía al ponerlas en tu frente:
Sé más feliz que yo.

Tu mirada vivaz es de paloma;
Como la adormidera del desierto,
Causas dulce embriaguez, hurí de aroma
Que el cielo de topacio abandonó:
Mi suerte es dura, mi destino incierto:
Sé más feliz que yo.

DON PABLO PIFERRER

CANCIÓN DE LA PRIMAVERA

Ya vuelve la primavera:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Tiende sobre la pradera
El verde manto—de la esperanza.
Sopla caliente la brisa:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Las nubes pasan aprisa,
Y el azur muestran—de la esperanza.
La flor ríe en su capullo:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Canta el agua en su murmullo
El poder santo—de la esperanza.
¿La oís que en los aires trina?
Suene la gaita,—ruede la danza:
—«Abrid á la golondrina,
Que vuelve en alas—de la esperanza.»—
Niña, la niña modesta:
Suene la gaita,—ruede la danza:
El mayo trae tu fiesta
Que el logro trae—de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:
Suene la gaita,—ruede la danza:
El perfume engendrador
Al seno sube,—de la esperanza.
Todo zumba y reverdece:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Cuanto el són y el verdor crece,
Tanto más crece—toda esperanza.
Sonido, aroma y color
(Suene la gaita,—ruede la danza)
Únense en himnos de amor,
Que engendra el himno—de la esperanza
Morirá la primavera:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Mas cada año en la pradera
Tornará el manto—de la esperanza.
La inocencia de la vida
(Calle la gaita,—pare la danza)
No torna una vez perdida:
¡Perdí la mía!—¡ay mi esperanza!

EL ERMITAÑO DE MONSERRAT

Allá en Monserrat—mora el ermitaño.
¿Sabéis por qué mora del convento al pie?
Con áspera vida—un año y otro año
Orando ha llorado:—bien sabréis por qué,
Por qué con tal vida vive el ermitaño.
El buen caballero partió de su tierra;
Allende los mares la gloria buscó:
Los años volaban, se acabó la guerra;

Y allende los mares hasta él voló,
voló un triste viento de su dulce tierra.
—«Aprisa, mis pajes, aprisa el caballo:
»Señora del alma, mi amor, ¿qué es de tí?
»En bascas de muerte conmigo batallo:
»Ó infiel ó difunta: ¿qué de ello? ¡ay de mí!»
Y ¡ay de mí! diciendo aguija el caballo.
Los mares cruzaba: llegaba á su suelo:
—«Madre, madre mía; mi amada ¿dó está?»
«¡Ay hijo, él mi hijo!—consuélete el cielo,—
»Viva está tu amada; mas ya no será,
»Ya no será tuya mientra esté en el suelo.»
De Santa Cecilia llamaba á la puerta;
Los golpes doblando redobla el furor:
—«Señora ¿no me oyes? más te quiero muerta
»Que infiel y perjura al antiguo amor,
»Al amor que agora profana esa puerta.»
Flotante el cabello, ceñida de flores,
La ve tras la reja; ¿qué voz le llamó?
—«Mis lágrimas mira, por nuestros amores
»Aquí vesme: un voto mi amor pronunció,
»Pronunció que pronto secará estas flores.
»Voté, si tornases á la patria tierra
»Salvo de las lides, consagrarme á Dios:
»Tornabas con gloria de lejana guerra;
»¡Feliz fué mi voto! ¡mi voto á los dos,
»Á los dos separa por siempre en la tierra!
»¿Oyes las campanas? llegada es la hora:
»El Señor me llama al pie del altar:
»Nuestro amor olvida, aunque el alma llora;
»¡Dios que te ha salvado quiera conhortar,
»Conhortar tu angustia en esa triste hora!»

Suspiros amargos lanzando del pecho,
Los brazos caídos, la frente inclinó;
Escuchó su voto en llanto deshecho:
—Sonó dentro el coro; mudo se postró,
Se postró las manos cruzando en el pecho.
Lloró, lloró el triste: su vida llorando
Vivió solitario del convento al pie:
Pasó un año y otro: en llanto y orando
Le encontró otro año:—ya sabéis por qué,
Por qué así ha vivido en rezo y orando.
Ora en Monserrat doblan las campanas:
Débil en la ermita una oigo tañer;
En Santa Cecilia otras más cercanas:
¿Por qué éstas á aquélla se oyen responder,
Responder doblando tan tristes campanas?

ALINA Y EL GENIO

Dos flores hay en el prado
Ambas bellas en color,
Ambas regadas de una agua
Y solo vistas del sol.
Del cielo un aura levísima
Fresca sonando bajó:
De la una flor nace Alina,
Un Genio de la otra flor.
Su forma ocultando el Genio
Toma forma de un garzón,
Si visible para Alina
A los demás hombres no.
—«Grande es tu belleza, Alina:

«La de tu ánimo, mayor;
«Belleza de cuerpo y alma
«Del Destino es raro don.
«Entra en el mundo; tu senda
«Recorre de esta arpa al són;
«Entra y la morada alcanza
«Que el Destino te asignó—.»
Ella temerosa y niña;
Alado el Genio y veloz:
—«¿Quién me guiará?» Ella exclama,
Y el Genio le dice:—«Yo!»
  A la puerta de un castillo
Alina el laúd templó,
El primer són que ella suena
Es un sonido de amor.
—«¿Quién es esta, los mis guardas?
«Va preguntando el Barón:
«Gentil y apuesto es su cuerpo
«Mucho es donosa por Dios.
«¡Ay niña, la gentil niña,
«La de la süave voz,
«Tuyo sea mi castillo,
«Sé dueña de su señor!
Alza los ojos Alina
Y al Genio le preguntó:
—«¿Moraré en este castillo?»
Y el Genio responde:—«No!
«Otro dueño dió el Destino,
«Alina, á tu corazón:
«Sigue mi vuelo, ó mi hermana,
«Ven tras mí, tu guia soy.»
El laúd templa de nuevo,

En la villa entran los dos;
En las calles por do pasan
No caben las gentes, no.
  A la puerta están los hombres,
Las damas en el balcón:
Ellas sonríen de envidia,
Ellos sonríen de amor.
Nobles y burgueses gritan:
—«¿De dó la niña salió?
Bienhadada nuestra villa,
Si viene á morar con nos!»
Alina el trovar suspende:
—«Todo un pueblo con amor
«Me desea. ¿Seré suya?—»
Y el Genio le dice: —«No!—
«Ame del pueblo el aplauso,
«Alina, tu corazón;
«Dióte otro dueño el Destino,
«Sígueme, tu guia soy.—
  Tañe el laúd, y á las auras
Alegre suelta la voz:
Por las gradas del palacio
Ya van subiendo los dos.
Al són primero del arpa
Se estremece el artesón
De la techumbre: al segundo,
El señor Rey dispertó.
—«Mis pajes, los fieles pajes,
«¿Cuya era la dulce voz—?
—«Ya la gentil trovadora
«Acá se llega, señor.—
—«Oh mi gentil trovadora,

«¿Por qué tu tañer cesó?
«Al són de tu dulce trova
«Quiero adormirme de amor.
«Sobre el tu cabello de oro
«Mi corona pondré yo:
«Soy señor de cien provincias;
«Sé reina de su señor!—
Alina los ojos alza
Y al Genio le preguntó:
—«¿Aceptaré la corona?—
Y el Genio le dice: «No.
—«No la corona de reina
«Ha de ser tu galardón:
«Otra ceñirá tus sienes...
«Sígueme, tu guia soy.—
Cruzan valles, cruzan montes,
Un año y otro pasó:
Al cabo de los tres años
Divisan un torreón.
Fuertes murallas lo ciñen;
Las almenas dan temor,
Y llena sus hondos fosos
Un torrente bramador.
Siete veces lo rodean;
No encuentran la puerta, no:
Jamás puente levadizo
Sobre el torrente cruzó.
—«Toca el arpa!—dice el Genio;
Y al sonar el primer són,
Sécase en los hondos fosos
El torrente bramador.
Al segundo són del arpa

Un muro se desgajó:
—«Entra hermana,—dice el Genio:
«Sígueme, tu guía soy.—»
—«Oscura es la senda, hermano.—
—«Toca el arpa!—Al tercer són
Estalla de luz blanquísima
Misterioso resplandor.
Las columnas, las paredes
Resplandecen como el sol:
Todo es lumbre, todo diáfano,
Las riquezas dan temor.
Solo al fondo hay una puerta;
Dentro la puerta ¡qué horror!
Vagan pálidos espectros...
Sombras del «pasado» son.
—«Feliz, feliz, ó mi hermano,
«El dueño de esta mansión!—
—Feliz, feliz tú, ó mi Alina,
Porque su dueño soy yo!
—¿Quién eres pues?—¡Toca el arpa!—
Y del arpa al cuento són
Recobra su forma el Genio,
Y el garzón despareció.
—«¿Quién eres? sobre tu frente
«Brilla un místico fulgor,
«Y la lumbre de tus ojos
«Abrasa...—Tu Genio soy!
«Al nacer de las dos flores
«El destino nos unió:
«Yo soy toda tu belleza;
«Tu esencia, tu dicha soy.
«Esta llama de mi frente

«Ha de ser tu galardón;
«De hoy más descansa en mis brazos;
«A mí el Destino te dió.—»
—«Oh Genio! tristes espectros
«Vagar veo entre el horror
«De aquella puerta...»—«No temas,
«Sombras del «pasado» son.
«Mi luz disipa las sombras,
«Los finados á mi voz
«Resucitan: no hay «pasado»
«Para mí; tu Genio soy!—
—«Oh Genio, mi dulce Genio!
«Cuan dulces tus lazos son!
«Duérmame siempre en tus brazos,
«Duérmame en ellos de amor.
«Guarde su aplauso la villa,
«Sus castillos el Barón,
«Y su corona el monarca
«De cien provincias señor;
«Que vale más tu morada,
«De tu frente el resplandor;
«Pues mi belleza es mi Genio,
«¡Oh mi Genio! tuya soy!»

DON JUAN FRANCISCO CARBÓ

GUILLEM Y ROSA-FLORIDA

Esparciendo luz y aroma
La mañana se avecina;
El bosque en blando murmullo
A su llegada suspira.
Al umbral Guillem se asoma
De su morada tranquila.
Montes altos, claros ríos,
Esperanzas de mi vida.
El río Mora que ciñe
La sierra en plateada cinta,
Y Roca-fort asentada
Sobre la airosa colina,
A lo lejos, entre gasas
De flotante niebla, mira.
Como vé el lugar y el río
Su semblante el gozo anima,
Se pone el traje de fiesta
Y á salir Guillem se aprisa.
Las manos besa á su madre
A quien él muy bien quería.

—Yo me voy á Roca-fort,
De la fiesta hoy es el día.
—Dete Dios, mi hijo Guillem,
Dete buena torna-ida.
Guillem toma la vereda
Que lleva á Santa María.
Ya las riberas del río
Afanado Guillem pisa,
Y escucha de las campanas
Sonar las voces festivas.
El puente de Vilomara
Muy cercano ya divisa.
Pasó el puente: de ese río
Atrás deja las orillas
Y penetra en Roca-fort
Que de alegre gente hervía.
Oyó la misa mayor
En la iglesia de la villa.
Ya se salen las doncellas
Como se acaba la misa:
A los bailes de la plaza
Alborozadas corrían.
Mucho lucen los encajes
De sus blancas mantellinas.
Todas ellas son airosas,
Todas van muy bien guarnidas,
Mas ninguna en gentileza
Iguala á Rosa-florida.
Desque llega, ya Guillem
Una danza le pedía.
Trae su negra cabellera
Sencillamente prendida;

Su ligero talle ciñe
Un jubón de lana fina.
  Todo se turba Guillem
Cuando habla á Rosa-florida.
—¿Cuándo á ver yo volveré
La gentil Rosa-florida?
  Ella bajaba los ojos:
La color se le subía.
—La mañana de San Juan
Andaré por la campiña.—
Montes altos, claros ríos,
Esperanzas de mi vida.
  Repasa el puente: del río
Por la ribera camina:
Mas ya no como al salir
Su semblante el gozo anima,
Cuando regresa Guillem
A su morada tranquila.
  —¿Qué tienes, hijo, que tienes,
Mi Guillem, dí que te atrista?
—¿Por qué busca Roca-fort
Tu mirada distraída?
—Madre, mi madre, la noche
De San Juan te lo diría.
  La mañana de San Juan
Apenas era venida,
Aun chispean por los cerros
Los fuegos de la vigilia:
Por la puente, las doncellas
De Roca-fort ya salían.
  En busca de su ventura
Gozosas salen las niñas,

En tiernas ansias, con ellas
Se viene Rosa-florida.
Bien la vé llegar Guillem
Que al encuentro le corría.
—¿Por qué le das á mi alma
El consuelo y la alegría?
Con mano incierta una flor,
Una flor ya le ofrecía.
—Para tí yo la guardaba
La rosada clavellina.
—¿Por qué retorna á mi pecho
La calma con tu venida?
De las flores que llevaba
Una viola ella escogía:
—Para tí la separé
Del robledo en que crecía.—
Adiós: tu ventura sea
La rosada clavellina:
Al puente de Vilomara
Por las fiestas yo vendría.
—Adiós, Guillem; por las fiestas
Como se acabe la misa.—
¡Ay! puente de Vilomara
Que á tus pies el río miras!
¡Cuántas veces no escuchaste
Su amorosa despedida
A la hora en que la tarde
Te baña de rojas tintas!
La rosa de Roca-fort
No bajó á la puente un día,
Ni el otro día, á la puente
Bajaba Rosa-florida.

Guillem siente el corazón
Que con fuerza le latía.
  Tembloroso ya se entraba,
Se entraba en Santa María;
¡Ay! despiden sones tristes
Las campanas de la villa.
—¿Dónde está mi bien amada,
Dónde está Rosa-florida?
  Entre muchas, seis doncellas
Unas andas conducían;
Tocadas de paños negros
Las doncellas todas iban.
—¿Por qué lloran vuestros ojos,
Donde está Rosa-florida?
  Rosa-florida está allí,
Allí en las andas tendida;
En la una mano un rosario
Con medallas de María:
La otra aprieta contra el pecho
Una mustia clavellina.
  Guillem se queda azorado,
Ni una lágrima vertía;
Un quejido lento, ahogado
Del pecho suyo salía.
Cayó aplomado, y el suelo
Retembló con su caída.
  Siempre al lado de su madre
Que llora á lágrima viva
Al puente viene Guillem
Otras fiestas todavía:
Su convulsa mano estrecha
Una violeta amarilla.

Llegaba: la mustia flor
Amoroso él acaricia
Y en acentos plañideros
Llamaba á Rosa-florida,
Y mirando luego al cielo
Fallecer siente su vida.
Aun se sienta Roca-fort
Sobre la airosa colina
Y el Mora á los pies del puente
Mansamente se desliza:
Mas ¡ay! que á llamar no viene
Guillem á Rosa-florida.
Montes altos, claros ríos,
Esperanzas de mi vida.

DON MANUEL MILÁ Y FONTANALS

EL LENGUAJE LEMOSIN

¿Por qué no nací en los días
De las glorias catalanas
Cuando el habla lemosina
Del poder y honor fué el habla?
¡Ay! marchito quedó el brillo
De la lira de Occitania,
Mustia la violeta de oro
Y rota el áurea cigarra.
Cesaron ya los antiguos
Cantos de amor y batalla,
En los alcázares regios
Y en las populares plazas.
Ya no más *lais* y *tensiones*
De los maestros del arpa
Que los campos recorrían
Seguidos de turbas gayas.
Ya no más cortes de amor
Donde el ingenio imperaba,
Ya no más coronas de oro
En las frentes inspiradas.

Del saber el noble cetro
Que el catalán empuñaba
Cayó también de su diestra
Al olvidarse su habla.
Mas el eco del torrente
Que ocultan encinas altas
Y sus ondas precipita
Entre las peñas quebradas;
Los monótonos acentos
De selvática balada;
El ruido de la cuna
Que ora suena y ora para:
El festivo clamoreo
De vibradoras campanas,
En lenguaje lemosino
Hablarán siempre á mi alma.

LA SIRENA

¿Visteis una sirena,
De triste, si dulcísima mirada?
Grato su nombre suena:
Su aspecto turba y á la vez agrada.
Esquiva sus abrazos,
¡Oh joven!, si la amaste, que aun es hora;
Rompe aprisa sus lazos,
Que bella y ponzoñosa flor decora.
Como huésped de un día,
Visita á su amador, y le acompaña:
Con sueños de alegría,
Con un mentido porvenir le engaña.

«Para grandezas eres,
—Lisonjera al oído le murmura,—
Desdeña los placeres
Del humilde varón y su ventura.»
Y en perezoso lecho
De orgullo y de tristezas él se embriaga,
Y mientras en su pecho
La viva llama de virtud se apaga.
Tesoro tras tesoro
Arroja á la corriente de la vida,
Y con imbécil lloro
Lamenta la riqueza sumergida.
Fatal melancolía,
Compañera en mal punto acariciada,
¡Sé para el alma mía
Cruz y no amor al fin de la jornada!

DON JUAN DE LA PEZUELA

(Conde de Cheste).

LETRILLA Á ROSANA

No siempre amor prepara
De rosas sus cadenas,
Ni están de fruto llenas
Las ramas del placer.
De tí ya me separa
Crudo deber tirano;
Tu rostro soberano
No he visto desde ayer.
En vigilancia activa,
Junto al arnés y espada,
Sólo el pensar me agrada
Que atiendo al común pró;
Y mientras que festiva
Pasas la noche ufana,
Velando por Rosana
Paso la noche yo.
Mi pecho apesadumbra
Del sitio la aspereza,

Si alivian mi tristeza
Los brazos de esa cruz.
  La negra estancia alumbra
Del que rendido te ama
La vacilante llama
De moribunda luz.
  Sitial de tablas duras
Y capas protectoras,
Confortan pocas horas
Del día que ayer ví;
  Y entre armas y armaduras,
Caballos y guerreros,
Dos fieles compañeros
Descansan junto á mí.
  ¡Descansan!... ¡Ah! Su pecho
Está de amor vacío,
Y yo siento en el mío
Abrasador volcán.
  ¡Descansan, y en mi lecho
Yo agito mi quebranto,
Y turbo con mi llanto
Los sueños que tendrán!
  Si cedo al sueño, un eco
De pronto me despierta
Y del cansado *¡alerta!*...
Escucho el largo són;
  Ó el relinchido hueco
Del alazán brioso,
Que aumenta estrepitoso
el cóncavo artesón.
  Al que apartado gime
De tus divinos ojos

La vida es toda enojos
Y aborrecerla voy,
  Si tu beldad no imprime
En mi ánimo la calma;
Si, como teme el alma,
No vuelvo á verte hoy.
  Mas ya á mi lecho duro
Su rayo el sol envía;
Ya dora el nuevo día
Mi lóbrega prisión:
  Y del recinto oscuro,
Donde penando mora,
Á tí vuela, señora,
Mi amante corazón.

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

(*Fígaro*).

RECUERDOS

Lisboa, Mayo de 1835

Ya es la noche bien cerrada,
Y entre las oscuras sombras
Del bravo viento impelidas
Se ven reluchar las ondas.
En el inquieto elemento
De la bahía anchurosa
Solo el balance alternado
Del surto buque se nota.
Que ni bergantín velero
La rauda corriente corta,
Ni á la gaviota se siente
Buscar abrigo en las rocas.
Sólo al lejos se divisan
Columpiándose las copas
De una ligera falúa
Que presta al viento su lona;
Y lejos, tras sí dejando
Las peninsulares costas,
Confusamente aparece
Vuelta á los mares la proa.

Tal vez la rápida llama
De un relámpago colora
La vacilante cubierta
De la nave nadadora;
Y el delineado contorno
De una misteriosa sombra
Entonces á ver se acierta
Puesta en pie sobre la popa.
Nube de dolor envuelve
Su frente altiva y rugosa,
Y en firme actitud parece
Ser el genio de las olas.
Ora en la ciudad de Ulises
Clavando la vista torva,
Ora contemplando triste
La marejada espumosa,
Tan presto un hondo suspiro
De su corazón rebosa,
Como á sus trémulos labios
Sonrisa amarga se asoma.
Al fin lanza de su pecho
La voz destemplada y ronca,
Y así al Tajo, que le escucha,
Con triste acento apostrofa:
«Río Tajo, río Tajo,
El de la corriente undosa,
El de las arenas de oro,
El que padre España nombra;
»Tú me viste más felice
Que infeliz me ves ahora;
Aun no pasaron seis lunas
Y pasó mi dicha toda.

»Risas y juegos y amores
Me tejían la corona;
Mas era de flores leves
Que un leve soplo deshoja.
»Y hoy más lágrimas ardientes
De mis pobres ojos brotan
Que turbias ondas revuelves
Contra el muro de Lisboa;
»Que amor, como tú, en su origen
A bogar manso provoca
Al incauto navegante
En sus aguas humildosas;
»Y, á su fin, crecido y fuerte
Y caudaloso le ahoga,
De sus esfuerzos burlando,
En la barra procelosa.
»Lleva á los mares mis quejas,
Ya que tu corriente loca
No te consiente tornarlas
Á donde está mi Señora.
»Tal vez ora con tus aguas
Mezcla lágrimas copiosas,
Y tú al mar llevas con ellas
Al mismo que las provoca.
»Tú que fecundante bañas
Las regiones españolas,
Desde el alcázar de Reyes,
Que Aranjuez rico decora,
»Hasta las playas de Luso,
Archivo de tantas glorias,
Deja un punto para oirme
Sus venerandas memorias;

»Que harto sin tí de los Gamas
Los altos hechos pregona
El mundo todo, asombrado,
Desde el Brasil hasta Goa.
»Si, en tu curso hasta los mares
Algún alma generosa
Hallas á enjugar propicia
Mis lágrimas abundosas;
»Si lusitanas bellezas
Mi muda lira provocan,
Si el tributo te demandan
De admiración amorosa,
»Diles ¡ay! que ya tan solo
Ecos de dolor entona;
Para amores y placeres
Que sus cuerdas yacen rotas.
»Diles que errante y perdido
El vate infeliz se arroja
Al mar, maldiciendo acaso
La misma patria que adora;
»Que busca paz en el golfo
Y sepultura en las olas,
Que su musa es la desgracia
Que las tormentas invoca;
»Que no heredó de Camöens
Sino la desdicha loca,
Mas no con el plectro dulce
La inspiración que le endiosa.
»Diles que tan sólo un voto
La amistad para ellas forma:
¡Plegue á Dios que no amen nunca
Las que aun el amor ignoran!

»Plegue al cielo que en su vida
Las haga el amor dichosas!
Que son del amor las dichas
Más amargas que las ondas.
»Como ellas también volubles,
Como ellas halagadoras,
Pérfidas también como ellas
Y como ellas azarosas.
»Esto diles, y en tu curso,
Si ha de ser mi última hora,
Haz que tus ondas me traigan
El nombre de mi Señora.»
Aun sonaban los acentos
De la sombra misteriosa,
Y ya apenas se estrellaban
En los muros de Lisboa.
Lejos de la playa amiga
El bajel humilde boga;
Tal vez se hunde en los abismos,
Tal vez en las nubes toca.
Arrecia el viento irritado
Sacudiendo la ancha lona:
Un punto negro es el barco
Entre la espuma furiosa.
Montes de agua le combaten,
Vientos opuestos le azotan,
Ardientes rayos le abruman,
Continuos truenos le asordan,
Y con la tormenta el vate
Confunde su voz sonora,
Y en su último acento se oye
El nombre de su Señora.

DON RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

(*El Curioso Parlante*).

COCHE SIMÓN

I

Hay en Madrid un simón
Que se alquila... no sé donde,
Y tiene más aventuras
Que Gil Blas ó Don Quijote.
Su figura es de caldera,
Verde y negro sus colores;
No tiene muelles de C,
Ni persianas ni faroles;
Ni menos en sus costados
Se ostentan empresas nobles,
Ni guarnecido pescante
Con dobles cifras de bronce.
Modesto en su sencillez,
Holgado en sus dimensiones,
Tan cerca está de cajón
Como distante de coche;
Y á no ser por cuatro ruedas
Que se mueven, si no corren,

Tomáranle por sepulcro
Ó babilónica torre.
  Arrastran con harta pena
Esta máquina deforme
Dos mulas que fueron bravas
En mil ochocientos doce.
  De la historia de estas mulas
Pudiera decir primores,
Mas dejarélo esta vez
Para contar la del coche.
  Fué primero de un marqués
Que vino de no sé dónde
Á pretender... ¡feliz siglo!
Una venera en la corte.
  Esto prueba que las cruces
Tan caras eran entonces,
Como baratas se dan
En estos tiempos que corren.
  Llegado que hubo á Madrid,
Quiso ostentar sus doblones,
Que no hay para pretender
Como pretender en coche;
  Y á falta de los talleres
De Bruselas ó de Londres,
Un ambulante artificio
Buscó por toda la corte,
  A tiempo que un gran maestro
(No le nombran los autores)
Daba el último barniz
Al recién nacido coche.
  Sacóle el marqués de pila,
Luego sus armas le pone:

Campo de plata y dos zorras
Trepantes á un alcornoque.
  Ufano con tal conquista,
Por las calles de la corte
Salió á lucir y ostentar
Su bolsa y prosapia nobles.
  ¡Cielos, á cuantas envidias,
Á qué ingratos sinsabores
Dió lugar la tal carroza
En nuestro Prado de entonces!
  ¿Quién dirá las aventuras,
Las intrigas, los honores,
Que valieron al marqués
Estos cuatro tablajones?
  Por ellos venció á las diosas,
Por ellos mandó á los hombres,
Por ellos adquirió gota,
Ciencia, orgullo y acreedores;
  Hasta que en ellos cruzado
Y entre estolas y blandones
Le llevaron á enterrar,
Y pasó al concurso el coche.

II

  «En virtud de providencia
Del señor Don Juan Quirós,
De esta coronada villa
Teniente corregidor;
  »En los autos del concurso,
El marqués de... que finó,

Por óbito abintestato
Y han radicado ante nos,
»El infrascrito escribano,
Que firma esta relación,
Ordena su señoría
Que por cuanto el acreedor
»Ha probado su derecho
Y la hipotecaria acción
Que tiene por mil ducados
Al coche que aquél dejó,
»Se le endose y adjudique,
En íntegra posesión
La referida carroza
Tasada en igual valor.
»Mandólo su señoría
En Madrid, y lo firmó
Á veinte y cuatro de Agosto
De mil ochocientos dos.»
Ya tenemos á mi coche
Con nuevo dueño y señor,
Un viejo capitalista
Bien cuidado y solterón,
Que en las campañas de Venus
Altos lauros alcanzó;
Azote de los maridos,
De las mujeres patrón.
Dedicaba por entonces
Su sexagenario amor
A una viuda de cuarenta,
Doña Tecla de Albornoz,
Bella tinaja con piernas,
Hermoso guardacantón.

¿Que don pudiera ofrecerla
Un apasionado amor
  Como una máquina amiga
Que á influjo de bestias dos,
Imprimiese movimiento
Á volumen tan atroz?
  No sabré decir el cómo;
Pero ello se celebró
Cuádrupe alianza entre aquellas,
La señora y el señor.
  Y riéndose del mundo,
Libres de vientos y sol,
Vivieron encadenados
En íntima relación,
  Como una parte del coche,
Como en su celda el castor,
El gusano en su capullo,
Ó en su concha el caracol.
  La muerte que se complace
En destruir con furor
Todas las dichas del hombre,
Por este tiempo alcanzó
  A aquella dulce pareja,
Y... ¡cielos! ¡en qué ocasión!
Cuando no cabiendo ya
Dentro del coche su ardor,
Acababan de adornarle
Con emblemas de pasión:
Dos corazones flechados
Y riéndose el Amor.
  —¡Jesús! que extraños emblemas;
Llámenme pronto á un pintor

Que borre esas herejías
Y ponga el santo cordón,
El báculo y el capelo,
Y la cruz del Redentor.—
  Esto decía el obispo
Que aquel coche remató,
É hisopo y agua bendita
Aplicaba al interior
Para purgar los pecados
Que supuso con razón.
  Ya que fué purificado,
El muy ilustre señor
Subió con sus familiares
Á tomar la posesión.
  ¡Qué vida la que mi coche
Por aquel tiempo pasó!
Ni un capellán de las Huelgas
Puede contarla mejor:
  Una novena á San Gil,
Y luego á tomar el sol
Al paseo de la Ronda
Ó al camino de Alcorcón;
  O un viajecito hasta Atocha
Á visitar al prior,
Y luego volverse á casa
Al toque de la oración.
  ¡Qué vida! vuelvo á decir;
Pero aquel tiempo pasó,
Y vino otro de cuidados,
De sustos y agitación.
  Un ministro... ¡ay que no es nada!
Al obispo sucedió

De aquel histórico coche
En la grata posesión.
  Nuevo impulso y movimiento
Á sus ejes imprimió,
Que estaban entumecidos
Por el reposo anterior.
  De palacio al ministerio,
Desde el Consejo al salón,
Desde la audiencia al teatro,
Desde el dominio al favor.
  ¡Pobre coche, que agitado
Por el mar de la ambición
Caminas á todos vientos,
Tras un fantástico honor!
  ¿Qué se hiciera aquel reposo
Que un día te permitió
Saborear de la existencia
El progreso bienhechor?
  ¿Qué, mísero, has alcanzado
En premio de tu ambición,
Sino llegar más aprisa
Al término del favor?
  Que mucho brillas, más dices,
Que escuchas de tu patrón
Altos secretos de Estado
Reservados á los dos;
  Que todos te reverencian
Como á tan alto señor,
Y escuchas del que suplica
En torno tuyo la voz.
  ¡Ay cuitado! ¿no reparas
En el cielo del favor,

Miserable nubecilla
Que vé con desprecio el sol?
  Pues mírala cual creciendo
El firmamento ocupó
Y roba al astro del día
Su fúlgido resplandor.
  Y mira al mortal gusano
Que á su cumbre se alcanzó,
Cuál vacila, tiembla y cae
De la tormenta al furor.
  ¡Pobre coche! tu menguada
Nulidad te defendió,
Quedando para testigo
De tu infamia y tu baldón;
  Y vino un hombre sin nombre
Que tus favores vendió,
Y en pago á tus demasías
Y ridícula ambición,
  Riéndose á un pueblo entero
Por escarnio te entregó,
Para que puedas decir
En sentida exclamación:
Aprended coches, *de mí*
Lo que va de ayer á hoy.

III

  De un anchuroso corral
Sobre la menguada puerta
Que asienta en el interior
De una sucia callejuela,

En letras greco-romanas
Y ortografía caldea
Dice: «*Aquí se alquilan coches*»
Una envejecida muestra.
Yacen en el interior,
Sin guardas y á la inclemencia
Cien carrozas, que otro tiempo
Ornaron la corte regia.
Y ora tristes, abatidas
Por el tiempo y la miseria,
En un lupanar de coches
Lloran su pública afrenta.
Míranse en él confundidos,
Sin gerarquía y sin regla,
Cien románticas carrozas
Cien clásicas diligencias.
Allí el almagrado coche
Que arrastraron seis colleras,
Está llorando festines
Y soñando en la Alameda.
Allí el bombé vacilante
Que dejó el doctor Postema,
Reza y murmura aforismos
Y latines de receta.
Más allá hay una berlina
Con cifras y otros emblemas,
De uno que fué al hospital
Sin zapatos ni calcetas.
Aquí un sucio faetón,
Allí una gran carretela,
Que fué premio en otro tiempo
De una virtud de Lucrecia;

Y agrupadas á un rincón
Se miran cuatro calesas
Que á queso y á vino puro
Trascienden á media legua.
En tan sucia compañía,
Y en situación tan adversa,
Un coche también... ¡Dios mío!,
(Casi no acierta la lengua).
Un coche... ¿si será él?
Un coche... sí, el mismo era,
El del marqués, del obispo,
Del ministro y doña Tecla.
¡Ay! quién fuera Garcilaso
Para exclamar: «Dulces Prendas,
Aquí por mi mal halladas,»
Con lo demás que se deja.
¿Y habrá después, ¡oh fortuna!
Quien fíe en tu faz risueña,
Y no te vuelva la espalda
Antes que tú se la vuelvas?
Mas tornemos á mi coche
Y dejemos las sentencias,
Que dicen bien en un libro
Con tal de que no se lean.
En hábito verdi-negro,
Como ya descrito queda,
Ha trasformado sus galas,
Sus timbres y sus preseas;
Y los caballos normandos
En dos mulas peli-negras,
Que corrieron ha veinte años
Todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timón,
Sentado en su delantera,
Un infanzón de Cantabria
Tiene en sus manos las riendas.
Un capote franciscano
Su tosca persona encierra,
Y un sombrero des-alado
Metido hasta las orejas.
Cantando está á media voz,
Mientras que las ocho suenan,
Las glorias de Covadonga
Por el són de la muñeira;
Y en tanto las pobres mulas
Pensando están en que piensan,
Y de este pienso mental
Se sostienen y alimentan.
Otro animal de dos piés
Como el que en la proa asienta,
Sube con pena á la popa
Y á los tirantes se cuelga,
Con que la tripulación
Queda del todo completa:
Dos mulas y dos rocines,
Y sumadas cuatro bestias.
Las ocho suena el reloj,
Se abre del corral la puerta,
Y en oblícuo movimiento,
Y en marcha angustiosa y lenta,
Tiran torcidas las mulas
Á impulsos de la correa,
Y anunciando un fin cercano
Crujen girando las ruedas.

Por las calles de la corte,
Y á riesgo de las aceras,
La máquina informe arrastra,
Dando á quien la mira pena;
Y entre silbos y reniegos
En menos de una hora llega
Á la puerta del letrado
Que va á charlar á la Audiencia.
Embarca en él su persona
Medio cura y medio enferma,
Y saca las doctas mangas
Por entrambas portezuelas.
Luego que llega al Consejo,
Mientras su derecho alega,
Cochero y mozo liquidan
La propina en la taberna,
Con que añaden á su celo
De Yepes azumbre y media,
Para hacer más llevadero
El trabajo de la vuelta.
Después del pleito, á visitas
Con la letrada y su suegra,
Cinco chiquillos y una ama,
Dos pasantes y una perra.
Vuelta después al corral;
Ya don Timoteo espera
Para ir á misa de dos
Del Buen Suceso... á la puerta.
La misa ya se ha acabado,
Mas, por cuanto la marquesa
Al ver á don Timoteo
Se siente un poco indispuesta,

El, á fuer de hombre gentil,
La ofrece su carretela,
Y á fin de tomar el aire
Van camino de la Venta.
En vano el pobre simón
Les grita que den la vuelta
Que hace falta en un bautizo
Antes de las cuatro y media.
Suéltanle á las cinco, en fin,
Toma el paso á media rienda,
Y en casa de la parida
Á oir maldiciones llega.
Suben en él la madrina,
El padrino, la pasiega,
Los hermanos, el autor,
Y el chico con falda nueva.
Cien pillos de todo el barrio,
Que ha vomitado una escuela,
Van corriendo tras el coche;
Ya suben á la trasera;
Ya trepan á los estribos;
Ya se agarran de las ruedas;
Ya gritan: «Señor padrino,
¿Cuándo baja la moneda?»
Ya hacen gestos al simón;
Ya al lacayo desesperan,
Apoyando sus razones
En alguna que otra piedra.
En tal día, es de cajón,
Va la gente á la comedia,
Y el coche hasta media noche
Embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
Guardando siempre la dieta,
Y cuando dan vuelta á casa
Hasta en su sombra tropiezan.
Otro día... ¿pero acaso
Pretendo que sea eterna
Esta triste relación
Y que en crónica se vuelva?
¿No ha de acabarse jamás?
Ni cómo narrar pudiera
Uno á uno los sucesos
Que en sus páginas encierra?
Baste decir que en Enero
Hay un San Antón, y hay *vueltas*,
Que hay máscaras en Febrero,
Y en Marzo hay Pepes y Pepas;
Que Abril encierra una Pascua,
Mayo á San Isidro fiesta;
Junio noche de San Juan
Con fandango y con vihuelas;
Julio ostenta de sus toros
Las entretenidas fiestas,
Y en Agosto Manzanares
Brinda con húmeda arena;
Viene Septiembre después
Con sus históricas ferias,
Y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas;
Y Octubre empieza á mostrar
Sus fríos y calles puercas;
Y Noviembre sus difuntos,
Diciembre su noche-buena.

Y en todos meses del año
Hay cortejos y hay cortejas,
Y hay revistas, besamanos,
Y hay visitas, y hay audiencias;
Y hay tontas, á quien se engaña
Con una máquina de estas,
Y hay jugadores que ganan,
Y hay empleados que medran,
Y hay indianos de San Lúcar,
Y hay sin condados condesas,
Y hay nobleza que ostentar,
Y hay que encubrir la miseria.
De todos estos primores
Puede este coche dar cuenta,
Mas por desgracia no sabe
Porque carece de lengua.
Yo, viéndole sordo-mudo,
En descargo de su pena
Quise atreverme á formar
(Puesto que no soy poeta)
En estos *clásicos* versos
Esta *clásica* leyenda,
Á riesgo de que el lector
Clásicamente se duerma.

DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

ODA ANDALUZA

Venturoso el mortal que no calcula
Lo que hay detrás, cuando esperanza adula,
Dándole buenos ratos,
Su mente, y al raudal con que lo incita
De gustosa ilusión, se precipita,
Diciendo: al agua, patos.
Sin tener más camisa que la puesta,
¡Cuán feliz el que duerme larga siesta
Y contando las vigas,
Después bosteza, y echa su cigarro,
Y á la margen del Betis ó del Darro,
Se va á matar hormigas!
¡Feliz, quien sin pueriles aprehensiones,
Se está desde las diez hasta oraciones
Con los brazos cruzados!
El buscar que comer no le fatiga,
Y si no hay más, se llena la barriga
De garbanzos tostados.
Pasan por cima carros y carretas,
Y él se mantiene con sus manos quietas

Más dulce que una malva.
Pero si se le atufa el ventisquero,
Le dirá las verdades del barquero
Al lucero del alba.
Ni útil labor, ni plan sabio y prudente,
Molesta nunca el brío de su mente
Y de sus manos toscas.
Podrá hallarse sin blanca en arduo empeño;
El hambre podrá entrarle ó bien el sueño,
Pero no le entran moscas.
Sufre impávido á veces que un mocoso,
Ya con sarcasmo serio, ya jocoso,
Lo ponga colorado.
Pero de pronto vuélvese una furia,
Cuando oyendo el acento de la injuria
Se le ahuma el pescado.
Unas veces depone la faz ruda,
Y ya á la dama, ya al galán saluda
Con muy atentos modos.
Otras, de su valor envanecido,
Arroja en el concurso enmudecido
La de Cristo con todos.
Vedlo, cuchillo en mano, como ajusta
Su diestro golpe y al contrario asusta,
Y como el brazo tercia;
Hasta que se le arroja sin empacho,
Y le sopla en la bolsa del gazpacho
Dos mojadas de á tercia.

EL MELANCÓLICO

¿Sabes quien está loco de remate?
Lucindo el traductor. Volcóle el seso
Aquel vizconde de encumbrado estilo,
Que en sus novelas derramó sin tasa
Las más descompasadas diabluras.
El autor del *Pirata* y de *Ipsibœ:*
Síntesis, nata, flor, joya y espuma
Del más descomunal romanticismo.
Volvamos á Lucindo. Vílo anoche
Pálido, desgreñado, macilento,
Mejilla hundida y húmedos los ojos,
En muelle canapé medio sumido,
Y en los profundos piélagos absorto
De la meditación. Al verme lanza
Dos torrentes de lágrimas. «Los cielos
A mi socorro, dice, te enviaron.
Murió mi can. Murió Melampo; el tipo
De la fidelidad. ¡Can infelice!
¿Sabes lo que es un can? Es un amigo
Que natura nos da. No como el hombre
Cruel, ingrato, pérfido, egoísta.
¡Oh los hombres! ¡Los hombres! El cuitado
Murió el domingo; y desde entonces peno
Petrificado, mísero. Teñida
De amarillentos y verdosos visos,
Melancolía en mis mejillas labra
Su pardo nido, cual reptil oculto
Del pimpollo en las hojas virginales.

Inmóvil paso las fugaces horas,
Cual la paciencia en albo monumento,
Sonriendo al dolor.» «No á tanta pena,
Díjele compasivo, te abandones.
Placeres hallarás que el llanto enjuguen,
Tú que sabes amar...» ¿Qué has dicho? exclama
Las manos apretándome de pronto,
Como férrea tenaza. ¡Amar dijiste!
No es más funesto al navegante el torvo
Rugiente seno de la mar undosa,
Cuando las olas portentosas alza,
Muertes y espumas y furor vertiendo,
Que á mi pecho es amor. Cimodocea,
La sobrina del sabio respetable,
Que de campestres yerbas y de flores
Forma composición farmaceútica
Que la dolencia física aletarga...»
«¿Rita la boticaria?» «No denuestes
Con vulgar locución la flor del valle,
La matinal sonrisa, albo reflejo
Del firmamento azul. Rita es el nombre
Que el genitor le impuso: yo le he dado
Otro más digno de sus nobles prendas.
Cimodocea y yo... ¿viste tú acaso
La flexible liana, que del Ohio
La herbosa margen undulante cubre,
De lazos mil y mil, ceñir la frente
De agreste pino, y en sus gigánteas
Ramas, brotar espléndidos corimbos?
¿Viste el torrente de los Andes, rota
Del áspero peñasco la barrera,
Lanzarse á la llanura? ¿Viste al soplo

De huracán tremebundo, disiparse
Caliginosa niebla, allá en las rocas
Do el alma de Osián muge, cual suele
Bituminoso cráter que á Tinacria
Vómita destrucción?» «No vi tal cosa:»
Díjele entonces, harto de locuras:
Y tomando el sombrero, en línea recta
Fuíme al hospicio á disponerle jaula.

Á UN POETA NOVEL

Les sots sont ici bas pour nos menus plaisirs.
REGNARD

Si tal es tu destino,
Que un acaso siniestro,
Con lazo diamantino
Los ímpetus del estro
Comprime, y en afanes
Te sumerge y congojas,
No aburrido te encojas,
Ni imbécil te amilanes;
Ni te descorazones
Si el público se mofa
De tus composiciones,
O si al cantar la estrofa
Que tú extático admiras
Cual tipo de belleza,
Un lector te hace tiras,
Y otro lector bosteza.

Te marcó generosa
Naturaleza un día,
Con señal luminosa,
Y de melancolía,
Y de amor y de lloros,
Te dió vastos tesoros.
Y dijo: «Eres poeta,
No albañil ni escribano.
Eres poeta, hermano,
Y á nada se sujeta
El que nació poeta,
Y ningún yugo aguanta
Quien ama, llora y canta.»
Canta, pues, ama y llora,
Como en París se usa,
Y para que la musa
Lance su voz canora,
Aguarda á que se sepa
Por donde al Pindo trepa
La tribu desgreñada
Que allá en París descuella
Y tú en la misma huella
Fijarás tu pisada.
Siempre ten un repuesto
De horribles impresiones;
La ponzoña, el incesto,
Y las palpitaciones
De un ser no comprendido;
Mujer que el genio inflama,
Y que por todos brama,
Menos por su marido.
En rima concienzuda,

Torba, fiera y sañuda,
Como en horrenda orgía,
Precursora de muerte,
Maldice tú la suerte,
Que con su mano fría,
A obscuridad penosa,
Tus ímpetus condena;
Y ni en verso, ni en prosa
Ni en folletín, ni escena,
Te abre el ancho camino,
Por donde marcha Hugo,
Tú que del asesino,
Del raptor y el verdugo,
Conoces los misterios,
Y en punto de adulterios,
Con Jorge Sand te igualas;
Tú que extiendes las alas
Por las regiones sumas,
En que se goza Dumas
(Lo pronuncio á lo rudo
Por huir el escollo
Del consonante agudo);
Tú, en fin, tierno pimpollo
De la joven España,
¿Por qué has de verte hundido
En nulidad y olvido?
¿Por qué tu lustre empaña
Jovellanos en prosa,
Burgos y Lista en verso?
¡Injusticia afrentosa!
Cuando en el universo,
No hay quien más galicismos

En prosa y verso encaje.
¡Oh público salvaje!
¡Oh profundos abismos
Del hado, cuyo azote
Ni respeta bigote,
Ni hace caso de greña!
No cedas: precipita
El estro que te agita
Por la intrincada breña
De la inmensa trilogia.
En sublime leyenda
Traza la patologia
De una pasión horrenda.
Compón una balada
De diez versos y medio,
Y por no causar tedio,
Tórnala en ensalada
De ritmos diferentes,
Y si aún de la fortuna
Las amarguras sientes,
Al disco de la luna
Emprende tu viaje,
Con modesto equipaje,
Cual cumple á tu destino,
Y á tu existencia oscura.
Para el largo camino,
Escoge por montura,
Ya que el hado te exime
De viajar de otro modo,
La joroba sublime
Que ilustra á Cuasimodo.

Á LA FLOR

LLAMADA EN INGLÉS «FORGET ME NOT» (NO ME OLVIDES)

Flor modesta y delicada,
Que ocultas tus hojas leves
Y sencillas,
Cual huyendo las miradas
De peligrosas y aleves
Avecillas;
Flor consuelo del ausente,
Que nunca adornas la frente
De los Cides,
Sino el seno de las damas;
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.
Flor que al cariñoso seno
Recuerdas el dulce amigo
Desgraciado,
Mientras gime en suelo ajeno
Viéndose del patrio abrigo
Desterrado;
Flor, que tímida consumes
Los delicados perfumes
Que despides,
Entre las selvosas ramas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.
Flor, recuerdo misterioso
De esperanza lisonjera
Malograda;

Con cuyo aspecto gracioso
Torna la dicha que fuera
Ya pasada;
Y tornan llorados bienes,
Risas, amores, desdenes,
Blandas lides,
Cenizas de antiguas llamas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

A ORILLAS DEL LAGO DE CHUCUITOS
EN EL PERÚ

Maximus hic flexu sinuoso elabitur.
VIRG. GEORG.

Confundido me postro,
Gran lago, en tus orillas;
Clavo en el suelo el rostro,
Y de las maravillas,
Que atónito contemplo,
Formo en el alma un templo
Cuya deidad velada
Te sacó de la nada.
Si tú fuiste producto
De horrible terremoto,
¿Por cuál vasto conducto,
Con inmenso alboroto,
Se desplomaron fieras
Tus aguas altaneras?
¿Quién abrió sus canales
A tus hondos raudales?

¿Cuántos siglos pasaron
Desde el día tremendo
En que se desataron
Con horrísono estruendo?
¿Cuántas generaciones,
Y razas y naciones
Estamparon sus huellas
En tus márgenes bellas?
¡Qué diferentes climas
En tus márgenes! Ora
Sobre elevadas cimas
El invierno atesora
De nieves duras moles,
Y en varios tornasoles
Cambia el solar reflejo,
Como mágico espejo.
Ora en valles sombríos
Y en hojosos linderos
De caudalosos ríos,
Se mecen los palmeros,
Y en su copa elegante,
La vainilla fragante
Teje guirnalda espesa
Que el sentido embelesa.
Mas dó con más holgura
Mi mirada se extiende,
Es en la vasta anchura
De tu caudal, que hiende,
Con varias inflexiones,
Tan diversas regiones;
Con olas sosegadas,
Tierras tan apartadas.

Do por más que remonte
Las miradas, encuentro
Límite al horizonte
Solo en el mismo centro,
Cual si adornar quisieras
Las altas cordilleras,
Poniéndoles delante
La anchura del Atlante.
Mas no: que en los cristales
De tu seno tranquilo,
Cien islas colosales,
De eterna paz asilo,
Se elevan orgullosas,
Ya de selvas frondosas,
Cual guirnalda ceñidas,
Ya de rocas erguidas.
Y más allá, el Sorata,
Con cúpula sublime
Que la linfa retrata,
Tu soberbia comprime,
Tocando con la frente
La bóveda luciente,
Como si sostuviera
La mitad de la esfera.
Y al verlo, clavo el rostro,
Gran lago, en tus orillas,
Y humillado me postro;
Y de las maravillas
De aquella mole ingente
Formo un templo en la mente
Cuya deidad velada
Te sacó de la nada.

A DON FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA
Autor del Arte Poética Española.

Marzo 1829.

Tú que á la hispana lira
Código eterno de razón y gusto
Con docta mano trazas, ya que inspira
Númen sacro y augusto
Tu enardecida mente,
Paula querido, el vuelo prepotente
Suelta al ilustre genio, y su osadía
Por incógnita vía
Que el vulgo desconoce,
Gire en curso veloce.
De la mísera patria en que nacimos
No sólo abatió el cuello,
Monárquica opresión; también la vimos
Intimidada al pálido destello
De la hoguera homicida. Furibundo
Del fanatismo númen espantoso,
Lanzó su aliento inmundo
Sobre el suelo abundoso,
Do natura fijó las urnas claras
Del Betis y del Duero;
De sangre pura y exterminio avaras,
Las turbas ignorantes, grito fiero
De execración lanzaron,
Contra el saber y la virtud; callaron
La virtud y el saber; y enriquecido
Con despojos sangrientos, sostenido

Por el grosero error, mando absoluto
Derramó por do quier espanto y luto.
La inspiración enmudeciera entonces,
Y mientras en los mármoles y bronces
Se eternizaban bárbaras quimeras,
O del poder elogios arrancados
A pueblos humillados,
Sus alas altaneras
Reprimió la poesía,
Cual temerosa de la luz del día.
Mezquino amor en lánguidos cantares,
Impía lisonja, ó místico arrebato,
Con pomposo aparato
De conceptos vulgares,
Objetos fueron de la esclava rima.

Ya es tiempo de que imprima
Tu genio al genio hispano impulso noble
De más alta ambicion. Cual alza el roble
Frondosos brazos, sólidos, robustos,
Sobre humildes arbustos,
Tal audace descuellas
Entre los vates de tu edad. Dirige
Tu vuelo raudo á las mansiones bellas
Do la meditación callada rige
Los pasos del altivo pensamiento,
Y presta lo conduce
De portento en portento;
Do inmaculado el claro nombre luce
Del cantor de Ilión, y el gran Urbino
Tomó el pincel divino;
Donde á Bacón se descubrió el arcano

Del espíritu humano,
Y al Dante adusto la región umbrosa.
¿Qué aguardas? afanosa
La humanidad, cual si escondido númen
Con celeste vigor la enfureciera,
Avanza y precipita su carrera.
En sed de grandes cosas se consumen
Los pueblos agitados.
Los climas apartados,
Las soledades mudas
Donde imperaba el Austro, do vivían
Tribus dispersas, rudas;
Los incógnitos llanos que aturdían
Del Ohío las corrientes turbulentas,
Se cubren de ciudades opulentas:
Ya no hay barreras para el hombre. El Noto
Desencadena en vano sus rugidos,
Y en vano entumecidos
Se abren los senos de Anfitrite airada.
Tranquila en tanto al Indostán remoto
Boga la nave, cuyas fuerzas mueve,
Por la anchura irritada,
Vapor activo y leve
Que ponderosa construcción oprime.
Canta en eco sublime
Tanto prodigio, y la grandiosa escena
Que abre la industria á la ventura humana,
Distribuyendo en la región lejana,
Antes de errores y miserias llena,
Con el fruto sutil de sus telares,
De las ciencias los puros luminares.

Si del orbe moral aún te seduce,
Cual antes, la animada perspectiva,
Torna la vista al encendido oriente,
Que allí, cual antes, libertad reduce
La plebe generosa, y más activa
Que cuando al persa audaz holló la frente.
Con próspera fortuna
Destroza la arrogante media luna.
Desarrolle el recóndito destino
Su volumen divino
A tu ansiosa mirada;
De Helenia canta el porvenir, y Atenas,
Hoy triste, abandonada,
Solio otra vez del arte prodigioso;
Y las cumbres amenas
Del Himeto oloroso,
Coronadas de insigne monumento,
Que eternice glorioso entre los hombres,
De Fabier y de Codringtón los nombres.
Ilustra el simultáneo movimiento
Con que la Europa entera patrocina
La causa de los libres; desde el Sena,
Que el astro de las ciencias ilumina,
Hasta el Po y el Borístenes, resuena
Grito acorde de blanda simpatía
Y execración á la cadena impía
De la otomana esclavitud. Los brillos
Del poder se eclipsaron; no más grillos,
No más humillación, erguida exclama
La turba antes sumisa; y cual la llama
Prende en seca maleza,
Así el amor de libertad difunde

Indómita entereza
Que al opresor atónito confunde.
De pueblo en pueblo su fervor propaga
La virtud generosa hasta el Pirene,
Donde la planta tímida detiene
Y el luminar esplendoroso apaga.
Allí en pavor sombrío
Maldición vomitando y anatema,
Con nuevo arrojo y brío,
Se enseñorea el fanatismo infando;
La usurpada diadema
Rugiendo apoya del cruel Fernando,
Y con orgullo necio, ferozmente
Huella del libre la abatida frente.

A los patrios dolores
Reserva amigo, enérgicos colores,
Rasgos profundos, fieras invectivas
Que perpetúen en do quier la saña
Debida al hombre que maldice España.
Insensatas, estúpidas y altivas
Pinta esas ordas que el horrible trono
Circundan humilladas, mientras juran
Inextinguible encono
Al saber, al ingenio; y cuando apuran
De la venganza la sangrienta copa,
Escándalo y ludibrio de la Europa,
Imploran el favor de un rey vecino,
Y su hierro asesino;
Describe esas indignas bacanales
En que se mezclan con profano grito,
Calumnias infernales

Al nombre sacrosanto del Supremo.
Invoca, amigo, su rigor extremo
Contra tanto delito;
Clama piedad por tí, por tus hermanos
Que en asilos lejanos,
Sin olvidar á la querida Hesperia,
Riegan con llanto el pan de la miseria.

A tan noble tarea
Naturaleza próvida destina
Tu númen creador; si aguijonea
Llama pura y divina
De patrio amor tu pecho generoso,
Desencadena el eco sonoroso.
Cumplida así veremos la esperanza
Que dió tu juventud, cuando ceñidos
De lazos de amistad y confianza,
Genil nos viera unidos,
Pasear sus riberas tutelares,
Y preludiar estudios y cantares.

DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO

AL SUEÑO

¿De mis párpados huyes, blando sueño?
Invóquete en buen hora el desdichado,
Que en dulces pensamientos arrobado
No codicio en mi frente tu beleño.
Si cuando ví de la fortuna el ceño
En tí busqué reposo deseado,
Ahora gozar me place desvelado
Con la memoria de mi hermoso dueño.
¿Qué vale, engañador de los humanos,
Que sepas en bellísimas ficciones
Darles el bien que les faltó despiertos?
Serán conmigo tus esfuerzos vanos,
Que ni tus hechiceras ilusiones,
Igualar pueden mis placeres ciertos.

Á LA SEÑORITA DOÑA AMPARO DE CÁCERES Y GONZÁLEZ DE QUINTANILLA *(hoy Marquesa de Valmar)*.

¿Ves joya relucir de alta valía,
Ornato á femenil garganta ó pelo?
Del francés diestro al arte y al desvelo,
Debe el fulgor su hermosa pedrería.

Mas no rica la tierra aquí la cría,
Que es producción del apartado suelo,
Donde, alto en el cenit, del puro cielo
Vivificante el sol su rayo envía.
Como esas piedras tú. Pero si ufana
De tu valor, á vanidad te mueve
La francesa elegancia que en tí brilla,
Piensa que esa tu gracia soberana
Y lindo talle, Amparo, se le debe
Al suelo generoso de Sevilla.

Á CÁDIZ

Al avistarla después de veintiún años de ausencia y en situación poco lisonjera.

Cuando te me apareces
Como del seno de la mar nacida,
Y á mis ojos ofreces
La imagen conocida
Del suelo en que empezó mi triste vida,
Luciendo tu blancura
Sobre el piélago azul que te rodea,
Cual brillando en la altura
Nieve cana hermosea
El monte que la sierra señorea,
Cádiz, reina algún día
De la vasta extensión del Oceáno,
Á quien la suerte impía
Derribó de la mano
Roto y sin lustre el cetro soberano,
Turbado y conmovido,

Sintiendo el corazón romperme el pecho
Con violento latido,
Cual sintiéndose estrecho,
Gimo y exclamo en lágrimas deshecho:
¡Madre un tiempo dichosa
De quien suerte gozó menos mezquina!
Acógeme piadosa:
Tu hijo ante tí se inclina,
Y ruina saluda á tu ruina.
No buscando reposo,
Á tí vengo, cansado peregrino;
Juguete lastimoso
De contrario destino,
Mal mi grado, á tus playas me avecino.
Los recios temporales
Osó arrostrar mi frágil navecilla,
Y fieros vendavales
Á la materna orilla
Náufraga vuelven la cascada quilla.
Á superior esfera
El vuelo remontó mi atrevimiento
Y hoy con alas de cera,
Y con golpe violento,
Sirvo á locos arrojos de escarmiento.
Herida traigo el alma,
Que faltó en el sufrir la fortaleza;
Ni mi quietud es calma,
Que es doblar la cabeza
A peso enorme de inmortal tristeza.
Amaba yo, y creía,
Y encuentro ingratitud y desengaños
Que no me prometía,

Y en decadentes años
Los que propios juzgué, tornarse extraños.
  Con fe y ardiente celo
A ídolos adoré como á deidades;
Despareció mi cielo,
Y tristes realidades
Hallo en vez de hechiceras vanidades.
  Iba el valle bajando
De la vejez con paso trabajoso,
En báculo fiando,
Que al cuerpo tembloroso
Desamparó, quebrándose engañoso.
  Perdona, Cádiz bella,
Si tus torres no miro alborozado;
Que mi maligna estrella,
Y siempre adverso hado,
Las fuentes del placer en mí han secado.
  Al cabo en tus arenas,
Ideas nuevas poblarán mi mente,
Que templarán mis penas,
Volviendo lentamente
El lustre antiguo á mi anublada frente.
  El mar que te circunda,
Y mi infancia arrulló con voz de trueno,
La viva luz que inunda
Ese cielo sereno
Y el aire tibio que te orea el seno,
  El ánimo abatido
A restaurar alcanzarán acaso,
Y aquí, donde he nacido,
Si de placer escaso,
Tranquilo al menos hallaré mi ocaso,

¡En vuestra compañía,
Hijos y esposa, á quienes tierno adoro,
Prendas del alma mía
Y superior tesoro
Al de los bienes que perdidos lloro!
Que si aspiré á renombre,
Era porque mi sombra os amparase,
Y en vosotros mi nombre
Largamente durase
Y en vosotros mi gloria reflejase.
Cérquenme mis amores
Y el cielo su existencia me dilate,
Que alivio en sus rigores
El mal que me combate
Tendrá y mi vida plácido remate;
Donde el polvo reposa
De la que fué la dulce madre mía,
Sabia, justa, amorosa,
En quien tener solía
Amparo y dicha cuando Dios quería;
Donde el mar afamado
Descubro, á España de infelice suerte,
En que mi padre amado
Cerró, cual varón fuerte,
Gloriosa vida con heroica muerte;
Aquí, fin propio tiene
De mi existencia la carrera dura,
Y yacer me conviene,
Muerto de muerte obscura,
Ignorado en humilde sepultura.

DON ANGEL DE SAAVEDRA

(*Duque de Rivas*).

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche;
Ronco huracán y borrascosas nubes
Confunden en tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:
Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.
En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta á tus pies, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:
Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en tí los ojos clava.
Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros:
Por él rueda la luna;

Y entonces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde al par de los astros.
Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos,
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves.
Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posición indica
El trono de un monarca, eres su norte:
Les adviertes su engaño.
Así de la razón arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
O de aleves halagos de fortuna,
A los ojos del alma.
esque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio,
Ni una vez solo á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.
¡Cuántos ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... Tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
A sus hijos y esposa;
Otros, prófugos, pobres, perseguidos,
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes que lo hallaron tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde y sirve de norte á los bajeles
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
Me traen nuevas amargas y renglones
Con lágrimas escritos.
Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cual mi pecho,
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!
Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos,
Ví tu lumbre divina:
Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
Malta!!! Malta!!! gritaron;
Y fuiste á nuestros ojos la aureola,
Que orna la frente de la santa imagen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.
Jamás te olvidaré, jamás. Tan solo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,
Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado que corona
De Córdoba la torre.

LA CANCELA

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad
Que del Betis en la orilla
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad,
La primorosa *cancela*,
Que el patio y portal divide,
Y es transparente cautela,
Que contra importunos vela
Y que la vista no impide.
¿De quién será la invención?
De alguna vieja curiosa...
De alguna madre celosa...
Lo que yo sé es que un ladrón
No pudo inventar tal cosa.
¿Si será red que tendió
El amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
Cabe casi duda. Yo
Por red de amor la reputo.
Y red tan particular,
De malicia tan artera,
Que se suelen enredar
En ella, de almas un par,
Una dentro y otra fuera.
Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores
Transparente cortinaje,

O leve y sutil celaje
Son para unos amadores;
  Mientras para otro son muro
De fuerte cárcel impía:
Tú, para mi fantasía
Producto eres de un conjuro:
Un cuadro de hechicería,
  En la noche sobre todo,
Que es de portentos esfera,
Véate de cualquier modo,
Para observarte acomodo
Tome ya dentro ó ya fuera.
  Desde la calle se ven
Por tu espacio transparente
A una luz resplandeciente,
Cual no la logró el Edén
Ni la da el sol en Oriente,
  Columnas de mármol rico,
Y entre arbustos y entre flores
De vivísimos colores
Una fuente, cuyo pico
De plata murmura amores.
  Y allá en sombras misteriosas
En el último confín,
Un fresco oscuro jardín,
Donde estrellas olorosas
Son las flores de un jazmín.
  Y entre fragancia y frescura
Suele darnos la cancela
Una voz sonora y pura,
Que sus acentos mesura
Con el clave ó la vihuela:

Y el apacible murmullo
De tertulia bulliciosa,
Y la vista de una hermosa,
De las que son el orgullo
De esta tierra deliciosa.
Como sílfida del aire
Por el patio cruza leve,
Con talle esbelto, pie breve,
Y con andaluz donaire
Que en fuego torna la nieve.
Y si una aparición tal
Se acerca con interés
A la cancela y portal,
¿De qué mísero mortal
No arrastra el alma y los pies?
Pues desde el patio mirada
La cancela transparente
Es cosa muy diferente,
Mas no menos encantada
Para el que observarla intente.
Se presenta un cuadro á oscuras
Por do cruzan silenciosas,
Vagas, confusas, borrosas,
Mil fantásticas figuras
De apariencias caprichosas.
Y en donde se ve la noche,
Y se escuchan sus murmullos,
De las auras los arrullos,
Lejano rumor de un coche
Y ladridos y maullos.
Pasa como fatuo fuego
De algún sereno la luz,

Un grupo sin formas luego,
Y con pausado sosiego
Un embozado andaluz.
  Y la chispa de un cigarro,
Un bulto blanco y ligero,
El santo olio, el animero,
Y los cántaros y el carro
Del aguador callejero.
  Y gente se oye que pasa
Fatigada de paseo,
Y la charla nada escasa,
En muy sabroso ceceo,
De familia que va á casa;
  De una puerta el aldabón,
Una guitarra... un silbido...
En fin, de la confusión
De una inmensa población
El soñoliento rüido.
  Acaso un bulto se ve
Allá en la pared de enfrente,
Que aguarda inmoble á que esté
Sola la calle, porque
Le es importuna la gente.
  Y en cuanto sola la mira,
Tímido hacia la cancela
Ya se acerca y se retira,
Ya finje tos, ya suspira,
Y esperar le desconsuela;
Hasta que dentro la hermosa,
Sílfida ó aparición,
Que también una ocasión
Está esperando anhelosa

Con inquieto corazón,
De la tertulia pesada
Cuando irse al último ve,
Y solo el patio, porque
Al gazpacho ú ensalada
Toda la familia fué,
La encuentra, la seña da,
Y linda se deja ver
Mas bien ángel que mujer,
Para el que esperando está
Cansado de padecer.
Entonce el bulto de afuera
Y de dentro la deidad
Van á unirse de carrera,
Y la red de hierro artera
Se atraviesa sin piedad.
Y ambos que blando algodón
Se torne la dura reja,
A quien dan su maldición,
Piden al amor, que deja
Las cosas como ellas son.

LA VEJEZ

Al Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.

¿Dó me lleváis?... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro

Dan al rico salón,
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusión.
De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales transparentes
Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.
Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones,
De flores con que Mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.
Mas nada es para mí. También ansioso
Apuré, cuando joven alentaba,
La copa del festín;
Pero ya delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.
Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno también esos licores
¡Desventurado! son;
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores,
Que alegran el salón.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.

¿Qué me traéis? corceles vigorosos,
Armas bruñidas de templado acero.
¡Cuál relinchan aquéllos orgullosos!
¡Cómo de éstas deslumbra el reverbero!
Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el són de músicas guerreras.
¿Y qué me importa á mí? Cuando lozano
Joven en ansia de la gloria ardía,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mía.
Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afán era tan solo,
Y del marcial clarín la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.
Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brío.
Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.
¿Qué pretendéis?... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena;
Frenético entusiasmo lo enagena,
Retiembla á sus palmadas el salón.
El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiración.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!
¿Y qué dicha más grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?
No es ya esto para mí. Cuando son hielo
La sangre, el corazón, la fantasía,
El fuego encantador de la poesía
Se apaga, hielo tórnase también.
Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmoción ni llanto
Versos tibios que se oyen con desdén.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.

¿Qué pretendéis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apiñado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?
Para mí ya no es grato aquel paseo.
¡Cuánto, oh cielos lo fué!... Mas ya no llama
Mi atención la alta dama,
Que ostenta en su landó lujoso arreo.
Ni el inglés carruaje,
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea,

Ni el caballo, que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.
  Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla
Y del ligero vaporoso rizo,
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.
  ¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?
¿Qué de amantes parejas el arrullo?
¿Qué el continuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?
  Si algún caballo ó coche me atropella,
Apenas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de luz encuentro al paso
Huyen ¡ay! de los míos
Apagados, sombríos:
Y ni un semblante grato, una sonrisa
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El joven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,
No vé do pone el pie. Ya torna en ceño
Su semblante risueño
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto:
Y ya le causa susto,

La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso á entregar algún dichoso.
¡Ay, cielos!... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.

¿A dó me conducís?... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos, helados,
¿Queréis que entre de un baile en el salón?
Ved qué noche, qué cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aquilones braman;
Estas las horas de descanso son.
Mas el aura los suaves instrumentos,
Inundan de dulcísima armonía;
Vencen la luz del día
Las arañas de bronce y de cristal.
¡Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivifica contienen!
¡Qué dulce encanto tienen!
Un aura se respira celestial.
¡Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moca
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.
Ya en raudo remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,
Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.
Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfía,
Y en confuso tropel vienen y van.
Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja,
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salón.
Hojas del fresco Octubre
Que manso viento lleva
Sobre la yerba nueva,
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.
Vamos de aquí,
La confusión
De este salón
No es para mí.
¡Ay! me marea
El raudo giro
Que en torno miro;
Y cuando ondea

La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pie breve
El mío toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mí siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazón...
Me ahogo, sí...
Vamos de aquí,
La confusión
De este salón,
No es para mí.
Yo en él seré
Una fantasma,
Que hiela y pasma
A quien la ve.
Vamos de aquí,
No es el salón del baile para mí.
Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez, disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.
¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina,
Si las montañas hunde y arruina,
Sorbe los mares y el volcán apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apenas dura?
Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazón helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaños,
¿Qué es para el hombre el mundo? Una posada
De que debe partir al otro día.
¿Y cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo que desplómase en la nada?
Sea de un benigno sol el rayo ardiente
Que lo restaura un poco, su consuelo,
Un mullido sillón todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;
La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquila su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento
O en los brazos de un sueño letargoso.
Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracán, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,
El rumor no le asuste de la planta
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni mirar la segur, que se avecina
Para segar su mísera garganta.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA

I

Los toros.

Está en la plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los días
De su rey Felipe cuarto.
Éste ocupa, con la reina
Y los jefes de palacio,
El regio balcón vestido
De tapices y brocados.
En los otros, que hermosean
Reposteros y damascos,
Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos,
Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,
Y de fiesta gran gentío
Los barandales y andamios,
Jardín do á impulso del viento
Ondean colores varios.
Ante la Panadería,
Del balcón del Rey debajo,
Y de espalda á la barrera,
En la arena del estadio,
La guardia Tudesca en ala,
Parece un muro de paño

Rojo y jalde, con cornisa
Hecha de rostros humanos,
  Sobre la cual vuelan plumas
En lugar de jaramagos,
Y brillan las alabardas
Heridas del sol de Mayo.
  Los alguaciles de corte,
Con sus varas en la mano,
A la jineta en rocines,
Están en fila á los lados.
  El Rey, la Reina, los Grandes,
Las Damas, los Cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantos
  En la plaza están, los ojos
Tornan de Toledo al arco,
Por cuya barrera asoma
Un caballero á caballo.

  Vése enmedio de la arena,
Furia y humo respirando,
Los ojos como dos brasas,
Los cuernos ensangrentados,
  Con la pezuña esparciendo
Ardiente polvo, el más bravo
Retinto, á quien dió Jarama
Yerba encantada en sus campos.
  Aun no estrenó la almohadilla
De su cuello erguido y alto
Hierro alguno, ni ha embestido
Una sola vez en vano.
  Entre capas desgarradas

Y moribundos caballos,
Se ostenta como el guerrero
Que se corona de lauro,
  Entre rendidos pendones,
Sobre muros derribados;
Del genio del exterminio
Parece emblema y retrato.

  En un tordillo fogoso,
De africana yegua parto,
Que de alba espuma salpica
El pretal, el pecho y brazos;
  Que desdeñoso la tierra
Hiere á compás con los cascos;
Que una purpúrea gualdrapa
Con primorosos recamos,
  De felpa y ante la silla,
En el testero un penacho,
La cabezada y rendaje
De oro y seda roja, y lazos
  En el codón y en las crines
Soberbio ostenta y ufano;
A combatir con el toro
Sale aquel señor gallardo.
  Viste una capa y ropilla
De terciopelo más blanco
Que la nieve, de oro y perlas
Trencillas y pasamanos;
  Las cuchilladas, aforros,
Vueltas y faja, de raso
Carmesí; calzas de punto,
Borceguíes datilados,

Valona y puños de encaje;
Esparcen reflejos claros
En su pecho los rubíes
De la cruz de Santiago.
Un sombrero con cintillo
De diamantes, sujetando
Seis blancas gentiles plumas,
Corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
En la diestra lleva en alto
Un pequeño rejoncillo
Con la cuchilla de á palmo.
Acompáñanle dos pajes
A pie, de uno y otro lado;
Y llevan las rojas capas
Prontas al lance en la mano.
Síguenle sus escuderos
Y un gran tropel de lacayos,
Los que por respeto al toro
Se van haciendo rehacios.

Puesto enmedio de la plaza
Personaje tan bizarro,
Saluda al Rey y á la Reina
Con gentil desembarazo.
Aquél, serio corresponde,
Ésta muestra sobresalto,
Mientras el concurso inmenso
Prorrumpe en vivas y aplausos.
Era el gran don Juan de Tarsis,
Caballero cortesano,
Conde de Villamediana,

De Madrid y España encanto
  Por su esclarecido ingenio,
Por su generoso trato,
Por su gallarda presencia,
Por su discreción y fausto.
  Gran favor se le supone,
Aunque secreto, en palacio,
Pues susurran malas lenguas...
Pero mejor es dejarlo.
  De todos y todas dicen,
Y es poner puertas al campo,
Querer de los maliciosos
Sellar los ojos y labios.

  Valiente Villamediana,
Cortas las riendas, y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso á paso.
  Este cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.
  El paje de la derecha
Con grande soltura y garbo
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.
  Embiste pues, el jinete
Tuerce el bridón, de soslayo
Pasa el toro, el otro paje
Con la capa hace otro engaño,
  Y lo revuelve, y de nuevo
Lo para. Determinado

Le hostiga de frente el Conde;
Torna á embestir rebramando
  El jarameño; parece
Que el caballero y caballo
Van á volar á las nubes,
Cuando de la fiera intactos
  En primorosas corvetas
Se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
Bramido ronco lanzando,
  Y desplómase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
De la cerviz, do clavado
  Medio rejón aparece,
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente conde
Va al concurso saludando.
  Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos;
  Y, *¡viva!* el pueblo, repite,
Y los caballeros, *¡bravo!*
Y *¡qué galan!* las mujeres,
Haciendo lengua las manos.
  La Reina, que sin aliento
Los ojos desencajados
En jinete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa respirando;
  «¡Qué bien pica el conde!» dice,
Y, «Muy bien,» los cortesanos

Repiten. El Rey responde:
«Bien pica, pero muy alto:»
Y en el rostro de la reina
Clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
Los señores de palacio,
En quienes opinión propia
Fuera un peregrino hallazgo,
Repitieron, no sabiendo
Lo que decían acaso,
Y de entrambas majestades
Queriendo seguir el rastro:
«Pica muy bien; mas debiera
Haber picado más bajo.»

Dos toros más se corrieron,
En que caballeros varios
Con gala y con valentía
Gran destreza demostraron;
Mas es pretender lucirlo
Después del Conde gallardo,
Exceso del amor propio,
Cuyos esfuerzos son vanos.
Ser en punto medio día
Las campanas avisaron
De Santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio
Retiráronse los reyes,
Tras ellos los cortesanos,
Y aquel inmenso gentío,
La plaza desocupando,
Se apiñó en arcos y puertas,

Haciendo un todo compacto,
Que por las primeras calles
Rompió, que luego en pedazos
  Por otras más dividióse,
Después en grupos, que al cabo
Reducidos á familias,
Muy pronto se dispersaron.
  Tal vez así se desagua
Un artificial pantano,
Cuando se abren las compuertas
Del malecón, y apretados
  Torrentes por ellas salen,
Que luego en arroyos varios
Se dividen, y se pierden
Finalmente por los campos.

II

Las máscaras y cañas.

  Siguió el festejo á la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la corte,
Cual lo estuvo la mañana.
  Magníficas son las fiestas
Que la regia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso Monarca.
  De clarines y timbales
Al són que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas,
Que entonan guerrera marcha,

En orden y á lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas
Y al Rey y á la Reina acatan.
De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antigüallas,
Arbolando un estandarte
Con el blasón de sus armas;
Y de su música propia
Al compás de las sonatas,
Mézclanse ligeras luego,
Formando mímica danza,
En concertado desorden
De figuras ensayadas.
Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria,
De los fieles castellanos
Las dobles cueras y calzas,
Las fulgentes armaduras
De los infanzones gala,
Del ligero valenciano
Los zaragüelles y mantas,
De chistosos andaluces
Los sombrerones y capas
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata,
Los turbantes granadinos,
Jubas, albornoces, fajas,
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas,

De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas,
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas,
Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias,
Con los arcos y las flechas
Que el cacique indiano gasta,
Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusión bigarrada.
Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.
Aquí añafiles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Más allá trompas guerreras,
Acá sonorosas flautas:
Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras
Y crótalos en el otro;
Los caracoles de caza
Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio
Aún más aturde que halaga.
Por fin, terminado el baile
Sepáranse las comparsas,
Y hacia lados diferentes,
En orden puestas, descansan.

Y cada una se dirige,
Según la suerte la llama,
A saludar á los Reyes
Con solemnidad y pausa,
Y doblando la rodilla,
Ofrecen á su Monarca
Un rico dón de productos
De aquel reino que retratan.
Despejando luego todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas
Que á unirse en el centro marchan.
Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,
De doce nobles jinetes
Que de dos en dos avanzan.
El Conde de Orgaz, mancebo
De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.
Aquél, en caballo negro
Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,
Vestido sale: figura
Con argentinas escamas
Peto y espaldas, y azules

Lleva plumas y gualdrapa.
  Este, en un caballo blanco,
Cuya crín el oro enlaza,
Ostenta un rico vestido
De terciopelo escarlata:
  El arnés de ojuelas de oro
Y de rica seda blanca,
Con brillantes bordaduras,
Los afollados y faja.
  Unidas las dos cuadrillas
Hacia el regio balcón ambas,
Al paso, la pista siguen
De los jefes que las mandan;
  Y el concurso en gran silencio
Curioso la vista clava
De los dos gallardos Condes
En las brillantes adargas;
  Pues logrando de discretos
Y de enamorados fama,
Interesa á todo el mundo
Ver las empresas que sacan.
  Es la de Orgaz una hoguera,
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote:
Me da vida quien me abrasa.
  Un letrero solamente
Es la de Villamediana
Que dice: *Son mis amores...*
Y luego reales de plata
  Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglón acaba.
La empresa de Orgaz la entienden

Todos, y aciertan la llama
  Que le da vida y le quema.
La del de Villamediana
Despierta más confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.
  Propensión funesta tiene
El joven galán que alcanza
Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,
  De publicarlos al punto
Y de sacarlos á plaza:
Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.
  Muchos el sentido entienden
Que las monedas declaran;
Mas por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.
  Otros, necios, se calientan
Los cascos por descifrarla.
Son mis amores dinero,
Repiten; pero no cuadra
  Con el carácter del Conde
Esta explicación villana.
Mis amores efectivos
Son, dicen otros: ¡bobada!
  Velasquillo el contrahecho,
Enano y bufón que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el Monarca,
  A disgusto de los Grandes
En el balcón regio estaba,
Malicias diciendo y chistes,

Con insolencia y con gracia.
  Y ó por faltarle su astucia
Entonces, ó porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la Reina le acaba;
  O porque ve de mal ojo
Al noble Villamediana,
O por gusto de hacer daño,
Que es de tales bichos ansia,
  Dijo: «Ta, ta; ya comprendo
Lo que dice aquella adarga:
Son mis amores reales;»
Y soltó la carcajada.
  Trémulo el Rey y amarillo,
Y conteniendo la saña,
«Pues yo se los haré cuartos;»
Respondió al punto en voz baja.
  Lo oyó la Reina, y quedóse
Inmóvil como una estatua,
Pálida como la muerte,
Hecha pedazos el alma.

  Las cuadrillas empuñando,
En vez de robustas lanzas,
De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas;
  Se embistieron... Imposible
Es ya que encuentre palabras
Con que describir la fiesta:
Mi atención la Reina embarga.
  ¡Pobre señora! Tampoco
Merece versos y fama

Tal diversión, ya reflejo
Débil, copia degradada
De las justas, que ha dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria; que nunca gloria
En donde hay peligro falta,
Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban;
No los juncos inocentes
Sedas, brocados y holandas.

III

El sarao.

Mientras que la monarquía,
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,
Entre placeres se aturden,
Deleites solo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El Rey de España y sus nobles.
Así una casa se quema,
Así desdichas atroces
Sobre una infeliz familia
El ciego destino pone;
Y en tanto el imbécil ríe,
Duerme el embriagado joven,
Y el niño con sus juguetes
Es el más feliz del orbe.
Si alegre fué todo el dia

Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué menos la noche.
  El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los Señores.
  En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

  Del palacio del Retiro
Llenos están los salones,
De todo el fausto y la gala
Que son honra de la corte.
  En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.
  Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envía
A las celestes regiones:
  De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase que la tierra
Se estaba vengando entonces.
  Varias encendidas ruedas,
Girando luego veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles;

Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa y desparece
Aquel jigantón enorme
De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró á la corte,
Como trasunto ú emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salón de los reinos,
Donde el trono de dos orbes
De oro y terciopelo estriba
En colosales leones,
El Rey está con las damas,
La Reina con los señores,
Y chocolate y conservas,
Y helados pasan en orden,
En marcelinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes
Lucientes piedras adornan
En caprichosas labores.
En seguida se bailaron,
Al compás de alegres sones,
Las folías y chaconas,
Y aun zarabandas innobles.
De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojín para hablarle
La rodilla izquierda pone.
Allí en animados grupos
Lo más rico y lo más noble
De Madrid y España asiste

Y extranjeros de alto porte.
  Estaban pues... ¿de qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entonces
  Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
De amigos nuestros, de hombres
  Que aun los vemos y tratamos,
Aunque ha dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

  En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El fénix de los ingenios,
Con el cabello y bigote
  Blancos como pura nieve;
Y al través se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de joven.
  La insignia adorna su pecho
De la hospitalaria orden,
Y el fuego brilla en sus ojos
Que hace á los mortales dioses.
  Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los pies, de negro azabache
Melena y barba, mas noble
  Aspecto: diciendo chistes
Está, y resuenan conformes

Carcajadas y aun aplausos,
En cuantos hablar le oyen.
  Es don Francisco Quevedo
A quien un clérigo torpe
Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.
  Ser el tal pronto se advierte
Don Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, columna y norte.
  El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y á Madrid encanta
Por sus peinados sermones,
  También es del corro; y luego
En él ufano ingiriióse,
Aun tan niño que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,
  Don Esteban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.
  En una pausa del baile,
De Villamediana el Conde,
Que ha danzado con la Reina,
Alargó la mano á Lope,
  Y como ingenio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Faetonte*,
  En aquel tiempo un prodigio,
Que hoy tiene apenas lectores;

Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.
  Góngora, que envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje,
Sus encomios prodigóle.
  Y todos lo celebraban,
Aunque yo decir no ose
Si sus versos aplaudían
O su favor en la corte.
  Don Francisco Manuel Melo,
En quien se juntan los dotes,
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones,
  Allí está, aunque taciturno:
Sin duda abriga temores
De que el duque de Braganza
Su osado intento no logre.
  El gran don Diego Velázquez,
De pinceles españoles
Gloria, también conversaba
Con tan famosos autores;
  Pero lo que dicen ellos,
Parece que apenas oye,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre:
  Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.
  También el Rey un momento
Afable al corro acercóse,

Hablando de una comedia
Que salió al público entonces,
  Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,
  Todos dieron mil elogios
Y de portento renombre,
Pues que es obra del Rey mismo
No hay en Madrid quien ignore.
  Ya muy tarde entró en la sala,
Saludos y adulaciones
Recibiendo del concurso,
Con aire altanero y noble
  El Conde-Duque: se llegan
Los grandes y Embajadores
Para hablarle, el rey Felipe
Con gran cariño le acoge;
  Y con él, y con el Nuncio
Y un milanés enredóse
En importante coloquio,
Que su atención regia absorbe.

  La Reina, que en gallardía
A todas se sobrepone,
Y cuyos hermosos ojos,
Brillantes como dos soles,
  En Villamediana tuvo
Clavados toda la noche;
Viendo al Rey y al favorito
Con aquellos dos señores
  Extranjeros en consulta,

Que ha de ser larga supone
La conversación, notando
Que hay vivas contestaciones.
  Mas atenta al Conde mira,
Le hace una seña, y veloce,
Aunque con gran disimulo,
De la sala retiróse,
  De una danza numerosa
Que empezó la gente joven
A enredar, aprovechando
La confusión y el desorden.
  Conoció al punto la seña
El favorecido conde,
Que amantes favorecidos
La más pequeña conocen.
  Pero no son ellos solos:
También ¡ay! de ellas se imponen
Los celosos... El Monarca
La seña fatal recoge.
  A salir Villamediana,
Siguiendo su amado norte,
Iba por distinto lado
Del salón, cuando turbóle
  El ver al Rey furibundo,
Que con miradas atroces,
Ojos cual los de un fantasma,
En él sin quitarlos pone.
  Sobrecogido, de mármol,
Ni á dar un paso atrevióse,
Y trabó, disimulando,
Un altercado con Lope.

IV

Final.

En aquella galería,
Adornada de arabescos
Y follajes primorosos,
Con oro y esmaltes hechos,
Y cuya baranda rica
Daba hacia el jardín pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo;
Sin más luz que la que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando á alguien la Reina
Está turbada y con miedo.
Del concurso, de la danza
Y de la orquesta el estruendo,
Que los salones ocupa,
Oye resonar de lejos;
Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al conde un aviso
Atropella todo riesgo.
Siglos los instantes juzga
Con mortal desasosiego,
Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.
Mira al ecuestre coloso,
Inmóvil, obscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla ¡infeliz! al verlo.

Alza á la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravía su mente
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma ó espectro,
En el corredor entróse,
La parte obscura siguiendo,
Un hombre embozado: llega
Por detrás en gran silencio
A la Reina, que, de espaldas
Estando, no pudo verlo,
Y le tapa el noble rostro
Con dos manos como hielo;
Pero delicadas manos
Que agita un temblor ligero.
¿Quién pudiera aproximarse
A dama de tal respeto,
Sino el amante dichoso
Con tan inocente juego?
Así lo pensó ella misma,
Pues aunque al primer momento
De sorpresa lanzó un grito,
Pronto sobre sí volviendo,
«Déjame, Conde, prorrumpe
Con dulces, lánguidos ecos;
No es esta ocasión de burlas,
Pues es de infortunios tiempo.
»Déjame y escucha, Conde.»
Libre la dejan en esto
Las manos que la cegaban

Y se encuentra sola, ¡cielos!
  Con su marido que arroja
Por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
Mas tienen el privilegio
  Las hembras del disimulo,
Y en los críticos encuentros
Mucha mayor agudeza
Que el hombre de más ingenio.
  Al oir que el Rey pregunta
Con voz como voz de infierno,
«¿Yo conde... yo?—En sí tornando
La Reina, responde presto:
  «Sí, señor, de Barcelona...
Y se complace mi pecho
Con tal título, afirmado
Con vuestro poder y esfuerzo,
  »Después que habéis reprimido
La rebelión de aquel pueblo.»
Quedó pasmado el Monarca:
«Discreta sois por extremo,
  »Repuso, y tras pausa leve,
Mas ¿qué infortunios tenemos?»—
Ya alentada la señora,
Pues siempre el paso primero
  Es el trabajoso, dijo:
«No faltan, señor, por cierto;
Dígalo Flandes perdida,
Y de Nápoles los reinos,
  »Donde un ambicioso intenta
Arrebatarnos el cetro;
O Milán, donde la peste

Está tanto estrago haciendo;
»Y Portugal vacilante,
Do traidores encubiertos...»
Aquí atajóla Filipo
Con voz de lejano trueno:
«Basta pues, basta, señora;
Sois francesa, bien lo veo;
Tenéis interés muy grande
En mi honor y en el del reino.
»Veréis que uno y otro al punto
Para aquietaros sostengo,
Y que lavaré con sangre
La mancha que advierta en ellos.»
Calló, y una atroz mirada,
Con el rostro descompuesto,
Que pareció más terrible
De la luna á los reflejos,
Clavó en la Reina, mirada
Que destrozó aguda el seno
De la infeliz, pues temblando
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
Vuela ó se deshace un sueño,
Desapareció el Monarca:
Fué á su cámara en silencio,
Tocó un silbato de oro,
Que tuvo mágico efecto,
Pues salió de los tapices
Al silbido obedeciendo,
Por una encubierta entrada
Un humilde ballestero,

Cual espíritu maligno
Que al conjuro está sujeto.
  Era el favorito oculto
Del Rey; ambos un momento
Hablaron, con tal sigilo,
Que el labio apenas movieron.
  Sólo al irse el confidente,
Se oyó decir al Rey esto:
«Asegura bien el golpe,
Y si has de vivir, secreto.»

  Al sarao y á los salones
Tornó Filipo muy presto:
Aunque pálido el semblante,
Tranquilo y tal vez risueño.
  Volvió á hablar al Conde-Duque,
El cual como astuto y diestro,
Que su Señor encubría
Conoció cuidados nuevos.
  Al cabo de poco rato
Anunciósе que en su lecho
La Reina indispuesta estaba,
Y se dió fin al festejo.
  Sucedió al bullicio alegre,
Al son de los instrumentos
Y á la confusión festiva,
El más profundo silencio.
  Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos
Dejaron de la alegría,
Y tomaron los del duelo,
  Y á vaciarse los salones

Comenzaron del inmenso
Concurso que los llenaba
De galas, vapor y estruendo.
  Villamediana, confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al Monarca con respeto,
  Y éste con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto;
Mientras afable despide
A los otros palaciegos.

  De la desdichada Reina
La favorita corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al Conde sin aliento,
  Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde lejos:
Al fin le alcanza, va á hablarle,
Un papel lleva encubierto;
  Cuando se para y se hiela,
Al Rey de repente viendo:
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.
  El gran tropel que desciende
Las escaleras, violento
Arrastra á Villamediana,
Que va delirante y ciego.
  Su carroza no parece...
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos Condes por las calles
(Qué aun no estaban cual las vemos,

Alumbradas con faroles)
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz *¡Conde!* el cochero
Para al punto los caballos;
Pregunta Orgaz desde dentro;
«¿A cuál de los dos?» De fuera
«Villamediana,» dijeron.
Villamediana al estribo,
Juzgando que es mensajero
De la Reina quien lo llama,
Sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro.
Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo;
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

DON JUAN BAUTISTA DE SALAZAR

MARIANA PINEDA

Del bronce herido el lúgubre lamento
¿Por qué hoy contrista la adorada patria?
¿Murió Isabela? ¿El dictador de Roma?
¡Murió Mariana!
Murió la bella del Genil orgullo:
Murió el portento de virtud y gracias,
La mujer fuerte, la matrona pía,
La prez de España.
Del fanatismo el ponzoñoso aliento,
Secó en su mayo flor que envidia daba
A cuantas flores en verjel eterno,
Ostenta Italia.
Hoy es un lustro que la tierna víctima
Por tigres fuera conducida al ara;
El sayón fiero con tesón rehusa
Allí arrastrarla.
Contra los monstruos que á una muerte in-
La condenaron con protervia insana, [fame
No se la oyera en justo desahogo
Queja liviana.

Nunca tan bella en tenebrosa noche
Tras densa nube apareció Diana,
Como á ese ejido la gloriosa mártir
Salió enlutada.
Síguela un pueblo estúpido, ignorante,
Pero afligido, á la anchurosa plaza.
Por la mejilla del feroz guerrero
Corren las lágrimas.
Suelto el cabello más que el oro rubio,
Hacia el suplicio se encamina impávida,
Mostrando unida á una firmeza heroica
Piedad cristiana.
Sube al cadalso, al sacerdote anima,
Que apenas puede encomendarle el alma:
Hace sus preces y al verdugo entrega
Dócil garganta.
Forzada mano, vacilante, trémula
Da movimiento á la veloz palanca:
¡Angel hermoso! voces mil prorrumpen;
Vuela á tu patria.
Voló radiante y el etéreo espacio
Atravesando cual violenta ráfaga,
Del almo empíreo las eternas puertas
Encontró francas.
Del Trino y Uno ante el augusto solio
El premio goza de virtudes tantas;
Y para el pueblo á quien su vida diera
Paz le demanda.

Á UN AMIGO, PROPONIÉNDOLE QUE SE CASE

Alegre es la vida
Del joven soltero:
Penosa y aciaga
Cuando llega á viejo.
Probártelo, amigo,
Pretenden mis versos:
Felices si logran
Que al casto himeneo,
Pues ya no eres niño,
Doblegues tu cuello.
Cuando era florido,
Robusto mancebo,
Pasaba mi vida
En bailes, conciertos,
Partidas de caza,
Meriendas, paseos,
Tertulias, teatros,
Las mozas y el juego.
Jamás el fastidio
En mí tuvo asiento,
Ni carga pesada
Me fué nunca el tiempo.
Si algún accidente
Turbaba un momento
Mis plácidas horas,
Alivio muy presto
Me daba el cuidado
De padres y abuelos.
Antiguos criados,

Que nacer me vieron,
Tributo me daban
De amor y respeto:
Y amado de todos,
Feliz y contento,
Jamás en los males,
Pensé venideros.
Amor, tan temible
En los años tiernos,
No pudo sus flechas
Clavar en mi pecho;
Y de una belleza
En otra corriendo,
Fijarme en ninguna
Logró el niño ciego.
¿Habrá hombre, decía,
Tan loco ó tan necio
Que cambie placeres
Por deberes serios
Y busque cuidados,
Pudiendo á mi ejemplo,
Sin daño de nadie
Vivir libre y suelto?
Lección muy severa
Me dió pronto el cielo,
Privándome airado
De aquellos objetos
Que dulces, amables,
Solícitos, tiernos,
Mi dicha formaban
Sin yo conocerlo.
Quedéme en el mundo

Como en un desierto,
De mí solo amado
Y á nadie queriendo.
Amigos que un día
Juzgaba sinceros,
Hallé interesados,
Inconstantes, pérfidos.
Falsedad, codicia
E infames manejos
Encontré igualmente
En el bello sexo;
Y las diversiones
Que en un tiempo fueron
Mis caras delicias,
Mis dulces recreos,
En mi edad madura
Ya fueron tormento.
Las musas, los libros,
Las artes, pudieron
Por algunas horas
Disipar mi tedio;
Mas cuando entregado
A mis pensamientos
Su causa primera
Buscaba en mi pecho,
La respuesta siempre
Me daba diciendo:
Amar, ser amado
Es el bien supremo.
Mi estrella propicia
Deparóme luego
De buenos esposos

Un raro modelo;
Aunque perseguidos
De infortunio fiero,
Felices vivían
Amándose tiernos;
Y al ver su ventura
Concebí el proyecto
De hacer yo la mía
Siguiendo su ejemplo.
Busqué una belleza
Que en el nacimiento
Y prendas, llenaba
Todos mis deseos;
Si bien la fortuna,
Celosa del mérito
Nególe los bienes
Que á mí diera el cielo.
Nuestra unión dichosa
Bendijo bien presto
Dándonos robustos
Y hermosos renuevos,
Que forman mi dicha
Y son mi embeleso.
Con ellos jugando
Me rejuvenezco
Y á su edad dichosa
Parece que vuelvo.
Del niño una risa,
De la niña un beso,
En éxtasis dulce
Me dejan suspenso;
Y no hay en el mundo

Dignidad, empleo,
Riquezas, honores,
Coronas ni imperios,
Que no despreciara
Por mis rapazuelos.
Crecer y formarse
Con placer observo
Los que hacia la tumba
Me impelen creciendo;
E inmortal me juzgo,
Cuando considero,
Que ya reemplazado
Por mis hijos quedo.
Bien puede la parca
En este momento
Cortar de mi vida
El hilo ligero:
Impávido aguardo
Su golpe funesto,
Pues dejo en el mundo
Otros *yo* viviendo.
Las lágrimas tiernas
Que al decirlo vierto,
Placer inefable
Son para mi pecho
Y para mis hijos
Cuando llegue el tiempo,
Podrán ser lecciones
De mucho provecho.
El cuadro animado
Que aquí te presento
Decídate, amigo,

A seguir mi ejemplo.
Dirásme que al cuadro
Le falta el reverso;
Pero no hay pesares
Tan duros, tan negros
Como verse solo
Anciano y enfermo.
Pudiera citarte
Terribles ejemplos;
Mas tengo cansados
La pluma y el estro;
Y así repetirte
Solamente puedo
Que *alegre es la vida*
Del joven soltero;
Penosa y aciaga
Cuando llega á viejo.

FRAGMENTOS DE UNA EPÍSTOLA SATÍRICA
calificada por el autor de Resumen Histórico de la Revolución española desde el año de 1808 hasta el de 1837.

El ídolo hasta entonces de la Iberia,
Fernando el deseado volvió al trono
Y á la historia prestó triste materia;
Pues destruyendo con fatal encono
Lo bueno que encontró, del fanatismo
Y estupidez se declaró patrono.
Absurdo y duro fué su despotismo
Y los males y errores de un reinado
Tan infausto no caben en guarismo.

Su reino de Ultramar emancipado
Se obstinó en recobrar, y los dineros
Disipó neciamente del Estado.
Sugestiones acaso de extranjeros,
Miedo al mar y á la fiebre y vil codicia
Dieron la *libertad* á los iberos:
Mas libertad debida á una milicia
Sin disciplina, fruto diera amargo,
Aun cuando la apoyase la justicia.
Tres años duró solo y sin embargo
Para el hombre pacífico, período
En verdad fuera demasiado largo.
En los últimos meses sobre todo
El nombre de patriota fué en España
Sinónimo de Escita ú Ostrogodo;
Y la constitución una patraña,
Un santo ó contraseña de los pillos,
Cuyo mentido celo á nadie engaña.
Por sus vidas temblando y sus bolsillos
Diez millones ó más de ciudadanos
Romper anhelan tan pesados grillos;
Mas estando las armas en las manos
De aquellos que el desorden alimenta,
Sus esfuerzos parciales fueran vanos.
Una disolución social, sangrienta,
Teme todo patriota verdadero,
Y aquel que puede del país se ausenta.
Galos ¡qué oprobio! imberbes, del ibero
Protegidos que al Corso rechazara,
Llegaron sin estorbo al trocadero;
Y al compás de los vivas y algazara
Segunda vez el código funesto

Cayó, que tanta sangre nos costara.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La renta de diez años devorada
Por los vándalos fué: la deuda inmensa
Ha reducido el crédito á la nada.
¿Qué bienes nos ha dado en recompensa?
La discordia civil más encendida
Cada vez se va haciendo y más extensa.
La facción al principio reducida
A una parte del Norte, ya pasea
Todo el suelo español llena de vida.
Desde la capital hasta la aldea
De libertad el nombre se maldice
Y paz á toda costa se desea.
¿Qué libertad es esta, el pueblo dice,
Que para enriquecer á unos tunantes
A mí me hace más pobre é infelice?
Sólo para el diluvio de cesantes
Que han hecho diez ó doce gabinetes
Pago tres tantos que pagaba antes.
Se han quitado cogullas y golletes
Para hacer uniformes y chaquetas...
¿Y yo he de alimentar cien mil pobretes?
Los cuartos que les dábamos, pesetas
Y aun muchas veces duros son ahora:
Las alforjas se han vuelto bayonetas.
¿En qué ramo se advierte una mejora?
¿Se han hecho por ventura economías?
¿Nuestra deuda se acrece ó se aminora?
Esas tan decantadas garantías

Para la propiedad, ¿no han resultado
Leyes de expoliación, leyes impías?
  ¿Es menos insolente el empleado
Desde que libertad se cacarea?
¿Es por miedo á la prensa más honrado?
  ¿Están en más honor Temis y Astrea
Y la ley inflexible para todos
Escarmienta al que insulta ó apalea?
  ¿No la interpreta el juez de varios modos
Obligado á ser bajo y complaciente
Con el que quita y da los acomodos?
  ¿No es absurdo acusar al pretendiente
De un no experimentado despotismo
Cuando déspota tanto se consiente?
  ¿Se acata por ventura el cristianismo
Y se establece en punto á religiones
Un justo y racional tolerantismo?
  ¿Se respetan aquí las opiniones
Como en todo país libre de veras
Y se oponen razones á razones?
  Abiertas antes todas las carreras
Estaban para mí y en el Estado
Las dignidades ocupé primeras.
  Con la ley misma siempre fuí juzgado
Que lo fueron el noble ó el magnate;
Así en punto á igualdad nada he ganado.
  Si borceguí aquél lleva y yo alpargate,
Desde Adán otro tanto ha sucedido
Y aspirar á impedirlo es disparate.
  Dueño de mi persona siempre he sido,
No siervo como el ruso y el polaco,
Y del bien que mi industria me ha adquirido.

La consecuencia, pues, forzosa saco
De que á la privación de libertades
Muy neciamente mi pobreza achaco.
Verdad es que no tuve facultades
Para impedir que el trono sin dar cuenta
Me exigiese arbitrarias cantidades;
Mas facultad tan dura, tan violenta
Ya vemos la disfruta cualquier pillo
Que en la poltrona por azar se sienta;
Y encuentro menos duro y más sencillo
Entregar á uno solo malo ó bueno
Que no á muchos el mísero bolsillo.
¿A dónde existe el saludable freno
Que á pelones sin patria, á unos cualquieras
Impida disponer del bien ajeno?
¿Luego son falsedades y quimeras
Todas las retumbantes palabrotas
A mi oído hasta aquí tan lisonjeras?
¿Luego los que juzgaba patriotas
Son solo unos solemnes impostores
Y aquellos que los creen unos idiotas?
Esto repite el pueblo y sus clamores
Por sofocar trabajarán en vano
Los que de sus desgracias son autores.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

SERENATA

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores;
Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.
Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,
Le dice Delio á su hermosa
En cantilena amorosa:
«Yo te adoro.»
En el regazo adormida
Del blando sueño, presentes
Mil delicias,
En tu ilusión embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.
Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa

Blando coro
Forman, diciendo á mi acento,
El arroyuelo y el viento:
«Yo te adoro.»
En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,
Y allí esparcido se siente
Dulce aroma de azucenas
Regalado.
Que en fragancia deleitosa
Vuela también á la diosa
Que enamoro,
El eco grato que suena,
Oyendo mi cantilena:
«Yo te adoro.»
Del fondo del pecho mío
Vuela á tí suspiro tierno
Con mi acento:
En él, mi Elisa, te envío
El fuego de amor eterno
Que yo siento.
Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De tí imploro
Que le escuches con ternura,
Y le oirás como murmura:
«Yo te adoro.»
Despierta y el lecho deja
No prive el sueño tirano
De tu risa
Á Delio, que está á tu reja

Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.
Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro;
Sal, que gentil enramada
Dice, á tu puerta enlazada:
«Yo te adoro.»

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman,
Por su bravura, el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.
La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.
«Navega, velero mío,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza

Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.
»Veinte presas
Hemos hecho
Á despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
Á mis pies.»
Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra,
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
Á quien nadie impuso leyes.
»Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
Á mi valor.»
Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver

Como vira y se previene
Á todo trapo á escapar;
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.
»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.»
Que es mi barco mi tesoro...

«¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me río:
No me abandone la suerte
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena
Quizá en su propio navío.
»Y si caigo
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo
Sacudí.»
Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor
Aquilones:
El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones;
»Y del trueno
Al son violento
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»
Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

DE EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

Está la noche serena,
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.
Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero: su alba frente
Tímida apenas levanta,
Y el horizonte ilumina,
Pura virgen solitaria,
Y en su blanca luz süave
El cielo y la tierra baña.
Deslízase el arroyuelo,
Fúlgida cinta de plata,

Al resplandar de la luna,
Entre franjas de esmeralda.
  Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez se duermen las auras.
  Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas,
Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,
  Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman.
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus alas
  Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Edén en la morada.
  ¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?
  Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda;
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano arranca.
  Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas;
Mágico ensueño parece
Que halaga engañoso el alma.
  Ora, vedla, mira el cielo;
Ora suspira y se para:

Una lágrima sus ojos
Brotan acaso, y abrasa
  Su mejilla: es una ola
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.
  Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardín recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se para.
  Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua:
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.
  Son ilusiones que fueron:
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó...
Ya te olvidó el que tú amas.
  Esa noche y esa luna
Las mismas son que miraran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.
  ¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraída tú arrancas,
  ¿Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebata?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusión y tu esperanza:
  Deshojadas y marchitas
¡Pobres flores de tu alma!

Trozos de «El Diablo Mundo».

CANCION DE LA MUERTE

Débil mortal, no te asuste
Mi obscuridad ni mi nombre;
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.
Isla yo soy del reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.
Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer,
Y aduerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocía,
Mientras el ala sombría
Bate el olvido sobre él.
Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,

Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni color,
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía:
No doy placer ni alegría,
Mas es eterno mi amor.
  En mí la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda,
Y árida, clara, desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sabio muestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.
  Ven y tu ardiente cabeza
Entre mis manos reposa;
Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré.
Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.
  Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusión.
  Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,

Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazón.

LA POMPA TRIUNFANTE

Y EL HIMNO DE LA FUERZA VITAL DEL UNIVERSO

Cuando á otra parte con estruendo el suelo
Crujir y el muro de su estancia siente,
Y ven sus ojos un inmenso cielo
Desarrollarse en luz de oro candente.
Rico manto de lumbre y pedrería,
Tachonado de soles á millares,
Olas de aljofarada argentería
Meciendo el aire en esparcidos mares,
Y un sol con otro sol que se eslabona
En torno á una deidad orlan su frente,
Y los rayos de luz de su corona
En un velo la envuelven transparente.
Majestuosa, diáfana y radiante,
Su hermosura en su lumbre se confunde:
Agitada columna coruscante,
Júbilo y vida por doquier difunde.
Eterno amor, inmarcesibles glorias,
Armas, coronas de oro y de laurel,
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,
Ilusiones, riquezas y poder:

Eterna vida, eterno movimiento;
Los sueños de la dulce poesía,
El sonoro y quimérico concento
De la rica extasiada fantasía;
El eco blando del primer suspiro,
La dulce queja del primer amor,
La primera esperanza y el respiro
Que pura exhala la aromosa flor;
La faz hermosa de la noche en calma
Y el son del melancólico laúd,
Los devaneos plácidos del alma,
El sosiego y la paz de la virtud;
La santa dicha del hogar paterno,
Del amigo la plática sabrosa,
El blando sueño en el regazo tierno
De la felíz, enamorada esposa;
El puro beso del alegre niño
Que en torno de sus padres juguetea,
Prenda de amor, emblema del cariño
En que el alma gozosa se recrea;
La fe, la religión, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo,
Y de las ciencias el estudio grave
Que alza la mente á la región del cielo;
La máquina del mundo y su hermosura
Que arrobado el espíritu contempla;
La augusta soledad que la amargura
Tal vez del alma combatida templa;
De la pasión el goce turbulento,
Siguiendo atropellado á la esperanza,
Ligero tamo que arrebata el viento
Y despeñado á su ilusión se lanza;

El aplauso del mundo y la tormenta
Y el afán y el horrísono vaivén,
El noble orgullo y la ambición sangrienta
De nombre avara y de esplendente prez;
Del tronante cañón el estampido,
El lujo y el furor de la batalla,
Del corazón el bélico latido
Que hace que hierva la abrasante malla;
El oro que famélico codicia
El hombre y en montones lo atesora,
Alimento infernal de la avaricia
Que hambre más siente cuanto más devora;
La crápula, el escándalo y mareo
De en vicios rica estrepitosa orgía;
El pudor resistiéndose al deseo
Y mezclándose el vino en la porfía;
La alegre danza en movimiento blando
Que orna voluptuosa liviandad,
Al goce, al apetito convidando
Con sus mórbidas formas la beldad;
Cuanto fingió é imaginó la mente,
Cuanto del hombre la ilusión alcanza,
Cuanto creara la ansiedad demente,
Cuanto acaricia en sueños la esperanza
La radiante visión maravillosa
Brinda con mano pródiga en montón
Y en óptica ilusoria y prodigiosa
Pasar el viejo ante sus ojos vió.
Y entre aplausos y músicas y estruendo,
Y de ella en pos la humanidad entera,
Y en torno de ella armónica volviendo
En giro eterno la argentada esfera.

Suenan voces y cánticos sonoros
Que el aire en ecos derramados hienden,
Y ángeles mil, en matizados coros
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.
Y una voz como ráfaga de viento,
Palpitante de vida y de armonía,
Sobre el vario magnífico concento,
Así cantando resonar se oía:
¡Salve, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber,
Puro germen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus pies!
Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,
Tú su lodo modelas, y creas
Miles seres de formas sin fin.
Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez;
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfante otra vez.
Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas,
Tú coronas la aurora de luz.
Gratos ecos al bosque sombrío,
Verde pompa á los árboles das,
Melancólica música al río,
Ronco grito á las olas del mar.
Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,
Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviente metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.
Tú las cárdenas nubes extiendes,
Negro manto que agita Aquilón;
Con tu aliento los aires enciendes,
Tus rugidos infunden pavor.
Tú eres pura simiente de vida,
Manantial sempiterno del bien:
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu ser.
Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes que anima tu faz.
De tus obras los siglos que vuelan
Incansables artifices son:
Del espíritu ardiente cincelan
Y embellecen la estrecha prisión.
Tú en violento, veloz torbellino
Los empujas enérgica, y van:
Y adelante en tu rudo camino
A otros siglos ordenas llegar.
Y otros siglos ansiosos avanzan,
Desparecen y llegan sin fin,
Y en su eterno trabajo se alcanzan,
Y se arrancan sin tregua el buril.
Y afanosos sus fuerzas emplean
En tu inmenso taller sin cesar,
Y en la tosca materia golpean,
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Océano
Flota el hombre en perpetno vaivén,
Y derrama abundante tu mano
La creadora semilla en su ser.
Hombre débil, levanta la frente,
Pon tu labio en su eterno raudal:
Tú serás como el sol en Oriente,
Tú serás, como el mundo, inmortal.

DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ

¡POBRES NIÑOS!

¡No llores, niño inocente,
Porque el tapiz de tu lecho,
En mil harapos deshecho
No conserve tu calor;
No llores, no, si una madre
Tienes, que en su seno amigo,
Ofreciéndote un abrigo,
Te acaricia con amor!
¡Eres más feliz que el huérfano
Que duerme en cama suntuosa
Sin que sus labios de rosa
Cierre el beso maternal;
Que mientras él se desvela
Sin que le aduerma un cariño,
Tú le encuentras, pobre niño,
Y hallas alivio á tu mal!
¡Él no, y es un inocente
Como tú, y es tan hermoso
Como tú, y tan candoroso:
Los dos vivís una edad!

¡Y los dos lloráis: tú, pobre,
Lloras temblando de frío,
Y el otro llora, ¡hijo mío!...
Sin saberlo, su orfandad!
¡Ah! no lloréis, mis queridos,
Que hay para los dos un cielo,
Para los dos un consuelo,
Un manto para los dos!...
¡Hay una Virgen que vela
Por los niños desgraciados,
Y deja á los fortunados
Para que los vele Dios!

VILLANCICOS

¡Madre, á la puerta hay un niño
Más hermoso que el sol bello,
Y dice que tiene frío,
Porque el pobre viene en cueros!
—¡Anda, dile que entre,
Se calentará,
Porque en este pueblo
Ya no hay caridad!

¡Entra el niño, tan desnudo
El pobre, que del rocío
Con que le cubrió la noche,
Venía solo vestido!
¡El divino rostro
Muerto y sin color,

Y todo temblando
Que era compasión!

¡Así que le vió la madre
De la mano con su hija,
Echó á llorar con amor,
De lástima que tenía!
¡Que era buena madre
La pobre mujer,
Y á todos los niños,
Los quería bien!

¡Quiere cogerle en sus brazos
Y quiere darle mil besos,
Y la pobre no se atreve,
Y tiene al niño respeto!
¡Que tiene aquel niño
Tanta majestad,
Que á ella le parece
De Casa Real!

El niño que ha conocido
Que la pobre le temia,
Él mismo se fué á sus brazos
A recibir sus caricias,
Diciéndola tierno
Con divina voz:
¡El cielo bendice
Tu buen corazón!

¡Abrázame y dame besos
Porque me muero de frío,

Y los besos de las madres
Vuelven la vida á los niños!
¡Dame, dame besos,
Que quiero vivir
Contigo y tu hija
Quedándome aquí!

SONETO

¡Cuán bella sale la naciente aurora
Del fresco seno de los claros mares!...
¡Cuán bello el sol se inclina en los altares
De la noche feliz que le enamora!...
¡Cuán bella es la vespertina hora,
Cuando, al son de sus rústicos cantares,
Vuelve el pastor á sus agrestes lares
Y lágrimas de amor la luna llora!...
¡Cuán bello el cielo azul baña en reposo
A la luz de sus astros nuestra vida!...
¡Mas que hallará que le parezca hermoso
El que guarda en el alma dolorida,
Que halló feo y vacío y mentiroso
El corazón de una mujer querida!...

DON ANTONIO ROS DE OLANO

(Marqués de Guad-el-Jelú).

EN LA SOLEDAD

I

¡Madre naturaleza!... Yo que un día,
Prefiriendo mi daño á mi ventura,
Dejé estos campos de feraz verdura
Por la ciudad donde el placer hastía,
Vuelvo á tí arrepentido, amada mía,
Como quien de los brazos de la impura
Vil publicana se desprende y jura
Seguir el bien por la desierta vía.
¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
Si árboles, flores, pájaros y fuentes
En tí la eterna juventud reparte,
Y son tus pechos los alzados montes,
Tu perfumado aliento los ambientes,
Y tus ojos los anchos horizontes?

II

Más precio en este valle y pobre aldea,
Términos de mi vida peregrina,
Despertar cuando el aura matutina
Las copas de los árboles menea;
Y al volver de mi rústica tarea,
Hora, en la tarde, cuando el sol declina,
Mirar desde esta fuente cristalina
El humo de mi humilde chimenea,
Que en la rodante máquina lanzado
Cruzar como centella por los montes;
Pasar como relámpago el poblado;
Robar, en fin, al péndulo un segundo,
Y en pos de los finitos horizontes,
Sentir la *Nada* al abarcar el mundo.

III

Hay junto á la ventana de mi estancia
Un laurel de la sombra protegido,
En donde guarda un ruiseñor su nido
Apenas de mi mano á la distancia:
Y entre el verde follaje y la fragancia,
Celoso, ufano, amante, requerido,
Dice su amor con lánguido quejido
Y dulce y elevada consonancia.
Las horas de la noche una tras una
En sigilosa hilera huyendo el día,
Siguen el curso á la encantada luna...
Y en esta soledad, el alma mía
Goza, sin envidiar cosa ninguna,
De su quieta y feliz melancolía.

IV

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
En la celda de Yuste recogido?
El quiso relegarlas al olvido,
Y ellas emponzoñaban sus entrañas.
Suele el que nace humilde en las cabañas
Dejar su techo, y olvidar su ejido,
Por el lucro del mar embravecido,
Por el sangriento lauro en las campañas.
Mas al recto varón que honró su historia,
Sin codiciar fortuna envilecida,
Ni envidiar de los Césares la gloria,
Un apartado albergue le convida
A esperar sin tormento en la memoria
La breve muerte de su larga vida.

EL SIMUN

La soledad lo aborta sin destino
Sobre el páramo inmenso del desierto;
A su presencia duélese el Mar Muerto
Y gime triste el campo palestino.
Con polvorosa crin borra el camino,
Y á su bochorno el caminante incierto,
El cuerpo tiende, el hálito cubierto
Del raudo y abrasante remolino.
¡Pasó!... Y el tigre bota en la candente
Arena, en que el león ruge erizado
Y silba y se retuerce la serpiente...
¡Pasó!... Y en la quietud del despoblado
La ciudad solitaria del Oriente
Llora con el Profeta su pecado.

LENGUAJE DE LAS ESTACIONES

EN EL INVIERNO

El hogar.

¿Ves, hermana, cómo acude
Tras la aflicción el consuelo,
Sin que el corazón lo advierta
Ni lo procure el deseo?
Antes, al volver la vista
A la cruz del cementerio,
Vertías acerbas lágrimas
Con amargo desaliento;
Y hoy, con los ojos enjutos,
Pronunciando el Padrenuestro,
Han apartado tus manos
La nieve del santo suelo,
Donde de nuestros mayores
Yacen los mortales restos,
Cuyas almas inmortales
Te bendicen desde el cielo.
Se han cambiado tus sollozos
Y los ayes de tu pecho
En plácidas melodías
Que acusan otros afectos...
Y esa misma cantilena
Del ángel que guarda el sueño
De los niños, la aprendiste
En el regazo materno.

Nuestra madre te la dijo,
Abrigándote en su seno,
Con arrullo de paloma
Cuando ampara á sus hijuelos.
Y la rüeca, con sus flores
De siempreviva al extremo,
Y el huso de plata fina,
Con la inicial de su dueño;
Ese infatigable huso
Que tus delicados dedos,
Tras levísimo chasquido,
Lanzan con ágil gracejo,
Y ese copo bien peinado
Del lino de nuestro huerto,
Que vas desatando en hebras
De finísimo cabello;
La rüeca, el huso y el lino
Son que allá en mejores tiempos,
Al compás de las canciones
Del ángel que guarda el sueño,
Sirvieron á nuestra madre,
Al arrimo de este fuego,
Para hilar blancas madejas
De que luego se tejieron
Las sábanas de tu cuna
Y las de mi breve lecho.
¡Oh, piadosa hermana mía!
¡Cuán dulce contentamiento
Sentimos los dos ahora
En el altar del recuerdo;
En este hogar heredado
Llama de calor perpetuo

Que avivaban nuestros padres
Y sus padres encendieron!...
¡Así nosotros, hermana,
Venturosos herederos
De sus cristianas costumbres,
De su hacienda y de su techo,
Podamos legar el fruto
De sus honrados consejos
A hijos dignos de nosotros
Y dignos de sus abuelos!
Que en mal hora los que heredan
Olvidan sus venideros;
Y los que son en el mundo,
Porque sus mayores fueron
Poderosos en riqueza,
En la ostentación egregios,
Y disipan en festines,
Bajo artesonado regio,
Hacienda que no fundaron
Con su ciencia ni su esfuerzo,
Afrentan en ocio impuro
Honor que no merecieron.
Yo, á ejemplo de nuestros padres,
Hermana mía, prefiero
A manjares no soñados
Por el natural deseo,
Frugal mesa abastecida
Para el preciso sustento,
Con los frutos generosos
Que rinde al trabajo el suelo:
Y, al mirarlos sazonados,
Con la forma en que nacieron,

Servidos en blanca loza
Sobre limpísimo lienzo,
Digo con gozo en el alma,
Y en quien soy los ojos puestos:
«Aves son de mis corrales,
Que en mis corrales nacieron;
Corderos de mis ovejas;
Caza que abatí en su vuelo;
Vino tinto de mi viña,
Trasegado, limpio, añejo;
Verduras de mi cercado,
Y frutas de mis injertos....»
Así Dios no me perdone,
Hermana, si te exagero:
Pero, si se me obligase
A optar entre dos extremos:
Vivir sobrado de fausto
Fuera del hogar doméstico,
O empobrecer mi comida
Aquí, al amor de este fuego,
¡Hermana! Dios no me ayude
Si no es verdad que prefiero
A dejar mi amado asilo,
Un negro pan de centeno,
Con las frutas arrugadas
Que guardas para el invierno.
Mas yo advierto que vencimos
Esta velada de Enero;
Y, pues nos anuncia el gallo
Que ha dormido el primer sueño,
Hermana, arropa la lumbre
Con la ceniza, y dejemos

La guarda de nuestro ejido
A mi leal compañero.
Ni asechanzas de la envidia
Ni injustas venganzas temo;
Pues, al fin, no tiene el hombre
Mejor amigo que el perro.

EN LA PRIMAVERA

I

La mañana.

Ungida en blando rocío
Despierta amorosa el alba,
Tímida beldad que en sueños
Su amante, el sol, busca y llama.
Claros sus ojos azules
De luminosas pestañas,
Al beber luz en los cielos,
La luz al suelo derraman.
Salúdala el Santuario
Con la voz de la campana,
Mientras le dice sus himnos
En los aires la calandria;
Y al influjo cariñoso
De su espléndida mirada,
Se esponja de amor la tierra,
La vida ríe en las plantas.
Ancha clámide de nieve
Desprenden de sus espaldas
Los cerros, al anunciarse

De Abril la augusta mañana;
Y de las cumbres desciende
Libre, saltadora el agua,
En elegantes revueltas
Cintas de cristal y plata.
  Recibe el amante valle
Con flores su desposada;
Y ella, tras húmedos besos,
Se aduerme entre verdes algas.
Las festivas, redolentes,
Ligeras brisas, resbalan
Sobre el mar ó sobre flores,
Entre el cielo y las cabañas;
Y se mecen halagüeñas
En mil idas y tornadas,
Bajo formas infinitas,
Del hombre las esperanzas.
  Puesta la popa á la arena
Y la proa á la bonanza,
Dejando el refugio amigo,
Levadas las corvas áncoras,
Libra las turgentes velas
La nave de Dios fiada;
Que así la ambición fenicia,
Mostró surcando las aguas,
Cual las mercedes del suelo
Por oro en la mar se cambian.
  El labrador que abrió el surco,
Y de sus trojes preciadas
Arrojó fértil semilla
Con mano atrevida y franca,
Cela la espiga naciente

Sobre campos de esmeralda,
Mientras que, libres del yugo,
Los tardos bueyes descansan.
  Óyense alegres canciones
De las rústicas zagalas:
Amor las pone en sus labios,
Bien sentidas, mal calladas,
Ecos que acaso responden
En su delectable pausa
A las trovas que en la noche
Profirió la serenata...
Y aun dicen que la doncella,
Desde la puerta foránea,
Al huir la blanca luna
De la aurora sonrosada,
Sorprendió junto á la reja,
Defensa de la ventana,
Donde no llegan los labios,
Aunque los ruegos alcanzan,
Al amante que allí puso,
Como regalo á la *Maya*,
Ramos de fresca verbena
En generosa guirnalda.
¡Oh naturaleza! ¡Oh madre!
Cuando presentas tus galas,
Amor encuentra do quiera
Sus ofrendas y sus aras.
No de otra suerte á tu influjo
La entumecida crisálida
Rompe la mística celda,
Y en metamorfosis rápida,
De oro y de carmín lucientes

Despliega veloces alas,
Y vuela al altar de Flora
En nueva vida agitada:
Gusano ayer en su cárcel,
Gira libre, inquieta, vaga,
Cual si, guardando memoria
De su brevedad pasada,
Sintiera que no le cabe
Gozar delicias tan anchas.
Muge la esbelta novilla
Desde el otero á distancia;
Primer celo en que se enciende
Al pacer la verde grama...
Suma de gala y de fuerza,
Monstruo de fiereza y gracia,
El toro al clamor amante
La frente adusta levanta.
Por más saciar el olfato
Las hondas fosas dilata:
Enhiestas las finas puntas,
Rueda la hirviente mirada:
Juega la flexible cola
Con ondulantes lazadas;
Y, azotándose los flancos,
Cual con serpiente irritada,
Rayo que en trueno responde
Pronto al imán que le llama,
Rápido como el relámpago,
Parte, arrolla, triunfa ó mata.
Los árboles se columpian
En el seno de las auras;
Las aves pueblan el éter;

Los ríos serenos pasan...
Y, en tanto, un eco distante,
Que el viento interrumpe á ráfagas,
Trae y lleva los acordes
De la primitiva flauta.
Son los de la edad de oro
Trinos de la flauta pánica,
Recreación de pastores,
Mientras pacen sus manadas
Y vénse en libre careo
Correr del monte á la falda
Menudas, ágiles, limpias,
De vario color pintadas
Generación de Amaltea,
Las mil esparcidas cabras.
Y, en medio al vario conjunto,
Señor entre sus esclavas,
Celoso barbón hirsuto,
De corona esparramada,
Y olor genial, que denuncia
A los machos de su raza,
Dispensador de favores,
Dejando va por do marcha
Vapor de naturaleza,
Dulce á sus hembras ingrávidas.
¡Horizontes de la vida!
¡Limitaciones humanas!
Tal traéis á la memoria
Las religiones pasadas!
Tal veo en el templo egipcio
La adoración humillada
Ante el símbolo monstruoso

Del padre de las cabañas;
Y aun más cerca á los sentidos,
Contemplo en Grecia hermanadas
Deformidades cupídicas
É idealidades de estatua,
Y el mito erótico, en donde
Triunfa del vigor la gracia
Tras la lid voluptuosa
Apenas significada,
Si el torpe bruto rendido
Tan flojamente se amansa
Que sobre sus rudos lomos
La gracia gentil cabalga.
Así, al contemplar de lejos
La mar tranquila, rizada
De nívea espuma, que en iris
Los rayos del sol desata,
Paréceme ver que nace
De las ondas azuladas,
Bella cual si á mi deseo
Mi libertad la evocara
Y á mi voluntad surgiera,
Sensible diosa pagana,
La Venus chípria, meciéndose
En leve concha de nácar;
Por cendal de sus contornos
Las sueltas madejas áureas;
Con pompa de blancos cisnes,
Que sumisos la acompañan,
Y Céfiros y Nereidas
Que la acercan á la playa.
Oigo el plácido concierto

De los orbes en la estancia
Del Infinito, do viven,
Giran, se atraen y se aman;
Y esa sublime armonía
Es el suspiro, es el habla
De la Creación entera
Que suspira enamorada.

II

La Golondrina.

¡Bien venida la inocente
Huéspeda, de donde quiera
Que llegue al humilde techo
Del triste que la desea!
¡Oh mi mansa golondrina!
¡Oh mi dulce forastera!
¡Bienvenida! A tu llegada
Mantuve abierta la reja;
Tu trino suena en mi oído;
Tus alas, con las esencias
De otras auras de otros climas,
Mi frente árida refrescan;
Y con versátiles giros
Las vigas añosas cuentas,
Y reconoces la estancia
Donde tus hijos nacieran.
¡Aquí fueron tus amores,
No turbados por la fiesta
Ni por el llanto; aquí fueron,
En la paz de esta vivienda!

Allí tu nido te aguarda;
Tus hijos no lo recuerdan:
Tú vuelves á visitarlo,
Y yo lo guardé en tu ausencia.
Pliega tus nítidas alas,
Y tus leves plumas peina;
Reposa, mi peregrina,
Mi huéspeda y compañera.
¡Quién sabe! Acaso tu vuelo
Posaste la vez postrera
En la ascética, ignorada
Choza del anacoreta.
De Tierra Santa tal vez,
Nueva peregrina, vengas,
Y del Líbano doblaste
Ayer las cumbres excelsas.
¡Quién sabe! Tal vez ha poco
Que, del Sinaí en la cresta,
Oías los regios salmos
Que la religión eleva.
Acaso en Jerusalén
Tus últimos hijos quedan,
Nacidos junto á un pesebre,
Como el Redentor naciera.
Las sublimes soledades
De aquella cristiana tierra
Cruzaste tal vez, llevada
Del simun en la carrera.
Tal vez en la Palestina,
Do el sol enciende la arena,
Rompiendo la estiva calma
Jadeabas pasajera ...

O bebiendo en el Jordán
Del agua de la pureza,
Para alentar tu camino
Sobre la triste Judea,
Volaste en torno á las tumbas
Do reposan los Profetas,
Y en el sepulcro de Cristo
Se oyó tu mística queja.
¡Quién sabe! Acaso rasante,
Desempulgada saeta,
Mediste de un solo sulco
La ya derrumbada Grecia;
Ó acaso de populosas,
Profanas ciudades vengas,
De bordear los palacios
Que te cerraban sus puertas,
Para que los artesones
De esmalte y oro, y las regias
Randas y tapicería
Que al lujo tributa el persa,
Y los jarros de la China,
Y las lunas de Venecia,
Tu nido de pobre barro
No manchase ni ofendiera!
Si así es, mi peregrina,
Noble avecilla, los deja:
¡Inhospitalarios son
Los magnates de la tierra!
Tuerce tu rumbo del centro
A que afluye la riqueza;
Que es el hombre en la fortuna
Menos humano que fiera.

El escándalo del rico,
La risa de las rameras,
La orquesta de los saraos,
Los clarines de la guerra,
Los tumultos, gritería
Y ceremoniosas fiestas,
Estruendos son ofensivos
A tu sencilla existencia.
Libre en el aire del campo,
Cuando la aurora despiertas
Y con las primeras sombras
Del crepúsculo te albergas:
Los gozadores del mundo,
Los que esas ciudades pueblan,
Cierran sus ojos al día;
La noche los desenfrena.
Tú eres la hija del ambiente,
Y del alba, y de las frescas
Florecillas amorosas
Que Abril y Mayo despliegan.
Familiar, pura y sencilla,
Dios no puso en tí defensa,
Y dijo, porque te amaran:
«Anuncia la primavera,
Y engéndrese en tí el instinto
De la emigración, y lleva
Tu mensaje á cien regiones,
Sin errar nunca la senda.
Cruza mares y desiertos,
Las ruinas visita, y llega
Al asilo en donde mora
La paz en santa modestia.»

¡Y fuiste! Y sin duda el dedo
De la sabia Omnipotencia
Trazó en el aire el camino
Que á cien regiones te lleva.
Misterios son tus jornadas,
Viajes de escondida ciencia,
A donde sólo te sigue
La inspiración del poeta.
¡Oh mi mansa golondrina
Y mi dulce compañera!
¡Bienvenida seas al techo
Del triste que te desea;
Y así tus hijuelos guarden
Memoria de mi vivienda,
Como yo de tí me acuerdo
En los meses de tu ausencia!

DON JULIÁN ROMEA

ELLA

Vuelve á mi mente encendida,
Vuelve, recuerdo adorado:
Tú del corazón llagado
Embelleces el dolor,
Como el mágico preludio
De la lira del Profeta,
Como al alma del poeta
El primer sueño de amor.
Yo la miré, dulce, bella,
Como la flor en su broche;
Como el astro de la noche
Melancólica vagar,
Y pura como su rayo,
Que en los aires se dilata
Y blanca lluvia de plata
Se desliza por el mar.
Con lágrimas de mis ojos
Mi corazón la llamaba;
Al hombre que la adoraba
Volvió su dulce mirar;

Y cual ancha catarata
De los cielos desprendida,
Bajó un torrente de vida
Mi corazón á inundar.
Y huyeron mis tristes sueños,
Y mis noches de quebranto,
Que vino á secar mi llanto
Su acento consolador;
Y resonó en mis oidos
Como un suspiro del cielo,
Como el misterioso vuelo
Del arcángel del Señor.
Y esa voz idolatrada,
Su amor, su amor me ofrecía,
Que arrebató el alma mía
Con volcánico poder;
¡Su amor! hombres, ¿lo escuchásteis?
¿Hay algo que valga tanto?
Tierra de amargura y llanto,
¿Qué me puedes tú ofrecer?
La gloria del que en su lira
La Jerusalén cantara,
Y cuya frente adornara
Ancha aureöla inmortal;
O el sepulcro de Virgilio
Sobre el que el laurel se inclina,
Y que el Vesubio ilumina
Como un inmenso fanal:
La gloria del gran soldado
Que los hombres no vencieron,
Y cuyo lauro tejieron
Jena, Marengo, Trancín;

Del que se alzó sobre el mundo,
Y triunfando en todas partes,
Volaron sus estandartes
Del ancho Sena al Kremlín.
¿Qué es el poder, y sus tronos,
Y sus altivas murallas,
Y el laurel de las batallas,
Y la alta gloria inmortal,
Ni el hondo mar encerrando
De sus perlas el tesoro,
Si ella me dice «te adoro»
Con su labio celestial?
¡Ángel de amor!... Para siempre
Mi alma á la tuya unida!!
Mira, tal vez de la vida
En el último escalón,
Verás tu imagen mudada
Bajo la arruga enojosa...
¿Quieres verla fresca, hermosa?
Búscala en mi corazón.
Sí, que allí junto á la tumba
Mis recuerdos lisonjeros
Como en mis años primeros
En mi pecho se alzarán;
Siendo mis cabellos blancos
Sobre mi frente arrugada
Blanca nieve amontonada
Sobre el hirviente volcán.
Mas si una temprana muerte
Entre nosotros se lanza
Y seca en flor la esperanza
De mi ardiente juventud;

Tú que oiste de mi alma
El juramento primero,
Escucha el voto postrero
Que sonará en mi laúd:
«Cuando de la eterna noche
En la inmensidad perdido
Pase el viento del olvido
Por mi esperanza y mi amor,
Solo te pido, pues fuiste
Luz de mi vida, mi gloria,
Un suspiro á mi memoria
Y á mi sepulcro una flor.»

Á ZARAGOZA

¡Salve, noble Ciudad y valerosa,
Cuya frente gloriosa
Ceñida de laureles se levanta!
¡Tú, que en la guerra santa
De Independencia nacional te alzaste
Y al águila altanera
Paraste en su carrera
Y su tremendo empuje rechazaste!
¡Tú, que sin otras armas
Que el pecho de tus hijos por escudo
Volaste á la victoria
Escalando las cumbres de la gloria,
Zaragoza inmortal, yo te saludo!
Y al contemplar mis ojos
Esas deshechas torres,
Y tu frágil muralla derribada,

En propia sangre y del francés bañada,
Tus hechos memorables
Mi mente acalorada
Vivos se representa,
Y al corazón acude arrebatada
La sangre aragonesa que me alienta.
Y santo y noble orgullo el pecho inunda
Al recordar que entre su noble ruina,
Padrón glorioso de española audacia,
No envidian el Portillo y Santa Engracia
Palmas de Marathón y Salamina.
  A la apacible sombra
De tus álamos blancos reclinada;
Del Ebro caudaloso
Por las corrientes límpidas bañada;
Rodeada de mirtos que mecían
Las auras del Moncayo,
Y de tiernos pimpollos que se abrían
Del Sol naciente al amoroso rayo,
Descuidada y en paz, feliz matrona,
En brazos de tus hijos reposabas,
Y en tu frente purísima ostentabas
Tu entonces ya magnífica corona.
  Un grito de repente
Llega hasta tí de inesperada guerra,
Unido al que doliente
Baja de la alta sierra
Tremendo á publicar que extraña gente
Entrando va tu profanada tierra:
Y como el ronco trueno
Al relámpago sigue, al triste grito
Sigue de cerca el rechinar horrible

De trenes y cañones,
Y el rudo galopar de los caballos,
Y el pisar de apretados batallones.
«Alto, á lidiar; ¡traición! á mí, hijos mios:
»¡España y Libertad», fiera gritaste;
Y acudieron sus almas generosas,
Y tú sobre sus frentes valerosas
La santa cruz del Salvador alzaste.
  Dignos de tí vinieron
Los que tu brío acometer osaron:
Que á tal no se atrevieron,
Ni delante de tí se presentaron
Con la frente serena,
Sin que antes á la Europa avasallaran
Y sus doradas águilas orlaran
Verdes laureles de Marengo y Jena.
  Así es mayor tu gloria:
Los que vieron cual frágiles aristas
Caer cetros, y reyes, y naciones
Hollados en las rápidas conquistas
De sus bien enseñados escuadrones,
Con asombro y respeto
Ven á tus hijos fuertes
Que entre el ronco clamor de la batalla,
Y al seco redoblar del parche herido,
Y al tremendo rugir de la metralla,
Y del que expira al fúnebre alarido,
Y al crujir espantoso
Del desplomado techo,
Tras la vigilia de la noche larga,
Tranquilo el corazón, desnudo el pecho,
En confuso montón van á la carga.

Y una vez, y otra vez, el choque rudo
De la aguerrida gente rechazando,
Y un muro de cadáveres y escombros
En la rasgada brecha levantando,
A los pueblos asombras,
Que en tí sus ojos fijan,
Y de Entenza y de Flor las nobles sombras
En tu gloria inmortal se regocijan.
  Esos tus bravos hijos
Dignos hermanos son de los que un día
Con increible arrojo,
Desafiando el hambre y el cansancio,
Ante las barras de Aragón ilustres
Temblar hicieron á la gran Bizancio.
  Eterna vivirás, oh Zaragoza:
Y para el pueblo que en futuros tiempos
Oprimido se sienta,
Y en las páginas limpias de la historia
Tu valor sin segundo lea escrito,
De santa guerra y de futura gloria
Tu inmaculado nombre será el grito.
Sí, que ya en nuestos días
Otra ciudad valiente
Tus ejemplos magnánimos imita:
A sacudir el yugo que la agobia,
Entre ríos de fuego moscovita
A tu nombre inmortal lidia Varsovia.
  Honor á tí, que en tan horribles pruebas
Tu fama eternizante,
Y briosa ganaste
De invicta el nombre que glorioso llevas:
Invicta, sí, invencible;

Que si tu puro suelo al fin pisaron,
Fué porque juntos sobre tí cayeron
La peste, el fuego, el hambre,
Y en tus entrañas su furor cebaron:
Los rigores del cielo te postraron;
Las fuerzas de los hombres no pudieron.

DON AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA

Á HIGIARA

Despertad, y en vuestro aroma
Bañad el ambiente, flores;
Que el alba vertiendo amores
Ya por el Oriente asoma.
Y, á sus mágicos destellos,
Los horizontes perdidos
Ostentan colores bellos
Que enamoran los sentidos.
El arroyuelo sonoro
Corre con ledo murmullo,
De los sauces al arrullo,
De aves mil al libre coro.
Y sus raudales de plata,
Copiando la inmensa altura,
Pára súbito, y retrata
De mi dueño la hermosura.
Aura, levántate y ven
Del campo sobre las galas,
Con tus suavísimas alas
Refresca mi ardiente sien.

Y llévale en raudo giro
Á la luz de mis contentos
Mi enamorado suspiro,
Mis amantes pensamientos.
Llévale de mi pasión
Los ayes acongojados,
Que en ellos irán mezclados
Pedazos del corazón.
Del fuego que me devora
Llévale como despojos
Estas lágrimas que ahora
Se deslizan de mis ojos.
Yo me ví ser bien amado,
Vuelta en gloria mi amargura,
En cielo de lumbre pura
Todo un abismo trocado.
Y si matara el placer,
¡Ay, que no viviera, no!
¿Pude tanto merecer?
¿Más alto bien lograr yo?
Esa aurora tan galana
Que por las puertas de Oriente
Se muestra resplandeciente
En su carro de oro y grana;
Que arroja, en blando desvío,
De su mano de azahar
Perlas al bosque sombrío,
Plata al indómito mar;
Que dora la densa bruma
Y envuelve en tintas extrañas
El humo de las cabañas,
De los torrentes la espuma;

Iris de dicha fecundo,
Fué la aurora que reía
Cuando descendiera al mundo
El ángel del alma mía.
¡Higiara! ¡Higiara! de amor
Cifra y de gloria y dulzura,
Astro de mi noche oscura,
Bálsamo de mi dolor;
Mar ajeno de mudanza,
Cielo de mi libertad,
Tú eres mi sola esperanza,
Tú eres mi felicidad.
Si de tu hechicera voz
Perdido escucho el acento,
Por mis venas al momento
Discurre fuego veloz;
Y túrbome al deleitoso
Eco, y mi ser se estremece,
Y en mi labio tembloroso
La palabra desfallece.
Si entre cien bellas, al fin,
Mi corazón te columbra,
Como la flor que deslumbra
En encantado jardín,
En cruda ansiedad deshecho,
Y en zozobra y confusión,
Salirse quiere del pecho
El cautivo corazón.
Aquel extraño sentir,
Aquel afanoso estar,
Aquel amante esperar,
Aquel inquieto vivir;

Mi mano á tu mano asida,
Verte, oirte, contemplarte...
¿Qué dicha iguala en la vida
Á la dicha de adorarte?
¿La gloria?... Efímero nombre,
Don fatal de varia suerte,
Veneno que da la muerte,
Fósforo que engaña al hombre!
¿El humo de la lisonja
De plebe inconstante y vana?
En hiel empapada esponja,
Flor del almendro temprana!
Eres mi gloria mayor,
En tí mis delicias fundo,
No existe nada en el mundo
Para mí de más valor.
Mi constante pensamiento
Es la fe que te ofrecí...
Si te olvidare un momento
Fálteme la vida á mí.

DON SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO

(*Marqués de Lema.*)

Fragmentos de la composición titulada

LA LIBERTAD

. . . . . .

. . . . . .

Pues bien: yo lucharé; si llega un día
En que venza del déspota el encono,
Si la opresión desde su horrible trono
Alza otra vez su sanguinaria voz;
Si la enseña del libre en polvo cae,
Si los hombres cual viles gradiadores,
Combaten otra vez por sus señores...
¡Adiós Europa! ¡Para siempre adiós!
Al mirar silencioso el Océano
Extenderse sin fin en su grandeza,
Huyen los sueños míseros, y empieza
Mi corazón más libre á palpitar:
¡Ay! yo quiero la mar, ó las regiones
Donde siempre sus alas canse el viento;
Que alguna vez mi inmenso pensamiento
Es mayor que la tierra y que la mar.

Más pura que el suspiro de una virgen,
América se extiende allá á lo lejos;
La dora el sol con fúlgidos reflejos;
La cerca el mar con su muralla azul.
Sus rocas como montes se levantan;
Sus montes tocan con su frente al cielo;
Es bálsamo su brisa, y en su suelo
Crece el nopal, se eleva el abedul.
Yo vagaré cuando la tarde muera,
Entre selvas antiguas como el mundo;
Y el grito melancólico, profundo,
Del plátano y del pino escucharé.
Me arrullarán las olas del torrente
Con su solemne, bárbaro mugido;
Y sobre un tronco viejo, carcomido,
Bajo un dosel de estrellas dormiré.
Á la sombra de espesos sicomoros,
Cuando arda el cielo como inmensa fragua,
Navegará mi rápida piragua
Sobre lagos tan grandes como el mar.
Yo escucharé con religioso oído
De esa hermosa natura los acentos,
Y me hablarán las ondas y los vientos,
Como mortal ninguno puede hablar.
¡Oh! si vinieses tú, que triste lloras,
Mujer que adora siempre el alma mía,
Y con tu amor, que el cielo envidiaría,
Vinieses á encantar mi soledad!
Tú quebrantaras opresoras leyes;
Yo abandonara con delicia todo;
Y en sus abismos de miseria y lodo
No nos viera jamás la sociedad.

Y cuando el aura en las dormidas flores
Derramase su aliento y su frescura,
Recorriéramos juntos la llanura
Que tiñera el Oriente en su arrebol;
Ó en la altura de roca solitaria,
Del mar oyeras el mugir sonoro,
Cuando en ondas de púrpura y de oro
Fuese otras tierras á alumbrar el sol.
Yo subiera á la cima de los montes,
Para tejer con flores tu guirnalda;
Ven: que un lecho de rosas y esmeralda
La selva en sus entrañas te dará.
No ceñirás las joyas que te esperan;
Mas á tu paso el álamo sombrío,
Sacudiendo las gotas de rocío,
Tus cabellos de perlas sembrará.
¡Ven! ¿Qué importan los lazos á tu alma?
Esa atmósfera deja corrompida;
En el bosque, en el lago, siempre vida
Tus labios encantados beberán:
Es ilusión... Oirás tal vez mis sueños;
Les prestará tu mente nuevo encanto;
Y lágrimas de duelo y de quebranto
En tus mejillas pálidas caerán.
No vengan las memorias... Libre, solo,
A la luz de otro sol, bajo otro cielo,
Perdido, errante en extranjero suelo
Palpitando de gozo me veré.
Mi pensamiento poblará los campos;
Y cuando inunde la delicia el alma,
Mis ojos llenos de placer y calma,
Al cielo, agradecido, volveré.

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

(Marqués de Valmar).

LA ESPERANZA

Es nuestra vida borrascosa lucha
De bien y mal, de gozo y de dolor:
El más feliz en su interior escucha
El eco de un afán devorador.
Sueña el hombre poder, fama, opulencia,
Sueña galas y triunfos la mujer;
Todos llenan y amargan su existencia
Con quimeras de orgullo ó de placer.
Piensan que el falso bien por que hoy sus-
Mañana arrancarán del porvenir; [piran,
Mas vuela el tiempo y pasa, y nunca miran
De ese ansiado mañana el sol lucir.
Y si tal vez la copa de ventura
Prueban, que el blanco fué de su ambición,
Remordimiento ó saciedad impura
Halla sólo en el fondo el corazón.
La realidad nuestro delirio calma;
Sucede luego al júbilo el pesar:

La ilusión que se sueña encanta el alma,
La ilusión que se toca hace llorar...
Y si en la humana esfera nadie alcanza
Las dichas mil tras que perdido va,
¿Cómo no comprender que es la esperanza
El reflejo de un bien que aquí no está?
¡Ay! esa luz que nos alienta y guía
La senda de la vida al recorrer,
De un venturoso, eterno y claro día
No es más que el indeciso amanecer.
¿Y en dónde existe, me diréis ahora,
De la ventura el insondable mar?
¿En dónde hallar la antorcha de esa aurora?
¿Nuestra insaciable sed dónde apagar?...
¿No os sucedió jamás en la mañana
Mirar de un lago en el cristal azul
Pasar risueña nube de oro y grana
Vaga y flotante como leve tul,
Y al ver su forma y sus perfiles rojos
Retratarse del lago en el cristal,
Involuntariamente alzar los ojos
Para admirar el bello original?
Pues bien, haced lo mismo en vuestra mente
Que en ese lago que os recuerdo aquí:
¿Queréis de la esperanza hallar la fuente?
Mirad al cielo y la veréis allí.

DON PEDRO DE MADRAZO

LAS TRES HERMANAS DEL CIELO

«Quit manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo.»

Tres hermosas doncellas á mi vista
Tranquilas parecieron:
De rubí, de esmeralda, de amatista
Coronadas vinieron.
De excelso origen somos, me decían;
Vivimos como hermanas:
Muy nobles vestiduras las cubrían,
Púdicas y galanas.
Era en la una del rubí encendido
Hermoso complemento
Un largo y rojo manto, enriquecido
De tornasoles ciento.
La de rica corona de esmeralda,
Del campo en primavera
Llevaba los colores en la falda;
Verde, alegre, ligera.
De la amatista el resplandor divino,
En la tercer doncella,

Igualaba en lo etéreo y zafirino
    Una túnica bella.
A la celeste esfera, yo la dije,
    Tu aspecto me sublima:
Tu clara luz al centro me dirige
    Do la creación se anima.
¿Serás tú por ventura de otro mundo
    Que á mi vista se esconde?
¿Será tu imperio el aire, el mar profundo?
    Soy la Fe me responde.
Ven conmigo, me dice, con acento
    Que el alma me conmueve
Y suena en mí como susurro lento
    Cuando en el bosque llueve.
Al ir en pos de su fulgor celeste
    La vista en otra clavo:
La esmeralda, la verde y rica veste
    Me fascinan al cabo.
¿Quién eres, virgen bella? la pregunto:
    De dicha y de bonanza,
Tu semblante risueño es el trasunto.
    Soy, dice, la Esperanza.
Sigue mis pasos, añadió; yo fácil
    Hago del bien la vía;
Y amé su airoso andar, su talle gracil,
    De su voz la armonía.
Y de ella en pos corrí la áspera senda
    Del yermo y pobre suelo,
Mientras á mi pasión sirvió de venda
    De la Esperanza el velo:
Mas de esperar sin fe cansada presto
    Sentí mi pobre alma!

En mi senda se alzó ciprés funesto,
No la triunfante palma.
Sin Fe, sin Esperanza, yo mezquino
Caminaba á la muerte,
Cuando á un acento mágico, divino,
Vibró mi ánima inerte.
De aquellas tres hermanas celestiales
La más amante y tierna,
La que asocia á los míseros mortales
Con Dios en gloria eterna;
La Caridad hermosa, á su regazo
Me llamaba risueña:
¡Ay! El placer de su divino abrazo
El mundo... ni lo sueña!
Pero con tanto bien yo estaba triste;
Ingrato me creía!
¡Ah! ¿Qué os hicísteis? exclamé: ¿dó fuiste
Bella Esperanza mía?
¡Ah! Mísero de mí, que en vano elijo
El bien que mi alma llena
Si me faltáis vosotras! Y me dijo
La Caridad serena:
¿Por qué ese olvido en rescatar te afanas?
No somos envidiosas:
Si conmigo te vienes, mis hermanas
Te seguirán gozosas.

DON MARIANO ROCA DE TOGORES

(Marqués de Molins).

LA CABALGATA

A la Exma. Sra. Doña Eugenia de Guzmán, condesa de Teba.
En 1845.

En una hermosa floresta,
Donde con sombra perenne
Impenetrables encinas
Cubren la alfombra de cesped,
Por gozar el aura pura
Y dar tregua á los corceles,
Paso á paso van llegando
Los cortesanos jinetes.
Al insólito bullicio
Dejan el pasto los bueyes,
Y de rama en rama vuela
El pintado martinete.
En vano, Eugenia, procuras
Alcanzar sus giros breves,
Y suelta al corcel la brida,
El aire rápida hiendes;

Que él sigue tus movimientos;
Corres, huye; paras, vuelve;
Ora al cielo se levanta,
Ora á la grama desciende.
Del fiero arcabuz se burla
En los copudos almeces,
Y á su dulce compañera
Del crudo peligro advierte.
¡Ah! perdónalos, señora,
Por el amor que se tienen,
Y por salva de alegría
Lanza, lanza el rayo ardiente.
Tiempo vendrá, que empleado
Contra la cobarde liebre,
Los cazadores del bosque
Por su deidad te veneren;
Mas hora no, que cubierta
Con el leonado bonete
La cerviz, envuelto el rostro
En sus lambrequines verdes;
Al cinto la roja banda,
Y puesto al hombro el mosquete,
Audaz guerrero te juzgan
Y tu noble arrojo temen;
Y cuando acaso lascivo
El cefirillo insolente
Quiere libar de tu boca
Los purpurinos claveles,
Y muestra el áureo cabello
Sobre tu rostro de nieve,
Y del velo entre las nubes
Tus dos luceros celestes,

Los pastores y zagalas
En mil preguntas se pierden,
Y cuanto la vista ignora
El cuitado pecho siente.
«Dinos, gentil criatura,
»Que así enamoras y vences,
»Que cuando el sentido encantas
»Llagas el alma, quién eres?
»Cual tú, pintan las leyendas
»A las *hijas de los reyes*,
»Y cual tú, los campeones
»Que en Tierra Santa florecen.
»¿Ó eres más bien linda maga
»Y ocultas bajo los pliegues
»Del manto encantada silla
»Que por los aires te lleve?»
Paras, y leda sonríes,
Y la amiga mano tiendes
A la turba, que admirada
La verdad en fin comprende.
Sólo en el *reino de amor*
Ciña diadema tu frente.
Tus miradas son tus armas:
¿Quién las vió de mejor temple?
Son tus años juveniles
Tus encantados jaeces;
Ni ¿ para qué más hechizos
Que no contar diez y nueve?
En tanto por la espesura,
Que vela el sol de Occidente,
Acuden los aldeanos
A saludar á su huésped.

Los festivos muchachuelos
Con listones diferentes
Mil cintas abigarradas
En ligeras danzas tejen;
O ya esgrimiendo los tirsos
En vez de agudos floretes,
Recuerdan confusas zambras
De Zegríes y Gomeles,
Mientras al son de atabales
Cantan discretos motetes
Por daros la bienvenida
En sentidos parabienes.
¡Ay! tienen las dulces flautas
Un sonido tierno y flébil,
Que el espíritu recoge
Y el alma toda conmueve.
Son cual la vaga memoria
De nuestra edad inocente,
Melancólica y süave
Entre mundanos placeres.
Compara el fulgor del alba
Y del prado el fresco ambiente
Con la luz de los festines
Y el humo de los banquetes.
Verás como grita el alma
Libre, feliz, elocuente:
¿Quien, oh campo, no te adora?
¿Quién, corte, no te aborrece?
Mas ¿cuál murmullo se mezcla
A los pintados rabeles?
Son de un cercano arroyuelo
Los cristales trasparentes.

Quejoso de su destino,
Tan mal su grado desciende,
Que en cada flor de su orilla
El tardo paso detiene.
Enamorado del valle,
«¡Feliz, dice, una y mil veces
»Quien nunca deja la sombra
»De los paternos laureles!
»¡Feliz el raudal sonoro
»De la cristalina fuente
»Que en aquella piedra nace
»Y en estas arenas muere!
»Yo, cuitado, no soy libre
»De pararme ó de volverme,
»Que en la creación mi cauce
»Inclinó el Omnipotente.»
Arroyo, ¿quién en el mundo
Es árbitro de su suerte,
Si es el raudal de la vida
Tan inclinada pendiente,
Que sin tregua en los dolores,
Sin descanso en los placeres,
Desde la cuna al sepulcro
Corre, corre, corre siempre,
Sin que nadie le consulte
Lo que mañana sucede,
Hasta que en el ponto inmenso
De la eternidad se pierde!
Así tú del claro Tormes
Te inclinas á la corriente,
Y luego al Duero te arrojas,
Y luego en el mar pereces.

Yo al menos sé que tus linfas
Corren al mar de Occidente.
¿Quién sabe al mar donde corre
Eugenia con paso alegre?
Mas ya el antiguo castillo
Por el ejido aparece
Ostentando entre celajes
Sus calados chapiteles.
En su abierta galería,
Que los pilares sostienen,
Deja su huella el arado
En vez del pesado ariete.
Las profundas anchas casas
Son pastoriles albergues;
Nidos son las aspilleras
De palomas inocentes.
El ferrado alto rastrillo
Se torna humilde pesebre,
Y en la propia sala de armas
El tranquilo hogar se enciende.
Así quien joven un día
Cortés, galán, impaciente,
Fué envidia de sus rivales
Y de sus bellas juguete,
Hoy, del tiempo aleccionado,
Cultiva doradas mieses,
Y de la edad que ha perdido
Avergonzado se duele.
¡Crudo efecto de los años!
¿Quién á tu impulso no cede,
Si su condición trastornas
Aun á las mismas paredes?

Mas ya la pálida luna
Por el firmamento asciende,
Y en los cansados mortales
Su letal influjo vierte.
Tiempo es que paren las danzas,
Tiempo es que los juegos cesen,
Y que á Morfeo brindemos
Con tibia espumosa leche.
A su influjo el lecho blando,
Que la lealtad te previene,
Tú que del pasado ríes,
Bella Eugenia, duerme, duerme.
Que los sueños placenteros
Coronen tus puras *sienes*,
Y un porvenir te descubran
Tan *fausto* como el presente.
Sí: que á tu edad, bella niña,
Suspensa el alma, entre muelles
Esperanzas se columpia
Y entre ilusiones se mece.
Así en el bosque nativo
El zagalillo se duerme
Al columpio de las ramas,
Al murmullo de las fuentes.
¡Ay de aquel que desvelado
Por ondas penas aleves,
Sólo fía su reposo
A los brazos de la muerte!

DON JAIME BALMES

EL GENIO

Lozana, vigorosa y atrevida
Alza el vuelo la reina del desierto,
Y á sus plantas el orbe descubierto,
Contempla con desdén
La peña de los siglos respetada,
De cien ríos tortuosos la corriente,
Y la mar que amenaza al continente
Con fragoso vaivén.
¡Qué dichoso, á quien dieran los destinos
De alto cielo en la hondura de su arcano
El destello sublime y soberano
De génio creador!
En su mente rebulle un pensamiento,
Y lo ve, lo contempla y se extasía,
Y cual fragua, le da su fantasía
Su luz y su calor.
¡Vedle allá! con los ojos arrobados
Cual traza la carrera del planeta,
Ó sigue los caminos del cometa
Allá en la inmensidad,

Atinando las leyes que á su giro
Del Eterno la mano señalara
Cuando el linde á los mares prefijara
Con alta majestad.
Sentado sobre escombros y ruïnas
De un gran pueblo, veréisle que medita,
Y cual mago que sombras resucita
El secreto alcanzó
De su grande pujanza y su caída;
Mira en torno cien pueblos que florecen,
Y otros pueblos que nacen y que crecen,
Y su fin ya previó.
Tal vez habla, y los hombres se sonríen,
Y en su mente revuelve más profundo
Un pensar que le ofrece un nuevo mundo,
Sólo demanda un *sí*.
¡Admiradle! ¿dó marcha, quién le guía?
En su frente fulgura la esperanza,
Á los mares intrépido se lanza
Y dice ¡vedle allí!
Á su vista desfilan las naciones
Y parecen las bravas oleadas
Por el cierzo cual montes levantadas
Y luego ya no están,
Ó montañas de arena movediza
Que levanta y disipa en un instante
Con mugido bravío y resonante
El horrible huracán.
Si mirando tal vez la turba ciega,
Y entre tantas locuras que divisa
En alguna se fija su sonrisa,
Golpe mortal la hirió;

Que el tiempo con su mano roëdora
De Cervantes el bello desenfado
Y el saber con gracejo sazonado
Nunca jamás borró.
¡Mezquino! tú que pides quien le guía,
Que demandas do fuera su enseñanza,
¿No conoces el brío y la pujanza
Del sublime pensar?
¿No sientes en sus giros atrevidos
Que la senda trillada ya desdeña,
Cual águila ya posa en alta peña
Cuando empieza á volar?
Una mano secreta le conduce
Y le lleva que cumpla un gran destino,
Que en sus sienes con sello peregrino
Grabara el Hacedor;
Que no en vano le diera aquellos rayos
Que ciñen con auréola su frente
Mostrando la grandeza de su mente
Con celeste fulgor.
Mas tal vez ¡ay dolor! que palidece
Su fulgor y amenaza mal agüero,
Como suele en la noche algún lucero
Siniestro relumbrar;
Su tamaño, su luz y rara forma
Arrebata la vista, mas la mente
Que el estrago horroroso ya presiente
No cesa de temblar.
¡Vedle allá! reclinada sobre el pecho
La cabeza, los ojos inflamados,
Torva frente, los labios abrasados,
Medita en soledad!...

Y murmura palabras de misterio,
Tal vez lanza al papel un pensamiento,
Preñado cual la ráfaga del viento
Que engendra tempestad.

DON JOSE M.ª CUADRADO

A la muerte de D. Jaime Balmes.

De estéril los pueblos mofaban á España,
Y á Balmes el cielo por hijo le dió:
La luz fué extinguida, cundió la cizaña,
Y el cielo indignado su don recobró.
Un nombre, uno solo de toda una era
La fama en su libro sin fin guardará:
Mil nombres de vivos la tumba aglomera,
Mas vida al de Balmes la tumba dará.
En días sangrientos un joven atleta
Del templo desierto levántase audaz;
Espada es su lengua, su voz de profeta;
Empuñan sus manos olivo de paz.
Los bandos de pronto su furia suspenden,
Los pueblos despiertan, tremola un pendón,
Los sabios admiran, los rudos comprenden,
Los émulos callan... habló la razón.
La antorcha del genio la enciende en el ara,
Sondea la ciencia, vindica la fe;
Los niños, los pueblos, el trono, la tiara,
Instruye, defiende; de todos luz fué.

¡Qué larga carrera! ¡qué corta la vida!
¡Cuán pronto el descanso sus ansias premió!
¡Qué heroico holocausto! ¡qué cruel despedida!
¡Qué huellas nos deja! ¡qué espirtu voló!
Rendidle, vosotros, coronas y palmas,
Que al astro admirábais en su resplandor,
Teniendo á su influjo cerradas las almas,
No es aura la gloria, ni el genio una flor.
Seguidle, ó amigos, de amor es la prenda;
Moved sus cenizas, movedlas... quizá
Se exhale una chispa que el pecho os encienda,
Y eterno el obsequio viviente será.

DON JOAQUÍN ROCA Y CORNET

LA ASCENSIÓN

¿Por qué velado de nube cándida
Sube y sorprende los ojos míseros
De los mortales junto á Betania
El Hombre-Dios?
Ah, ved sus huellas: marcado mírase
Sobre la arena su pie pacífico,
Y el aura llena de olor balsámico
Celeste luz.
¿Qué hacéis postrados? ¿qué más atónitos
Pedís al cielo? ¿Qué otros prodigios
La vista alzada, del aire fúlgido
Hora aguardáis?
Voló y cercóle la nube espléndida
De inmortal gloria, y en los alcázares
Del alto empíreo tiene su solio
Que ocupa ya.
Ah! Vos le vísteis manso y benéfico
Bienes doquiera derramar próvido
Y á su voz sola darle su víctima
La muerte atroz.

Y en Galilea y en Tiberiades
Presta natura cumplir sus órdenes,
Y obedecerle las ondas dóciles
De inquieto mar;
Y derramando sangre purísima
En leño infame fallecer lánguido,
Y horrorizada su faz flamígera
Cubrir el sol.
Ya redimida la gran progenie
Del que gustara fruta mortífera,
Asciende orlado de la victoria
El Salvador
De dó, reinando potente, altísimo
Cabe su Padre y Amor-Espíritu,
Hasta el terrible día de cólera
No bajará.
De la trompeta ya el son horrísono
Del ancho mundo llena los ángulos:
Las sordas tumbas al querer ábrense
Del que tronó.
Y guay! sus presas vomitan pávidas:
Generaciones brotan, agólpanse
Sobre mil otras que años sin número,
Dormían ya.
Y de vivientes, cual ondas tímidas
Que se suceden, la tierra inúndase,
Que á torbellinos al val derrámanse
De Josafat.
Y de repente cesa el estrépito,
Reina doquiera silencio lóbrego
Y ¡miserable! yo aguardo trémulo
La voz del juez.

DON TOMAS AGUILÓ

RESIGNACIÓN

¿Por qué del tedio abrumada
Mi alma flaquea y se postra?
¿Por qué no espera y arrostra
De la fortuna el rigor?
¿Será que los males caigan
Sobre el hombre sin medida,
Y tenga aliento la vida,
Y falte al alma vigor?
¿Será que al abrir la mano
Que derrama los enojos,
Cierre el Eterno sus ojos,
Y no los cuente al caer?
¿O que vuelva sus espaldas
Después que al hombre ha herido,
Y ni escuche su gemido,
Ni sus llagas quiera ver?
¿O que en su alcázar del cielo,
Amurallado de nubes,
Y guardado de querubes,
Se ostente sombrío Rey,

Y no vuelva una mirada
A los ojos en él fijos,
Y olvide el Padre á sus hijos,
Y olvide el Pastor su grey?
No, las horas que de acibar
Va bañando mi fortuna,
Él las cuenta de una en una,
Cual también las cuento yo:
Yo para fijar por ellas
El número á mis congojas,
Él para añadir más hojas
Al lauro que me tejió.
Si para mí le tejiste,
Padre mío, no permitas
Que las vuelva yo marchitas
Con mi insensato dolor:
Que si el cuello no someto
Al yugo que me destinas,
Sentiré más las espinas,
Sin coger nunca la flor.
¿Qué importa que algún hermano
Mi enemigo se declare,
Y que el mundo no me ampare,
Y me mire con desdén,
Si el ojo inmenso, á quien verme
En tanta miseria plugo,
La víctima del verdugo
Discernir sabe muy bien?
¿Qué importa que en esa tierra
Viva solo y sin abrigo,
Ni haya quien llore conmigo,
Ni haya quien llore por mí,

Si clavar puedo mis ojos
Hacia el estrellado velo,
Y exclamar por mi consuelo:
«Un amigo tengo allí?»
¿Qué importa que esté bebiendo
En rudo cáliz de cobre,
Henchido de agua salobre,
Su licor hasta la hez;
Si la vida es solo un sorbo
Que nunca deja resabio,
Y luego el amargo labio
La miel endulza tal vez?
¡Oh! ¿por qué mi alma está triste?
¿Por qué tan lánguida gime,
Y este peso que la oprime
No soporta varonil?
Y al mismo tiempo que siente
Ser mengua su cobardía,
Llora como lloraría
Un corazón femenil?
Soy débil, Señor, muy débil;
No condenes mi tristeza,
Que mi virtud es flaqueza;
Sólo la tuya es virtud.
Encallado en la miseria,
Sin fuerza á salir aspiro;
Cual un viajero me miro
Sorprendido del alud.
Ya sé que vivo en la noche,
Y que ha de rayar mi aurora;
Mas yo contemplo mi *ahora*,
Sin meditar mi *después*:

Y cegado de la bruma,
Mi pupila á ver no alcanza
Como brilla la esperanza
De las sombras al través.
Si mi fe medio apagada
Sus leves alas apronta,
Y ya el alma se remonta
A tu divina región,
Apenas la tierra dejo,
Cuando me fatiga el vuelo,
Y cae ¡ay triste! del cielo,
Porque es carne el corazón.

DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

Á CALDERÓN

Nadie pudo emular su luz brillante
Entre tanto rival:
M. José Quintana.

Á orillas del Manzanares
Naciste en dichoso día,
Para ser entre sus hijos
La antorcha más peregrina,
Para extender por el mundo
Sus ráfagas nunca vistas,
De la dramática escena
En las esferas más limpias.
Eres en ellas un astro,
Que en órbita inmensa gira,
Y en la noche de los siglos
Ni se amengua, ni se eclipsa.
¿Quién, feliz, podrá alcanzarte
En los espacios, do brillas
Con los albores del genio
Y con su potencia activa?
¿Quién á las altas regiones,
Que portentoso dominas,

Hasta oir del almo coro
Las místicas armonías?
Tus *Autos Sacramentales*
Solemnes lo preconizan,
En su misticismo ardiente
Lanzando centellas vivas.
Nadie ensalzó la pureza,
La hermosura de María,
Cual tú, en *La Hidalga del Valle*,
Flor del Carmelo bendita.
Si de Belén nos conduces
Á las nevadas colinas,
Para cantar elocuente
Del Salvador la venida,
Más claros lucen los cielos,
Toda la creación se anima,
Vístese el campo de flores
Con fragancias exquisitas:
Á bandadas, por los aires,
Más dulces las aves trinan,
Y mayor encanto ofrece
De la aurora la sonrisa:
Pára su curso el torrente,
Pára el arroyo sus linfas,
Y absortos los anchos mares
Su bravo furor mitigan.
Colmo del amor eterno,
La *Sagrada Eucaristía*
Nos presenta en luz velada
Tu *Devoción de la Misa*,
Y *Del Señor en la Siembra*,
Cual fruto de auras espigas,

Tan angélico alimento
Fuente de salud y vida:
De Dios el Pan verdadero
Donde encuentre sus delicias
El que, por la fe inspirado,
Amoroso lo reciba.
Si en el campo de la Historia,
Águila caudal te fijas,
¿Quién secundará tus vuelos?
¿Do hallaremos quien te siga,
Ya al trazar de las naciones
Las imponderables dichas,
Ó ya en menudos escombros
Sus espantosas ruinas?
¿Quién, si con pincel valiente
Héroes pleclaros nos pintas,
Desnudando el fuerte acero
En provechosas conquistas?
¡Oh Constantino y Eraclio!
Sus hechos aún electrizan
Los corazones do el fuego
De la religión se anida.
¡La Cruz, la Cruz redentora,
Para el gentil ignominia,
Y por ellos encumbrada
Teniendo á Elena por guía;
Iris de paz interpuesto
Entre las supremas iras
Y los delitos del mundo,
Del triunfo mayor insignia.
¡La vida es sueño!, dijiste,
Y tu acento repetía

Con emoción temblorosa
La humana raza dolida.
¡La vida es sueño!, y la muerte,
Blandiendo letal cuchilla,
Desde el Oriente al Ocaso
Torva clavaba su vista.
¡La vida es sueño!, Y los cetros,
Y las coronas caían,
Como en Otoño las hojas
Que arrastra el viento marchitas,
Al par de falsos placeres
Y de ilusiones mentidas.
¡Todo, todo sombra vana;
Polvo sutil y cenizas!
Al amor puro prestaste
Con tus apacibles tintas
Tal encanto, que su llama
Más blanda y dulce se aviva.
Tú embelleces las virtudes,
La lealtad y la hidalguía,
El patriotismo acendrado,
El valor en nobles miras.
Tus damas, tus caballeros
Vénse por aqueste prisma,
Las costumbres conociendo
De la edad en que vivías.
Maravíllanme en tus obras
Las tramas mejor urdidas,
De tus planes la grandeza,
Y la numerosa rima:
Ora plácido arroyuelo,
Que por vegas se desliza,

O ya imponente cascada,
Que rauda se precipita.
Así los pérfidos celos
Y los vicios combatías
Cuando pujantes alzaban
Con pavor su faz altiva.
Siempre las sagradas Musas
Te acariciaron propicias,
Y con mirtos y laureles
Tu docta frente ceñían.
¿Qué extraño, pues, que la Iberia,
Con tus glorias embebida,
Al cabo de luengos lustros
Sus homenajes te rinda;
Y que en tales ovaciones
Tu egregio nombre bendiga,
Y guirnaldas mil te ofrezca
Por su Instituto Sevilla?

Á mi querido amigo Don Gabriel García Tassara.

En 1850.

¿Por qué á orillas del regio Manzanares
Tu cítara enmudece,
Y el eco de tus férvidos cantares
Callado se adormece?
¿Por qué tu voz, que vigorosa un día
Despertó al sacro Herrera,
Y del Bétis las olas detenía,
No cruza la ancha esfera?
¿Por qué en alas del genio, dón de dones
Que debiste á natura,

No subes de las célicas regiones
Hasta la inmensa altura?
Suene atrevido tu sublime acento,
Y avívese la llama
De entusiasmo y amor y sentimiento
Que el noble pecho inflama.
Ensaya, amigo, del terrible Dante
El cantar sobrehumano,
Y de Ossian el plectro resonante
Diestra pulse tu mano.
¿No ves alzados junto á horrenda pira
La perfidia y el dolo,
Y la venganza y la implable ira
Tronar de polo á polo?
Codicia y ambición y cruda guerra,
Que abortara el averno,
Los monstruos son que inundan á la tierra
De luto sempiterno.
Conjúralos doquier: doquier se agitan
Con sórdido egoísmo,
Y á gentes contra gentes precipitan
Al borde del abismo.
Fatídico fulgor lanza su estrella,
Su aliento impura saña,
Y donde imprimen su ominosa huella,
La sangre el suelo empaña.
Así en reciente conmoción al Sena
Y al Tíber mancillaron,
Y de la Europea, con rencor de hiena,
El seno desgarraron.
Su fatal grito de la tumba oscura
Evocó fieros manes,

Y de preñados bronces con presura
Pavorosos volcanes.
Inflamados aún los horizontes
Se ven, y el valle umbrío
Es triste fosa de tajados montes
Al anárquico brío.
El genio de las artes, sobre escombros,
En vano con lamentos
Busca los que hasta el cielo alzó en sus hombros,
Eternos monumentos.
El alcázar, el templo, el ara santa,
De Dios excelso trono,
Cayeron ¡ay! bajo la inmunda planta
Del sacrílego encono.
De entre el polvo levanta condolida
Minerva sus laureles,
Que al par hollaron en veloz corrida
Infantes y corceles.
De la ignorancia en brazos mostró el crimen,
Cual sierpe, su cabeza,
Y aun lastimadas de su furia gimen
Virtud, gloria y nobleza.
Entre sollozos mil cundió el estrago
Aun á los quietos lares;
De humo y de llamas remolino aciago
Surcó tierras y mares.
Opaca sombra, que siniestra dura
Cual funerario velo,
Del espacio robó la lumbre pura
Al vacilante suelo.
¿Y dó entre nubes de bonanza el faro
Consolador se ostenta?

¿Donde el puerto feliz, que brinde amparo
En tan sin par tormenta?
¿Dó contra el rayo que amenaza al mundo
Habrá firme guarida?
¿Dónde en cáos tan hórrido y profundo
La senda de la vida?
¿Quién á la opresa humanidad la mano
Tenderá sobre el lecho
De punzantes espinas, en que insano
La arrojó su despecho?
«¡Tan sólo el Cristianismo!» allá en la esfera
Voz prepotente clama;
Y suspenden los astros su carrera,
Y acrecientan su llama.
«¡Tan sólo el Cristianismo!» repitieron
Los orbes conmovidos,
Y de altísimas cítaras se oyeron
Insólitos sonidos.
¡El Cristianismo! En torno de él convoca
¡Oh! vate á las naciones;
Señala en él la inexpugnable roca
Contra viles pasiones.
El himno entonces de la *paz*, que ansías,
Penetre el firmamento,
De Ezequiel renovando y de Isaías
El profético acento.
Y bajará la *paz*, que el hombre espera,
Coronada de soles,
Que inmensos bañen la creación entera
En nuevos arreboles.
La alma virtud le prestará su escudo
Y sus invictos brazos:

De la discordia hostil el hierro agudo
Presto caerá en sus pedazos.
Sentido amor, cual centro donde mane
El eternal reposo,
A lo que fué con lo presente hermane
En lazo misterioso.
Canta ese lazo fraternal ¡oh amigo!
Y sus preciados bienes;
Que grata Iberia, de tu afán testigo,
Lauros dará á tus sienes:
Y há tiempo que la musa castellana
Por tus cantos suspira,
Y con rosas y mirtos engalana
Tu pindárica lira.
Si seguirte no puedo, de las flores
Que por el Bétis crecen
Juntas recibirás con mis loores
Las que más lo enaltecen:
Y acaso verdes y fragantes hojas
De las que guarda ufano
Para cubrir de Herreras y Riojas
El plectro soberano.

DON GABRIEL GARCÍA TASSARA

Á QUINTANA

Cuando al rayar el día
Allá de mi lejana adolescencia,
El dios de la armonía,
Que es el dios de la humana inteligencia,
Su inspiración ardiente
Vertió en mi corazón, vertió en mi frente,
Sonó, sonó en mi oído
De patria y libertad un eco santo
De insólito sonido;
La voz del vate, del profeta el canto
Que al ruido de sus olas
¡Patrio Guadalquivir! canté á mis solas.
No era, no, ya la Musa
Que triscando por riscos y por faldas
Tonos femíneos usa,
Y del dios del placer entre guirnaldas
Frívola adoradora,
Dios, hombre, mundo, humanidad ignora.
Era la gran Poesía;
La que del mundo en las remotas partes,

Como en la Grecia un día,
Fué madre de las ciencias y las artes:
Voz del cielo en la tierra,
El himno de la paz y de la guerra.
Era la voz de un siglo
Que al nacer y al morir luchó iracundo
Con el feroz vestiglo
De la que fué superstición del mundo,
Y en generosa saña
«Sé España, ¡España!» le gritaba á España.
Era tu grande acento,
¡Quintana! Era tu voz que, en la sombría
Cárcel del pensamiento,
Sonando y resonando, removía
Con versos como espadas
De España las entrañas ulceradas:
Pelayo, ardiente rayo
Contra el Islan y el oriental Califa,
El Cid, nuevo Pelayo,
Guzmán, Bruto de España, allá en Tarifa,
Padilla en sangre tinto,
Á tu gloria fatal, ¡oh Carlos Quinto!
Las del Panteön hispano
Del austriaco Escorial turbadas sombras
Que á España dan en vano
Las banderas del mundo por alfombras,
Si tu ïgnea fantasía
En ellas solo vé la tiranía;
Aquellas sombras tristes
Del grande Emperador, del Rey Prudente
Que al tribunal trajistes
De una infeliz generación que aún siente

Rodar por el vacío
La España, su esplendor, su poderío;
El infecundo nieto
De ellos en pos que la corona ingente,
No rey, sino esqueleto,
Deja caer de su caduca frente,
Y á los Borbones fía,
Esqueleto como él, su monarquía;
El pensamiento humano
Que, arrebatado de ambición inmensa,
Arcano tras arcano
Á los cielos robándoles, condensa
La palabra del hombre
En monumento que á la edad asombre;
España en fin, España,
Sacudiendo dos siglos de desmayo,
Y con la antigua saña
Blandiendo en las Termópilas de Mayo
La espada de Pavía
Que la herrumbe del ocio carcomía;
Tal fué tu gran poema...
Himno de las batallas! ¡Armonía
De muerte y de anatema
Que de Bailén á Waterlóo seguía
Con eco sobrehumano
De la Europa vengada al gran tirano!
¡Himno de las batallas!
De aquellas ¡ay! donde la fuerza blande
Sus bronces y sus mallas,
Y de aquellas también do en lid más grande
Despliega su violencia
El guerrero sin par, la inteligencia,

En la memoria mía
Nunca olvidados, no, mas confundidos
En la honda lejanía
De los años en pos desvanecidos,
Tus cantos hoy se elevan
Y el entusiasmo juvenil renuevan.
Mas ¡ay! ¿Qué dejo amargo
Posa en mis labios el licor ardiente?
¿Por qué de su letargo
Quiere en vano salir mi torva mente,
Y enluta el alma mía
Nube de funeral melancolía?
Triunfó la independencia
Y la Europa triunfó; pero á la España
Se le arrancó la herencia
De la que fué su inmarcesible hazaña,
Y envuelta en sus pendones
La postrera quedó de las naciones.
Triunfó también un día
La libertad; pero la Europa entera,
Cual vasta alcahicería,
Como inmenso taller do el oro impera,
Fabrica ciudadanos
Que están pidiendo y que tendrán tiranos.
¡Oh¡ si la musa heroica
Que cantó con trasportes sacrosantos
La libertad estóica
De Grecia y Roma en inmortales cantos,
Volviese á la armonía;
Con su lira de bronce, ¿qué diría?
¿Acaso contemplados
A la tétrica luz de lo presente

Los siglos ya pasados,
Aquella España en cuya altiva frente
Tu rayo se blandía,
La misma maldición te arrancaría?
El fanatismo odiaste:
Pluguiese á Dios que aun fanatismo hubiera!
El himno que entonaste
Un fanatismo fué que en su carrera
Abrió cielos y abismos:
¿Qué es ¡ay! la humanidad sin fanatismos?
Ninguno ya, ninguno
Existe ya; ni el que ensalzó al monarca,
Ni el que inflamó al tribuno:
Un Dios brutal el universo abarca
Desde el altar deshecho,
El Dios de la materia, el Dios del hecho.
Y en vez de aquella santa
Familia de los pueblos soberanos
Que, libre la garganta
De los yugos de todos los tiranos
Imaginó el deseo,
El Bajo Imperio de la Europa veo.
Así en la acobardada
Roma, Horacio cantó mientras la lengua
De Cicerón clavada
En los rostros guardados á tal mengua,
Tu última arenga hacía
¡Romana libertad! en tu agonía.
¡Oh ilusión venturosa
De una generación que se derrumba!
Nosotros, su ingloriosa
Posteridad, junto á su ilustre tumba

Pasamos sonriendo,
Su generoso error escarneciendo.
Nosotros, los espüreos
Hijos del desengaño que trocamos
Por mantos epicúreos
La toga consular que despreciamos,
Y, á toda patria ajenos,
Sabemos más, pero valemos menos.
Y qué, ¿será mentira
Cuánto el hombre esperó? ¿Será delirio
El genio que le inspira,
La virtud y el valor vano martirio,
Y el Dios que al hombre cría
El Dios de una perpétua tiranía?
¡Oh! no: vendrá la historia
Y al legar á los siglos sus anales,
Dirá al fin tu victoria
¡Oh raza de tribunos inmortales!
Pueblos, guardad su herencia:
La fé en la humanidad fué su creencia
Y tú que el vate fuiste
De esa tribu inmortal ¡noble poeta!
Y tú que enmudeciste,
Vencido no, mas desdeñoso atleta,
Y en sombra refulgente
Velas hoy con rubor tu anciana frente;
Si aún vive aquella musa
Que tú alentaste al despuntar su día,
Cuando con voz confusa,
Vagando en el pensil de Andalucía,
Cantaba la infelice
Tragedia de Pausanias y Cleonice;

No temas que abandone
Las santas cumbres donde á ver se alcanza
El sol que no se pone;
Sol de la humanidad y la esperanza,
El sol que el hombre implora,
El sol del porvenir que está en su aurora.

FRAGMENTO DE UNA INVOCACIÓN Á LA MUSA

¿Dónde, dónde está ya? También por ella
Han pasado quizá los raudos años;
El dolor en su faz plantó la huella
Y apagaron su voz los desengaños.
Mas no, que no es humana la hermosura
De aquella de mi cielo criatura.
Héla, héla allí, que las esferas hiende,
Héla, héla allí, que sobre mí desciende
De su mundo ideal... ¡Oh, tú, de esencias
Inmortales formada, de esplendores
Infinitos vestida, que naciste
En el seno de Dios, y las potencias
Sabes de la creación, y en sus albores
Como en tu misma cuna te meciste!
¡Inteligencia, oh, tú, de inteligencias
Que, vibrando en la diestra iniciadora
La antorcha de la luz reveladora,
Y en himnos saludando de alegría
Al primer hombre en el primero día,
Desde las cumbres de los sacros montes,

Desde la orilla de los santos ríos,
Abriendo fuiste ante él los horizontes
De la tierra en los páramos vacíos,
Trazándole su historia,
Sembrándole su gloria;
Que en las ignotas vías
De tu arpa al són, le guías
De las cumbres del Emodo remotas
Y la orilla del Eufrates y el Indo,
Á las cumbres fulmínicas del Pindo
Y la orilla de adelfas del Eurotas!
¡Tú, que en hora más grande al iracundo
Fragor del trueno en el Oreb oíste
Al Dios del mundo revelarse al mundo,
Y en el Calvario viste
Al Dios del hombre revelarse al hombre
Y exultarse los pueblos en su nombre!
¡Tú, que en la gran tragedia
Que dos mundos promedia
Aquel que en Roma acaba
Y el que en Roma empezaba,
Tumbadas ya las águilas latinas,
Al pie de sus colinas,
Á los nuevos señores de la tierra,
El godo, el franco y el sajón y el huno,
Proclamaste en los campos de la guerra
Una la humanidad como Dios uno,
Sacando de aquel caos la soberana
De naciones nación, nación cristiana!
¡Tú que, aun surcando por doquier torrentes
De sangre humana, en holocausto eterno,
En la moderna edad las nuevas gentes

Inflamas con interno
Ardor, instinto, presentir divino
De un inmortal destino,
Y tiendes á sus pies los continentes,
Y rindes á su voz los Oceános,
Y prometes en sueños esplendentes
El dominio del mundo á los humanos!
¡Tú, empero, tú, que á su mayor victoria,
Mezclas un són de imperturbable duelo,
Que recuerda hondamente á su memoria
Su impotencia ante el cielo!
¡Musa eterna del hombre, excelsa Musa,
Tú, de la humanidad! ¿Quién, quién ha osado
Decir que el genio tu favor rehusa,
Y que el mundo de tí, desencantado,
No volverá á escuchar el noble verso,
La impávida armonía
De aquella gran poesía
Que es la grande intuición del Universo?
No, Musa, no; ni enmudeció tu canto,
Ni argumento mayor nunca ofreciera
Otro pueblo ni edad que la presente.
¿Por qué yo, que he sentido el estro santo,
Aunque como Faetonte sucumbiera
No levanté las alas de mi mente
Á mirar frente á frente
Aquel sol, cuya luz única y sola,
El ánimo acrisola?
No tú, Musa feliz del entusiasmo
Que los vientos del mundo desafía,
La musa fué del bacanal sarcasmo,
La musa del escándalo y la orgía,

La que estos versos me dictó... Perdona...
De otros será tu celestial corona.
¡Dichoso yo si, cuando tú un momento
De tu olímpico ceño te despojas,
Una mirada arrojas
Sobre este infaustosísimo argumento,
Y hallas en estas hojas
Digno de tí algún són, algún acento!
Yo siempre en mí te siento:
De ráfaga divina
Mi frente se ilumina;
Mi corazón, mi mente
Se abren á tu visión resplandeciente:
El Dios que es Dios, la humanidad que llora...
Esta es la hora del vate... Esta es la hora
En que Virgilio canta:
«Nueva aurora de siglos se levanta.»
Estos los santos días
Que oyeron de Judá las profecías:
Sí, sí: ya se adelanta
El que la tierra implora,
Del humano rescate aniversario:
Se levanta en los cielos otra aurora,
Se levanta en el mundo otro Calvario.

HIMNO AL MESÍAS

Baja otra vez al mundo,
Baja otra vez, ¡Mesías!
De nuevo son los días
De tu alta vocación;

Y en su dolor profundo
La humanidad entera
El nuevo oriente espera
De un sol de redención.
  Corrieron veinte edades
Desde el supremo día
Que en esa cruz te veía
Morir Jeruralén;
Y nuevas tempestades
Surgieron y bramaron,
De aquellas que asolaron
El primitivo Edén.
  De aquellas que le ocultan
Al hombre su camino
Con ciego torbellino
De culpa y expiación;
De aquellas que sepultan
En hondos cautiverios
Cadáveres de imperios
Que fueron y no son.
  Sereno está en la esfera
El sol del firmamento:
La tierra en su cimiento
Inconmobible está:
La blanca primavera,
Con su gentil abrazo
Fecunda el gran regazo
Que flor y fruto da.
  Mas ¡ay! que de las almas
El sol yace eclipsado:
Mas ¡ay! que ha vacilado
El polo de la fe;

Mas ¡ay! que ya tus palmas
Se vuelven al desierto:
No crecen, no, en el huerto
Del que tu pueblo fué.
  Tiniebla es ya la Europa:
Ella agotó la ciencia,
Maldijo su creencia,
Se apacentó con hiel;
Y rota ya la copa
En que su fe bebía,
Se alzaba y te decía:
¡Señor! yo soy Luzbel.
  Mas ¡ay! que contra el cielo
No tiene el hombre rayo,
Y en súbito desmayo
Cayó de ayer á hoy;
Y en son de desconsuelo,
Y en llanto de impotencia,
Hoy clama en tu presencia:
Señor, tu pueblo soy.
  No es, no, la Roma atea
Que entre aras derrocadas
Despide á carcajadas
Los dioses que se van:
Es la que humilde rea,
Baja á las catacumbas,
Y palpa entre las tumbas
Los tiempos que vendrán.
  Todo ¡Señor! diciendo
Está los grandes días
De lutos y agonías,
De muerte y orfandad;

Que del pecado horrendo
Envuelta en el sudario,
Pasa por un Calvario
La ciega humanidad.
  Baja ¡oh Señor! no en vano
Siglos y siglos vuelan;
Los siglos nos revelan
Con misteriosa luz
El infinito arcano
Y la virtud que encierra,
Trono de cielo y tierra,
Tu sacrosanta cruz.
  Toda la historia humana
¡Señor! está en tu nombre;
Tú fuiste Dios del hombre,
Dios de la humanidad.
Tu sangre soberana
Es su Calvario eterno:
Tu triunfo del infierno
Es su inmortalidad.
  ¿Quién dijo, Dios clemente,
Que Tú no volverías,
Y á horribles gemonías
Y á eterna perdición,
Condena á esta doliente
Raza del ser humano
Que espera de tu mano
Su nueva salvación?
  Sí, tú vendrás. Vencidos
Serán con nuevo ejemplo
Los que del santo templo
Apartan á tu grey.

Vendrás y confundidos
Caerán con los ateos
Los nuevos fariseos
De la caduca ley.
¿Quién sabe si ahora mismo
Entre alaridos tantos
De tus profetas santos
La voz no suena ya?
Ven, saca del abismo
A un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo
Y Dios ¿no volverá?
¡Señor! En tus juicios
La comprensión se abisma;
Mas es siempre la misma
Del Gólgota la voz.
Fatídicos auspicios
Resonarán en vano;
No es el destino humano
La humanidad sin Dios.
Ya pasarán los siglos
De la tremenda prueba;
Ya nacerás, luz nueva
De la futura edad!
Ya huiréis, ¡negros vestiglos
De los antiguos días!
Ya volverás ¡Mesías!
En gloria y majestad.

ADVERTENCIAS

ADVERTENCIAS

Comprometido ya con el editor y con el público no puedo menos de seguir adelante en esta empresa del FLORILEGIO, pero cada día creo ver en ella mayores dificultades. Vencerlas todas me parece imposible. Lo que sí puedo es poner muchas de lado, allanando mi camino que á veces hallo escabroso, si ciertas cosas no se entienden como yo quiero que se entiendan. A este fin me conviene escribir y escribo las advertencias siguientes.

Mi FLORILEGIO es sin duda resultado de mi elección. No contendrá sino aquellas composiciones poéticas que quiera yo que contenga. Me importa no obstante afirmar que para incluir yo ó no incluir composiciones en mi FLORILEGIO, tengo no uno, sino varios motivos, los cuales no implican la suposición de que conceda yo, con autoridad

de que carezco, diploma de inmortalidad y resplandores de gloria á los poetas de quienes publico algo, ni que condene á olvido ó á desdén á los preteridos.

Desde luego se advierte que yo prescindo de la multitud de poetas que hubo en España en el primer tercio del siglo XIX, á pesar de que se distinguen y sobresalen entre ellos varones tan ilustres y tan beneméritos de la patria como D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, y personajes tan originales é interesantes por su ingenio, por su saber, por sus aventuras y hasta por sus rarezas como el abate Marchena y Blanco White.

En suma, de todo lo coleccionado por el Sr. Cueto, en sus tres tomos de *Poetas líricos del siglo* XVIII, así como de Jovellanos, D. Leandro Fernández de Moratín y D. Manuel José Quintana, cuyas obras están contenidas en otros tomos de la Biblioteca de Rivadeneira y pueden adquirirse á poca costa, casi nada he querido yo incluir en mi colección. Y si doy cabida en ella á algunos versos de Meléndez es para indicar el punto de partida de un nuevo movimiento y florecimiento literarios, señalando después el progreso y desarrollo de dicho florecimiento con poesías características de los

más señalados poetas que produjo, como son Jovellanos, Moratín, Maury, Quintana, Gallego, Reinoso, Lista y Arjona.

Fuera de la inclusión de poesías líricas de los mencionados autores, inclusión en la que he sido muy sobrio, mi FLORILEGIO, no contiene sino obras de poetas no coleccionados por el Sr. Cueto, ni incluídos tampoco en otras antologías de importancia.

En la inclusión de las poesías procuro observar cierto orden que no puede ser severamente cronológico. Contemporáneos son casi todos los poetas de quienes se incluyen obras en el FLORILEGIO; de suerte que para señalar el punto de la serie donde me parece que debo colocarlos, he tratado de hallar el punto en que el ingenio de cada poeta culmina, escribe y publica sus más bellas composiciones, ejerce mayor influjo literario ó representa y refleja mejor y con más nitidez y brío el sentir y el pensar de los españoles, según va modificándose por virtud de los cambios y trastornos políticos, guerras civiles, convulsiones anárquicas de la plebe y deplorables motines militares. Todo ello abunda por nuestra desgracia en el siglo XIX, y aunque no impide por completo que en el progreso material de Europa vaya España como á remolque,

agranda cada vez más la distancia entre nuestra nación y las que van delanteras y cada vez más nos desnivela, humilla y hunde. Así la situación política, más lastimosa cada día, nos priva también, en lo que pudiéramos llamar perteneciente al espíritu, en lo poético y especulativo, ó de encumbrarnos hasta la mayor elevación ó de que sea reconocido, acatado y preconizado nuestro encumbramiento. Valgámonos para medida, de Schiller y de Goethe en Alemania, de Víctor Hugo y de Lamartine en Francia, y en Italia de Leopardi y de Manzoni. ¿Hemos tenido nosotros, en el siglo XIX, poetas de igual excelsitud y de tan alta y persistente resonancia europea? A pesar de mi orgullo patriótico, en el que á nadie cedo, yo no me atrevo á sostener que sí. Lo que imagino y creo es que en Quintana, y en Gallego, entre los que se calificaban de clásicos, y ya en la época del romanticismo en Espronceda, en Zorrilla y en el Duque de Rivas, hubo aptitud y potencia para hombrearse con Schiller, con Goethe, con Hugo y con Manzoni. ¿Qué les faltó para que sus nombres y su gloria, se levantasen muy alto en alas de la fama: para que en todas partes y no sólo en España, pudiesen ser calificados, sin jactancio-

sa hipérbole, de grandes poetas: de lo que la gente llama *genios?*

Sin duda que lo primero que les faltó, ni estaba ni podía estar en ellos y todavía pueden adquirirlo, logrando ulterior fama póstuma harto más gloriosa de la que hoy tienen.

El talento y la virtud de antepasados ilustres circundan de hermosos resplandores á los descendientes; pero los descendientes también pueden acrecentar y sublimar la gloria de los antepasados y á veces la acrecientan y subliman. Me valdré de un ejemplo, no mera y sutilmente intelectual, sino más claro y tangible, que explicará mi idea.

¿Qué sud-americano se atreverá hoy, sin pasar por desmedidamente jactancioso, á sostener que vale más que Jorge Washington, Simón Bolivar? Y sin embargo, demos que el destino, la suerte, la providencia ó como queramos llamarlo, acaba por crear en el Río de la Plata, en Chile, en el Perú, en Venezuela ó en Colombia, una tan poderosa República de origen y de lengua españoles, como la República de origen inglés, cuyo territorio bañan el Misisipí, el Potomac y el Hudson. Realizado esto, la figura de Simón Bolivar se agrandará pro-

digiosamente, igualándose á la de Jorge Washington ó descollando sobre ella.

La magnificencia de la escena en que se muestran los héroes y dan cima á sus empresas ó en que cantan y desde donde dejan oir su voz los vates inspirados, importa muchísimo en la estimación del mérito y de la grandeza que al héroe ó al vate se conceden.

Fuera de esto, hay otras causas de inferioridad y aun de esterilidad, otros estorbos para la aparición de grandes hombres y de poetas soberanos, estorbos que nunca subsanarán ó removerán las generaciones futuras.

El poeta que no fué plenamente comprendido y admirado por sus contemporáneos y compatriotas, cuyo contagioso é imperioso entusiasmo extiende aquella gloria por los demás pueblos de la tierra, se desalienta, se apoca y pierde el brío, si le tuvo, para elevarse muy alto.

El poeta necesita además, para lograr tanta elevación, tener vivas en su alma las aspiraciones, los propósitos, las firmes creencias y el más justo y elevado concepto de su pueblo, así en el alma colectiva, actual y siempre viviente, como en la prolongación de la historia.

Esto desgraciadamente faltó á Quintana. Qué gran poeta no hubiera sido si á su entusiasmo por la independencia de la patria, por la libertad y por el progreso del humano linaje, y si á su amor á no pocos de nuestros antiguos héroes, no hubiera unido ilógica, irreflexiva y desmañadamente sin caer en que se hacía eco de injurias y de calumnias y cómplice de delitos de lesa España, casi todo cuanto los enciclopedistas franceses y otros filosofastros del siglo XVIII habían dicho ó escrito para denigrar á nuestra nación, pintándola como una Beocia sin Píndaro, como pueblo que nada importó ni valió á la civilización europea y como madre fecunda sólo en hijos crueles, fanáticos y bárbaros, que destruyen la cultura humana en vez de aumentarla y que convierten en espantoso yermo á la *inocente América*, á la *Virgen del mundo*, donde es de suponer un perpetuo idilio antes de llegar allí los devastadores españoles, donde no había salvajes que se comían unos á otros, ni sacrificios humanos á millares, ni los más feos y nefandos vicios, ni la más perversa corrupción, combinado todo con un salvajismo completo ó con honda barbarie cuya escasa luz mental más se asemejaba á la de día tormentoso y triste

que muere que á la de aurora que nace.

Quintana, pues, el poeta de la guerra de la independencia, españolísimo, patriota neto en este sentido, es antiespañol en otro y nos lastima y nos veja. No nos conformamos con haber sido lo que de la lectura de los versos de Quintana puede inferirse que fuimos en otras edades. De aquí la escasa popularidad de sus versos.

No era mejor ni más alta la idea que el vulgo fanático, excitado, adoctrinado y guiado por frailes, hubo de concebir de España. De aquí el hundimiento lastimoso y la bárbara postración de nuestra patria desde la vuelta y restauración de Fernando VII el Deseado, hasta el día de su muerte. No son desenfrenados demagogos, ni revolucionarios tremendos los que dan en este FLORILEGIO evidente testimonio de tanto horror.

Don Alberto Lista, en *El emigrado de 1823*, describe nuestra patria dominada por

..... Mil legiones
Agavilladas de furiosa plebe,

que bajo la enseña de la paz, defienden los hurtos

..... Que á la estúpida ignorancia
Un tiempo hicieran la ambición y el dolo;

y ve que en el suelo de España imperan y mandan almas de tigre, cubiertas con la alevosa máscara de religión mentida; que allí el perverso

En el nombre de Dios mata y sonríe
Y á su víctima insulta;

que allí envenena

El vil error de la moral la fuente.

Don Ventura de la Vega, en los versos *A mis amigos*, se considera y considera á sus conciudadanos, como humillados esclavos, sobre quienes cruje

Látigo alzado déspota altanero,
Que hunde en el polvo y con la planta huella
Liras y leyes.

Y todavía es más siniestro y más negro el cuadro que D. José Joaquín de Mora traza de España en su epístola á D. Francisco Martínez de la Rosa en 1829. La Libertad, llevando en pos la cultura y el progreso, enciende en su amor los corazones; tomando el signo redentor de la cruz por Lábaro, subleva contra la tiranía de los turcos á los griegos oprimidos y difunde el entusiasmo de una nueva era, desde el Sena hasta el Borístenes. Ardiendo lleva la Libertad en la mano la luminosa antorcha

de la razón. Así recorre el mundo, obrando maravillas; pero, no bien llega á la cima de los Pirineos y desde allí otea la postrada y esclavizada España, detiene la planta tímida y apaga el luminar esplendoroso. Lo que Mora describe y supone que ve desde allí la Libertad no es menester que aquí se repita: nos remitimos á los versos de Mora.

Dura es, no obstante, la alternativa en que nos ponen los liberales y los serviles de aquel período histórico en su lucha encarnizada y sin tregua. Triste y feo era ser servil, pero no dejaba tampoco de ser feo y triste el tener en cierto modo, para ser liberal, que renegar de la propia casta, aceptando las acusaciones y diatrivas que aceptó Quintana y dió por buenas.

De todo ello hubo de resultar una singularidad contradictoria y extraña: que tuviese el liberalismo español, durante no pocos años, algo de poco español y de poco culto y que el *progresismo* español apareciese en realidad como harto poco progresista, surgiendo en cambio un partido conservador y hasta retrógrado, capitaneado casi siempre por liberales arrepentidos, el cual, formando más justo y menos pobre concepto de nuestro pasado, fomentó y cultivó el espíritu castizo, é impidió que hu-

biese solución de continuidad en la vida propia y en el natural desenvolvimiento del alma colectiva y de la sociedad españolas.

El descontento general de los que no se mezclaban en la política, ni medraban ni se encumbraban por ella, se hizo patente de varios modos, y llegando á extremarse, fué causa ó preludio ominoso de no pocos males.

Aunque no esté autorizado por el aplauso general y por su nombradía en toda España, aunque su reputación de poeta ó si se quiere de fácil, abundante é infatigable versificador se extendiese poco más allá de los límites de Granada y de su provincia, me atrevo yo á colocar en mi parnaso, insertando versos suyos en este tomo, á don Juan Bautista Salazar, cuya cultura literaria y social le recomienda á toda persona de buen gusto y cuyo recto juicio y candoroso buen humor le hacen, en mi sentir, en extremo simpático. Sus versos son fiel espejo del estado de la opinión pública y de sus cambios, al saltar España desde los últimos años del reinado de Fernando VII y de su poder absoluto, sostenido por una plebe fanática, á la turbulenta y licenciosa libertad, á la guerra civil y al desasosiego

anárquico de los primeros años del reinado de Isabel II. Bien pudo contarse Salazar entre los más fervorosos liberales mientras imperó el absolutismo. Su elegía á la muerte de Mariana Pineda es viva manifestación de aquellas ideas y de aquellos sentimientos. Pero lo estéril para el bien del pueblo de las nuevas revoluciones y de los frecuentes trastornos acaba con la fe del poeta en el liberalismo y le impulsa á convertir en látigo su pluma, fustigando á derecha y á izquierda á los hombres de todos los partidos y á los partidos todos, y no reconociendo cosa buena ni acción salvadora y benéfica en los que por turno más ó menos pacífico van sucediéndose en el poder.

Tendencia fué esta que naturalmente no podía menos de mostrarse, y hasta que convenía que se mostrara, pero, perseverando en ella los espíritus, y extremándola cada vez más, hubo de producir y produjo lamentables errores y consecuencias funestas que todavía nos afligen. El desprecio ó el odio que se trata de infundir contra el gobierno central, contra los políticos de mayor nota é importancia y contra los que dirigen ó están llamados á dirigir la gobernación del Estado, son sentimientos que propenden á relajar los vínculos de nacio-

nalidad, á infundir díscolos é ingobernables anhelos, y á crear en las voluntades descontentadizas y en los entendimientos presuntuosos, ya un individualismo soberbio, ya un regionalismo más ó menos separatista, como si todo estuviese viciado ó gangrenado, como si no hubiese más que tontos ó pillos, fuera de la individualidad del que así discurre ó fuera de la región ó comarca en que ha nacido y á que pertenece.

No hay que exigir, con todo, al Sr. Salazar responsabilidad por tanto daño. No es culpa suya la ulterior persistencia y la exageración extremada de su pensar y de su sentir. Representante fué él de cuanto de más amable, culto y pacífico nos quedaba del antiguo régimen: de una nobleza que jamás oprimió ni despreció á la plebe: de un orden de cosas en que hasta para los más humildes estaban abiertos y francos cuantos caminos van á la elevación y á la fortuna: de una constitución tradicional é histórica en la que prevalece la igualdad democrática más completa. Qué mucho que Salazar echase de menos el sosiego y la estabilidad de días mejores y deplorase con amargura tanto pronunciamiento sin finalidad y sin ideas, y tanto sacudimiento, no estéril, sino nocivo, que hundía cada vez más á la pa-

tria, á pesar de la común fuerza, civilizadora, que tiraba de ella y la levantaba merced á su unión con los otros pueblos de Europa.

De algo á modo de enfermedad, á la que era conveniente poner remedio, estaba entonces, según queda ya dicho, inficionado el liberalismo español: de un desprecio ó de un odio, más ó menos consciente contra el gran ser de los españoles y contra sus manifestaciones y actos, en las épocas más gloriosas.

El nuevo partido conservador, reaccionario ó retrógrado, capitaneado por liberales arrepentidos y hasta contritos, nos valió para volver amorosamente la vista á lo pasado, enlazándolo luego con los adelantamientos del día, á fin de que no fuera todo exótico, sin precedentes é importado de tierra extraña.

Sin duda las declamaciones de los conservadores fueron muy útiles, mostrándose y divulgándose en los versos. Así el duque de Frías, por ejemplo, contradice á Quintana y ensalza á Felipe II. Y así el marqués de Molins celebra el antiguo régimen, echa de menos las patriarcales relaciones entre los vasallos y sus antiguos señores y abomina del prurito innovador y revolucionario de ahora.

Algo valió todo esto para que el conocimiento del pensar castizo se difundiese y dejase de ser á modo de ciencia rara y oculta. No poco de lo que sabían Gallardo, Gayangos y Estébanez Calderón, se comunicó á los aficionados á nuestra literatura. Don Agustín Durán, Martínez de la Rosa en las notas de su *Arte Poética*, D. José Amador de los Ríos más tarde y también los colectores y prologuistas de la Biblioteca de Rivadeneira y de varias sociedades de bibliófilos, hicieron conocer y estimar los frutos del ingenio español á no pocos españoles que los desconocían y que tal vez se los imaginaban escasos, pobres y desabridos.

Este mejor conocimiento de nuestra literatura hubo de prestar carácter castizo al romanticismo aunque su manifestación inicial se debiese á impulso y moda venidos de Alemania y de Inglaterra y más inmediatamente de Francia.

Hubo además en el romanticismo español algo de que no se inficionó por contagio ni por remedo del de otras naciones: algo que, por decirlo así, estaba en el aire, extendido sobre la faz de toda Europa, como los miasmas mefíticos de una epidemia: la quejumbrosa melancolía, el pesimismo desconsolador, el hastío ó la desesperación más ó

menos completa, según eran mayores ó menores las dudas religiosas ó lo que se llamaba la pérdida de las ilusiones. Don Nicomedes Pastor Díaz á nadie imita, sino que se deja llevar de su propia índole, al aparecer tan tétrico, al apetecer la muerte, al presentársenos perseguido y obseso por manos frías, mariposas negras, y endemoniadas y colosales ninfas cuyos pálidos y ponzoñosos labios le besan con besos abominables, poniendo en él cada beso un sello indeleble, más tremendo que el sello con que los cielos marcaron á Caín, después del fratricidio. Y no veo yo tampoco que la adusta inspiración y la honda tristeza de Cabanyes, vengan imitadas de Leopardi, de Byron ó de otros poetas extranjeros.

En lo narrativo, tradicional, legendario ó meramente imaginado, el romanticismo español es original desde el principio, y siempre. Los romances de D. Angel Saavedra y *Las Orientales* y las leyendas de Zorrilla, á nadie de fuera deben nada. No son repetición de lo antiguo, pero son retoño, nuevos vástagos y brotes ricos en lozanas flores que da la antigua y castiza planta.

Difícil es de explicar, mas no por eso es menos cierto, el cortísimo influjo que la poesía romántica francesa ejerció en la es-

pañola. El léxico del francés es casi idéntico al léxico del castellano, pero las frases y los giros son tan otros, y la pronunciación, los acentos y el arte métrica tienen tan diverso carácter, que apartan á los poetas ó versificadores españoles de la imitación, adaptación ó traducción de toda francesa poesía. Apenas noto yo, en lengua castellana, á no ser obra de algún poeta trasatlántico, como el venezolano Andrés Bello ó el argentino Olegario Andrade, remedo atinado y dichoso de Víctor Hugo, con ser este poeta admirado tan justamente. Alguien ha dicho, en estos días en que se celebra el centenario del autor de *Nuestra Señora de París*, que hay un lazo de filiación entre dicho autor y Zorrilla. Yo, con todo, no veo semejante lazo, que si le hubo fué tan sutil como flojo. Tal vez alguna frase ó sentencia aislada de Víctor Hugo hirió la imaginación de éste ó de aquel poeta del lado de acá de los Pirineos, encantándole su extravagante rareza y moviéndole á apropiársela; pero una influencia persistente y fecunda de Víctor Hugo ó de otro cualquier vate francés, en nuestra poesía lírica española, me atrevo yo á sostener que no se da ó que apenas se advierte. Muchísimo más nos hemos inspirado en la poesía de otras

naciones y la hemos imitado ó traducido. Así de Inglaterra á Shakespeare, Milton, Pope, Dryden, Young, Gray, Walter Scott, Lord Byron, Tomás Moore y Tennyson. Así de Alemania hemos imitado ó traducido versos de Schiller, Goethe, Uhland, Bürger, Geibel y Heine. Y así, por último, ha sido á menudo objeto de nuestra admiración y modelo y guía de la lírica española, la lírica italiana. Los elegantes y armoniosos endecasílabos libres de Moratín, presuponen, por ejemplo, el estudio y la imitación de Fóscolo, de Parini y de Monti, así como antes Metastasio había sido admirado y con frecuencia imitado, y más tarde Manzoni, de quien procuramos traer á nuestro idioma no poco del estilo poético y del movimiento y de la combinación rítmica de las estrofas de sus himnos y de los coros de sus tragedias.

En cambio no puede negarse que si de Francia tomamos poco ó nada del carácter poético y de la forma que le es propia, tomamos bastante del fondo de las ideas, especulaciones filosóficas y doctrinas científicas, particularmente de las más flamantes y de moda. La economía social, la política, la administración, lo poquito de metafísica ó de ideología que aprendíamos, todo se

importaba de Francia, por donde nuestra poesía, harto más original y propia, pero desconocida en Francia, se estimaba allí, no siéndolo, como pálido remedo de la francesa.

La reacción, en cierto modo antiliberal y antiprogresista que hubo en España, nos valió, según queda ya expuesto, para reivindicar nuestra originalidad olvidada ó desconocida en todo y para reanudar nuestras modernas ideas propias con las antiguas y tradicionales. No contentos ya con resucitar y hacer patentes al público los en gran parte ocultos y desdeñados tesoros de nuestra literatura, tratamos de probar, y en parte probamos sin determinar aquí hasta qué punto, que habíamos tenido una elevada filosofía propia y ciencia experimental ó de observación, propia también y no menos elevada. En este renacimiento de nuestra peculiar cultura, simultánea ó sucesivamente se ilustraron y resplandecieron don Gumersindo Laverde Ruiz, D. Nicomedes Martín Mateos, D. Francisco de Paula Canalejas, D. Felipe Picatoste, y no pocos otros, entre los cuales descuella y florece en el día D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

No queremos afirmar con lo que antecede que el espíritu reaccionario fuera siem-

pre y en todo benéfico, no se malease ni se extremase á menudo y no se aprovechase también para forjar sus teorías y sistemas de ideas harto menos españolas que exóticas y transpirenáicas. Say y Bastiat habían sido los maestros de nuestros economistas liberales; Cousin nos había inoculado sus filosofías, antes de que importásemos á Krause; Proudhon tuvo multitud de admiradores y secuaces; Lerminier, Edgardo Quinet, el abate Lamenais, Pelletan y otros, nos inficionaron con su estilo archiflorido y con su prosa poética y resonante; y Guizot nos enseñó el doctrinalismo y una historia de la civilización europea confeccionada *in usum et ad gloriam francorum.*

Cuando cayó por tierra el trono de Luis Felipe, vacilaron otros tronos; en Italia y en Alemania ardió la revolución y apareció el socialismo organizado y brioso, intentando realizar por fuerza sus más radicales utopias; los burgueses se espantaron por donde quiera, y el partido conservador en España llevó al último extremo sus ideas reaccionarias y ultra-católicas. El corifeo de este movimiento de la opinión, fué D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, poeta en prosa y orador pasmoso con más elocuencia que juicio. Su *Ensayo sobre el catolicismo,*

el liberalismo y el socialismo, llega al grado más alto á que pudo subir y subió la reacción en nuestro suelo, valiéndose para este fin de elementos más extraños que propios, más extranjeros que nacionales: de la filosofía sensualista de Condillac, negando al alma humana toda aptitud para alcanzar la verdad trascendente, toda comunicación directa con lo absoluto y todo concepto de bien y de mal que no penetre en nosotros materialmente por los sentidos. El vizconde de Bonald y el conde José de Maistre fueron los iniciadores y maestros de Donoso, el cual, extremando las doctrinas de aquellos escritores franceses, consideró vil y despreciable á la humanidad fuera de las vías católicas, á la Europa punto menos que moribunda y á su orgullosa civilización casi arruinada.

El mismísimo demonio, encarnándose en Proudhon, andaba suelto por el mundo y trataba de convertirle en caos. Entonces fué cuando un amigo de Donoso, hasta cierto punto su discípulo, volvió por el linaje humano ultrajado, afirmó las esperanzas en sus altos destinos, propendió á enlazar la creencia antigua con la ciencia moderna, y concediendo que el diablo andaba suelto y se había enseñoreado del mundo,

predijo que Dios también había de volver á él y á salvarle de nuevo. Inspirado de esta suerte, compuso D. Gabriel García Tassara, el *Himno al Mesías,* con el que termina el tomo II de este FLORILEGIO. No poco hay en dicho himno de profético ó de apocalíptico, que fuera del reino encantado de la poesía pudiera calificarse de extravagancia y hasta de locura, pero que dentro del mencionado reino, rico de encantos y poblado de imágenes maravillosas, es composición hermosísima, donde ya la poesía lírica española se afirma con no escasa originalidad, si no como docente, como lo que hoy llaman tendenciosa y con tendencias no pesimistas, sino ricas en vaticinios de ventura y de gloria.

Por lo demás, y generalmente en el romanticismo español, se notan tales y tan diversas direcciones que es difícil hallar en su conjunto pensamiento capital colectivo ó propósito común, que de la reflexión ó del instinto emane, como se nota, pongamos por caso, en la poesía italiana desde antes de Parini y Alfieri, ya que esta poesía prepara los ánimos y enciende los espíritus y los empuja á un fin que se realiza al cabo: á la revolución patriótica, á la expulsión del dominador extranjero y á la unidad de Italia.

En España no hay en el fondo de la poesía lírica rasgos y caracteres que le presten fisonomía propia, salvo los que ya apuntan en los mencionados versos de Tassara. Nuestra originalidad, sin embargo, es grande, si no en el fondo, en la forma, en el color local, en lo pintoresco; Zorrilla en este punto descuella sobre todos los demás poetas. Esperemos que en lo futuro, y no muy tarde, venga también á nosotros la originalidad en el fondo, para la cual conviene el renacimiento y nuevo florecimiento de las propias doctrinas, de algo de filosofía y de ciencia indígenas.

Entre tanto, la originalidad de la forma, del color local ó de lo pintoresco, presenta un escollo que conviene evitar: el que exageremos ese color local amanerándonos en el estilo y torciendo hacia la caricatura los cuadros que pintemos. Ya, sin querer, nos excitan á ello los autores franceses que pintan cosas de España. Hay en lo que pintan sobrada *chulaperia*, muchas hembras de rompe y rasga, tremendos jaques, bandidos, toreros y contrabandistas, y no pocos personajes falsos y contrahechos que se truecan en pulchinelas cuando más aspiran á ser colosos. No imitemos, por amor de Dios, al viejo Silva, ni al propio Emperador Car-

los V que aparece en el drama del no menos estrafalario *Hernani*. Ni concedamos derechos de ciudadanía, ni creemos héroes congéneres al Don Páez de Musset, á su marquesa de Amaegüi, andaluza avecindada en Barcelona, ni á Gastibelza, el hombre de la carabina, ni á su muy amada Doña Sabina, que se paseaba sobre el puente de Toledo con un rosario del tiempo de Carlomagno y que se lo dió todo al conde de Saldaña por una miserable joyuela, ni á la niña con aire de emperatriz, ni á la paloma con mirada de halcón, ni á la otra chula tan chistosamente creada por Gautier, que tenía piel verdi-negra curtida por el diablo, con adobos afrodisiacos y provocantes, que volvía locos á todos los hombres y que derribaba á sus plantas al Arzobispo de Toledo, moviéndole á cantar allí misa.

De todo lo dicho conviene huir. Yo creo que podemos seguir siendo originales y serlo más aún, sin dejar de ser juiciosos.

De todas maneras, á pesar del atraso á que habíamos venido y del que ya vamos saliendo, y á pesar del olvido de lo propio que vamos ya recordando, no desmerece, á mi ver, nuestra poesía lírica de la de otros pueblos de Europa más adelantados y florecientes, y en calidad y en cantidad com-

pite con la mejor poesía lírica extranjera del siglo XIX, tan fértil en este género, aunque se le califique de materialista y de positivo.

Si logro yo difundir tal creencia en la mente del público me daré por bien pagado de mis esfuerzos en la composición de este FLORILEGIO.

ÍNDICE

Págs.

Don Félix José Reinoso:
Las artes de la imaginación 5
Don Alberto Lista:
Narcisa..... 13
Del amor 15
La Muerte de Jesús..... 17
Al sueño..... 20
El Emigrado de 1823..... 23
Don Javier de Burgos:
A los progresos de la industria..... 27
Don Manuel Bretón de los Herreros:
Lamentos de un poeta..... 31
La Niña enferma..... 37
El Brasero 39
Lo que quieren todas..... 41
Don Serafín Estébanez Calderón:
La Aflicción..... 44
La galera mora..... 45
La miga y la escuela..... 47
La niña en feria 55
Don Agustín Durán:
Proemio de las Tres Toronjas del Vergel de amor ... 66
La Fuente de los amores..... 69
Cantar del Trovador 71
Don Ventura de la Vega:
El canto de la Esposa 72
Orillas del Pusa..... 75
A mis amigos..... 77

Págs.

A Don Mariano Roca de Togores..... 79

Don Manuel de Cabanyes:

La independencia de la poesía..... 84

A Cintio..... 86

Don Nicomedes Pastor Díaz:

Mi inspiración..... 90

A la luna..... 96

Don Bernardino Fernández de Velasco (Duque de Frías):

A la Muerte de Felipe II..... 100

Don Juan Arolas:

Los amores de Semíramis..... 118

Canción de Alí..... 123

La odalisca..... 125

Sé más feliz que yo..... 129

Don Pablo Piferrer:

Canción de la Primavera..... 131

El ermitaño de Monserrat..... 132

Alina y el genio..... 134

Don Juan Francisco Carbó:

Guillén y Rosa-Florida..... 140

Don Manuel Milá y Fontanals:

El lenguaje lemosín..... 146

La Sirena..... 147

Don Juan de la Pezuela (Conde de Cheste):

Letrilla á Rosana..... 149

Don Mariano José de Larra:

Recuerdos..... 152

Don Ramón de Mesonero Romanos:

El coche Simón..... 157

Don José Joaquín de Mora:

Oda andaluza..... 172

El Melancólico..... 174

A un poeta novel..... 176

A la flor llamada en inglés Forget me not..... 180

A orillas del lago de Chucuitos..... 181

A Don Francisco Martínez de la Rosa..... 184

Don Antonio Alcalá Galiano:

Al Sueño..... 190

Págs.

A la señorita doña Amparo Cáceres y González de Quintanilla..... 190
A Cádiz..... 191

Don Angel de Saavedra (Duque de Rivas):

El faro de Malta..... 195
La Cancela..... 198
La Vejez..... 202
El Conde de Villamediana..... 211

Don Juan Bautista Salazar:

Mariana Pineda..... 240
A un amigo proponiéndole que se case..... 242
Fragmentos de una epístola satírica calificada por el autor de Resumen Histórico de la Revolución española desde el año de 1808 hasta el de 1837..... 247

Don José de Espronceda:

Serenata..... 252
Canción del Pirata..... 254
De El Estudiante de Salamanca..... 257
Trozos de «El Diablo Mundo» Canción de la Muerte. 260
La Pompa triunfante y el himno de la fuerza vital del universo..... 262

Don Miguel de los Santos Alvarez:

¡Pobres niños!..... 268
Villancicos..... 269
Soneto..... 271

Don Antonio Ros de Olano (Marqués de Guad-el-Jelú):

En la soledad..... 272
El lenguaje de las estaciones..... 275
En la Primavera..... 279
La golondrina..... 285

Don Julián Romea:

Ella..... 290
A Zaragoza..... 293

Don Aureliano Fernández Guerra:

A Higiara..... 298

Don Leopoldo Augusto de Cueto (Marqués de Valmar):

La Esperanza..... 305

Págs.

Don Pedro de Madrazo:
Las tres hermanas del Cielo..... 307
Don Mariano Roca de Togores (Marqués de Molins):
La Cabalgata..... 310
Don Jaime Balmes:
El Genio. 317
Don José María Quadrado:
A la muerte de D. Jaime Balmes..... 321
Don Joaquín Roca y Cornet:
La Ascensión..... 323
Don Tomás Aguiló:
Resignación..... 325
Don Francisco Rodríguez Zapata:
A Calderón 329
A mi querido amigo D. Gabriel García Tassara en 1850 333
Don Gabriel García Tassara:
A Quintana..... 338
Fragmento de una invocación á la musa..... 344
Himno al Mesías..... 347
Advertencias..... 355

NIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU, Boston

Author Valera, Juan
Title Florilegio de poesias castellanas del siglo XI

98934 I.S.C.
V162f